

SK PRINCE

LA
CAZADORA
DE LA
NOCHE

1

CIUDAD SALVAJE

la cazadora de la noche

CIUDAD SALVAJE

LIBRO 1

SK PRINCE

© 2023 SK Prince.

Todos los derechos reservados. Salvo lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información sin el permiso previo por escrito del editor.

Editor: Jennifer Jones, Bookends Editing

Portada: Knesart - Book Cover Designs

Traductor: Sofia Magdaleno

Editor Español: Rose Castro

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otro modo, sin el permiso por escrito del editor.

SK Prince
PO Box 873403
Wasilla, AK 99687
USA

índice

[Acerca de este libro](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Acerca de SK Prince](#)

acerca de este libro

Odio ser una cambiaformas.

Fui mordida por un solitario en el pantano de Luisiana, y estoy desesperada por encontrar una manera de romper la maldición del gato que se estremece bajo mi piel... y de robar un talismán que se rumorea que hace exactamente eso.

El problema es que está escondido en el ático de Alpha Anthony Holder, y él no se lo toma bien cuando me atrapa entrando.

Sorprendentemente, en lugar de castigarme, Anthony me ofrece entrenamiento y protección, así como un lugar en su manada. Quiero decir que no, pero me atrae el gran y sexy Alpha de maneras inexplicables. Me hace sentir segura, y su manada me da una sensación de familia que nunca antes he tenido.

Sin embargo, el peligro acecha en el pantano. El cambiaformas solitario que me mordió sigue suelto, dejando cadáveres a su paso y poniendo en riesgo a toda la manada. Depende del Alfa encontrar y eliminar la amenaza antes de que sea demasiado tarde.

Entonces Anthony y yo podremos intentar averiguar por qué parece que nuestra conexión es mucho más que una mera atracción.

Es casi como si fuéramos compañeros predestinados.

Pero los compañeros predestinados ya no existen. ¿Verdad?

capítulo uno

MAURY

Finales de julio
Nuevo Puerto Orleans, Luisiana

Todos tienen secretos, pero yo quería mantener el mío enterrado para siempre. Y sólo había una forma de hacerlo: *encontrar el talismán*.

Mis pasos resonaron en la calle casi vacía. Mi objetivo estaba en la siguiente cuadra. Específicamente, me habían dicho, en dos edificios contiguos: uno que albergaba una galería de arte y que conectaba con el otro: una residencia. Mi objetivo estaba en la galería de arte.

Tenía que conseguir el talismán de Anthony, el actual felino cambiante alfa. Esta es la única forma de salir de esta pesadilla de la que había oído hablar en dos largos años. Irónicamente, me enteré por el hijo de puta que me convirtió en lo que soy; sin embargo, no importaba, haría cualquier cosa por librarme de esta maldición.

Como no estaba en el vecindario por sexo ni alcohol ni ninguna de las otras cosas que venden allí, pasé por el burdel cajún con las tetas más famosas de la ciudad sin hacer contacto visual con ninguno de los clientes que merodeaban por la mugrienta calle.

Me detuve a escasos centímetros de la siguiente esquina y miré hacia el tramo de calle contiguo. La luz del sol se reflejaba en el asfalto, sólo interrumpida por las hojas de un gran roble.

Incluso atenuado por el árbol, el candente sol hacía que se sintiera un calor insoportable. Otra razón más para odiar la gran ciudad. Tras la puesta de sol, el asfalto y el hormigón tardaban horas en perder el calor. Mi camiseta de tirantes y mis pantalones cortos no eran rival para esas temperaturas.

Cool Cats Art. El cartel se burlaba de mí. Podía asegurar que no hay nada *cool* en ser un gato.

Me había costado averiguar en qué edificio vivía Anthony Holder, pero cuándo lo descubrí, me sorprendí de que el viejo viviera en un tercer piso encima de una galería de arte. Durante las últimas semanas, había visitado el lugar en días diferentes y había encontrado una puerta trasera; dos tragos de whisky después, aquí estaba, fingiendo una valentía que no sentía.

Respiré hondo y me percaté de que el aire no desprendía el olor habitual a gato, y comencé a dudar de mí misma y de mi sobriedad. Probablemente el coraje líquido me había embotado los sentidos (y no es como si, de por sí, tuviera los sentidos más agudos del mundo). Sin embargo, el alcohol había sido la única forma de conseguir el coraje suficiente para hacer lo que iba a hacer.

Llevaba bastantes semanas en la ciudad y odiaba el hedor de sus calles más que nada. Me recordaba demasiado a *ellos*. Ellos estaban por todas partes y estaba decidida a no ser uno de ellos. Pero este era el único lugar donde podía conseguir lo que necesitaba para ser normal, y *él*

lo tenía. Nunca había conocido conscientemente al alfa, pero se rumoreaba que el talismán estaba en su apartamento.

Me limpié el sudor del labio superior y me apoyé en la pared de ladrillo del hotel a mi lado. Desde que había escapado del sistema de acogida hacía dos años, había pasado el calor del verano en el pantano. Si en ese momento hubiera estado en la cabaña, me habría echado en el suelo a disfrutar del sol.

Aquí no. No en la ciudad. El alfa local tenía algo que necesitaba y no iba a dejar pasar la oportunidad. Alfa o no, me libraría de esta maldición. Dentro de una hora, cuando la luna comenzara a ascender sobre la ciudad y el aire empezara a enfriarse, yo saldría triunfante con el talismán en la mano.

Un hombre tropezó calle abajo, probablemente en dirección al burdel, cantando alguna melodía desafinada que no reconocí, y me escondí a la sombra de un callejón. Los enfrentamientos no eran lo mío, y los evitaba a toda costa, así que me oculté en la oscuridad y esperé lo mejor.

El hombre se detuvo bruscamente y giró la cabeza hacia mí. —¿Qué te pasó en el brazo?

Pateé una piedra, fingí no haberlo oído y me di la vuelta. Se refería a mi cicatriz, un recuerdo de mi tiempo en el pantano. Me rodeaba la parte superior del brazo, cada diente felino dejó una hendidura blanquecina en mi piel, y mi posterior tatuaje no la había ocultado bien. Al menos no tan bien como yo esperaba, si el torpe borracho se había dado cuenta.

—Ey, ¿me estás escuchando? Te estoy hablando—, balbuceó.

Mierda. El hombre no había captado la indirecta. Así que levanté los ojos el tiempo suficiente para que su mirada desenfocada se encontrara con la mía. Cuando parpadeé, dio un paso atrás, tropezó con la acera y se desplomó en el suelo.

—Eres... eres... un— Un suspiro tartamudo escapó de él y se desmayó, o se quedó dormido.

No importaba; las rendijas de mis pupilas habían bastado para despistarlo. Sin hablar, me dirigí a la siguiente calle y me escondí en la sombra.

De vuelta a observar la *Galería de Arte Cool Cats*.

Aunque me encontraba en la boca de un callejón del distrito artístico de la ciudad, no vine aquí por el arte; dudaba mucho que Anthony Holder tuviera dotes artísticos, a pesar de que vivía encima de la galería de arte. Me escondí a la sombra de la galería para esperar el momento oportuno para actuar.

Anthony era el dueño del estudio de arte enfocado en animales salvajes. Leopardos, guepardos y tigres gruñían en los lienzos de los escaparates. Figuras esculpidas descansaban sobre pedestales y tuve que admitir que eran preciosas.

Un destello en lo alto del edificio me hizo levantar la vista hacia el tejado. Un gran gato negro se posaba en la esquina, mirando al horizonte. Todo en la bestia proclamaba macho alfa y me tomé un momento para apreciar la forma en que la luz de la luna brillaba en su pelaje.

Levantó la nariz hacia el cielo y lanzó un aullido dominante. El sonido me produjo escalofríos y me hizo empezar a dudar de mi misión. Hice una mueca ante la imponencia de la bestia. El aire prácticamente crujía con intensidad.

Pero no podía rendirme, no cuando estaba tan cerca de cambiar mi vida.

El gran felino se paseaba por el borde del tejado, sus músculos ondulando bajo su pelaje negro medianoche; sin embargo, la virilidad del cambiante me hizo creer que no era el viejo Anthony. No, ese era el rival del viejo alfa, al acecho del primer puesto en la manada Lafourche Magnolia.

Unas risitas llamaron mi atención hacia el final de la cuadra.

Dos jóvenes bronceadas, ambas con ropa playera y gafas de sol en la cabeza, se detuvieron a mirar la exposición de arte, cautivadas por las adornadas máscaras de animales semijoyadas del escaparate, probablemente sobrantes del Mardi Gras. La más bajita de las dos llevaba una pequeña cartera colgada del hombro, abierta. El destello verde dólar me llamó la atención. Me rugió el estómago y me mordí las uñas, que ya eran casi inexistentes, tratando de tomar una decisión.

—¡Oigan!—, grité, saliendo de la oscuridad—. ¡Esperen!

Las dos estudiantes se sobresaltaron, me miraron y luego volvieron a inspeccionar el escaparate, acercándose y murmurando más bajo que antes.

—Esperen—, repetí gritando. Luego me lancé a correr, me acerqué al escaparate y golpeé la cartera, enviándola al suelo. Como esperaba, el bolsillo se abrió aún más y varios dólares flotaron con una ráfaga de brisa.

Me agaché y cogí varios de los billetes del suelo; sin embargo, inmediatamente cambié de opinión y se los regresé a la mujer. El hambre le ganaba a la moral la mayoría de las veces, pero no me atrevía a robarles a esas dos. No se veían malas personas. Si tenía que robar para comer, probablemente debería elegir a otra persona.

La mujer más alta se agachó para recoger las tarjetas de débito, crédito y monedas esparcidas por el suelo. —Te dije que no te tomaras ese cóctel—, murmuró.

—Oh, gracias—me dijo efusivamente la mujer más baja. Se colocó un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja—. La brisa se lo hubiera llevado...

O me lo habría llevado yo. No lo dije en voz alta. ¿Por qué delatarme? En lugar de eso, solo dije: —De nada.

Las tres nos pusimos de pie y la mujer más baja puso su mano en mi antebrazo—. Eres muy amable. Me han advertido una y mil veces que tenga cuidado con los carteristas y... y... me alegra que no seas uno. Gracias.

Si tan solo supiera... —No hay problema.

—Ya tuvimos un altercado con un par de borrachos en el último bar —gruñó la más alta—. Creen que nos abriremos de piernas por una copa de vino.

La más baja resopló—. Si tuvieran idea de lo equivocados que están—. Me miró—. Nos dirigimos al bar de la esquina. ¿Quieres venir?

Volvió a rugirme el estómago y me planteé aceptar su invitación y comer gratis. Pero la brisa golpeó el cartel de la Galería de Arte *Cool Cats Art*, haciendo chirriar los ganchos que lo sujetaban. Seguro que Anthony tenía comida en su nevera. Si iba a robar el talismán, podría aprovechar para también robar algo para comer.

—No, gracias. Tengo trabajo —dije.

Entrecerró los ojos—. ¿Trabajar? ¿Un viernes por la noche? ¿Dónde?

Señalé la galería de arte con el pulgar, intentando mantener la calma. Se me erizó la piel. Algo me olía raro—. Ahí.

capítulo dos

Mi mente explotó cuando la mujer más alta aterrizó sobre sus cuatro patas, a sólo un par de metros de mí, y su boca cambió de la de una humana a la de un gran felino que no reconocí de inmediato. Según lo que había aprendido, que no era mucho, debía ser una especie de gato montés, uno como un... ¡Un lince!

El cambiante sisé y gruñó, acercándose un paso a la vez.

Volvió a sisear y mordió el aire.

Retrocedí lentamente, tratando de mantenerme fuera del alcance de sus dientes. — ¿Quién coño eres?

Michelle se echó hacia atrás, pero su labio superior se curvó. —Ven, gatita, gatita. ¿Por qué no te transformas? Vamos. Queremos verte y saber por qué te interesa tanto la *Galería de Arte Cool Cats*.

Escudriñé la calle detrás de mí, tratando de encontrar una vía de escape. Si rodeaba al edificio, podría entrar por la puerta trasera, quizá incluso por la escalera de incendios.

—¿Qué clase de cambiante eres y qué haces aquí?—. repitió Michelle—. Enséñanos tu pelaje, gatita, gatita.

—¡No!— Salí corriendo por el callejón.

—Deberías transformarte para que podamos ver de qué estás hecha.

—No lograrás que me transforme.

Cuando salí corriendo, el lince me persiguió y me deslicé por la esquina del edificio. ¡Ajá! Había un espacio entre un contenedor de basura y la puerta trasera. Me zambullí detrás del contenedor y recé una plegaria mental a los dioses. *Por favor, que esté abierta*. Me aferré a las manillas, pero el sudor en mis manos me hizo perder el agarre. ¿Quiénes eran esas cambiantes?

Escuché a la más grande gruñir, pero no la vi aparecer en el callejón. Escapar había sido sospechosamente fácil. Pero, ¿a quién le importa? Agarré la manilla una vez más, giré con más fuerza y casi tropecé con una especie de trastero. Cerré y bloqueé la puerta tras de mí.

Presioné la oreja a la puerta y escuché al lince gruñir al otro lado. Otro gruñido mucho más grave resonó en el callejón y un siseo respondió. El chirrido de metal contra hormigón me hizo estremecer. Tenían que estar moviendo el contenedor. Un golpe seco contra la puerta me hizo saltar y apartarme. Los cambiantes tenían poder y podían derrumbar fácilmente esa puerta, ¿no? No estaba segura. Sabía tan poco sobre nuestra especie.

El lince volvió a chillar. Un escalofrío me recorrió. Mi felino interior me arañó el cerebro. Quería salir a defendernos a las dos, pero yo no estaba dispuesta a ceder. Me negaba a ser una bestia como la que me había convertido en lo que soy, por lo que no dejaría libre a mi animal interior. Él no era yo.

Cuando el sonido de arañazos comenzó a debilitarse, mi pánico se desvaneció. Salí sigilosamente del pequeño almacén y entré en la planta principal de *Cool Cats*. En todo el tiempo que llevaba buscando al viejo Anthony, nunca había tenido el valor de entrar a la galería de arte. Mentir no se me daba fácil y odiaba las confrontaciones. ¿Qué habría hecho si me hubiera topado de frente con el viejo alfa? El solo pensarlo me genera nerviosismo.

Hizo falta whisky y el ataque de un par de lince para llegar hasta aquí. Volví a mirar hacia la puerta. ¿Qué eran ellas exactamente? Un minuto estaban mirando el escaparate y al siguiente estaban atacándome. Si me ponía a pensar, toda la situación era extrañamente conveniente. ¿Eran algún tipo de guardias? Si es así, ¿entonces por qué me habían dejado entrar en el edificio?

Me mordí el labio inferior. ¿Debía preocuparme? Acariciándome la barbilla, decidí que sí, pero no creí que importara. Ya estaba dentro del edificio y tenía que encontrar el talismán, que era la única razón por la que había venido en primer lugar. Con cuidado, recorrí la planta principal y observé un cuadro lleno de felinos domésticos, felinos salvajes y felinos fantásticos. Una escultura de un felino con un dragón iluminaba la habitación y una novela gráfica de superhéroes felinos hecha a mano descansaba sobre un pedestal. No reconocí la firma del artista.

Los suelos de madera crujían bajo mis pies y cada ruido me hacía estremecer, en espera de un ataque o una alarma. Cuando no pasó nada, seguí avanzando sigilosamente.

Al subir las escaleras del segundo piso, me quedé paralizada ante el retrato de una mujer desnuda con pieles rodeándolas y amontonadas alrededor de sus pies. Se me revolvió el estómago; sin embargo, me di cuenta de que sostenía algo en la mano...

Me quedé mirando la piedra. Era de bronce con escamas verdes, con una forma casi Maya. ¿Un jaguar, tal vez? Sus ojos verdes brillaban y sostenía la piedra como si se la estuviese ofreciendo al espectador. Miré el cartel que tenía al lado.

En lugar de un título, había impreso un poema:

Quítate las manchas, las rayas y las pieles.
Sean él, ellos o ella.
Felino, ya no.
<No se vende>

Este era el cuadro del que me habían hablado, el que me había traído hasta aquí. Quienes sabían del talismán siempre mencionaban este retrato, la piedra que sostenía y a Anthony.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Podría ser tan sencillo volver a ser normal? Sólo quería volver a ser yo. Durante los dos últimos años, había cargado con una maldición que no había pedido ni aceptado. Escapé del maltrato de la casa de acogida, descubrí una cabaña en el pantano y pasé allí un mes, sobreviviendo con lo poco que sabía. Se me dio bien pescar y encender fuegos. Robaba en campings o coches aparcados cuando tenía oportunidad. Sobrevivir por mi cuenta me convirtió en una persona más fuerte.

Hace dos años, me desperté con un hombre herido acurrucado cerca de mí. Había sido atacado por un caimán y dormía mientras su cuerpo se curaba de un modo que sólo los cambiantes podían hacer. Cuando abrí los ojos, la cola del enorme reptil se deslizó fuera de la cabaña. Había sido el último cambiante que había conocido. El corte en su pecho había sido horrible, casi tanto como la mordedura en mi brazo. Y había estado murmurando algo sobre un talismán que eliminaba la maldición. Escapé antes de que pudiera despertarse.

Al salir de la choza, mi cuerpo se estremeció y sucumbí a lo que creí que eran convulsiones. En lugar de eso, me convertí en un cambiante. Mi primer cambio había sido involuntario y horrible, una violación de mi sentido del ser. Yo no había elegido cambiar, convertirme en... eso.

Desde entonces había estado buscando el talismán.

Y finalmente había llegado aquí.

¿Era este Anthony Holder el mismo cambiante que me había mordido? No lo creo. Aunque, nunca había visto una foto de Anthony en ninguna parte. Nada de lo que había aprendido en los dos últimos años indicaba que él fuera el hombre de la cabaña, pero a este punto, nada me sorprendería.

Avancé por el segundo piso de la galería, sorprendida por la cantidad de arte erótico que había. Apto para todo público en el primer piso, pero definitivamente triple-X aquí arriba. Personas hermosas hacían el amor con otras personas hermosas en los cuadros, algunas peludas, otras no. No entendía las expresiones de éxtasis en sus caras. Las pocas veces que había estado cerca de *aquel* acto, no me había sentido así.

Mientras seguía explorando, el pánico me revolvió el estómago. Ninguna de las cajas contenía la piedra del retrato. Sin embargo, tampoco esperaba que estuviera aquí. Un cambiante había mencionado que probablemente estaría guardada en el apartamento de Anthony, en el tercer piso.

Un cartel de "*Privado. No pasar.*" colgaba de una cadena, bloqueando el siguiente tramo de escaleras. Estudié los escalones, esperando que un interruptor, un botón o un láser activaran la alarma. Preparándome para lo peor, coloqué una pierna sobre la cadena.

No ocurrió nada.

Anthony era un tipo confiado. O tal vez simplemente no le gustaba la tecnología. Algunas personas no eran fans. Cosas de viejos. El hijo de puta que me convirtió podría ser así de arrogante. Cuando me desperté después, habría estado consciente de no ser porque estuvo a punto de ser aplastado por un caimán que había despedazado y dejado en el suelo junto a nosotros.

Me estremecí cuando las imágenes pasaron por mi cabeza. El talismán era la respuesta. Fui subiendo las escaleras, una a una y a cada paso me detenía a escuchar el silencio hasta estar segura de que seguía sola. Todo el edificio parecía vacío cuando entré por la puerta trasera.

Cuando llegué arriba, la puerta estaba ligeramente entreabierta, como si Anthony se hubiera ido con prisa. Otro detalle demasiado conveniente, quizá, pero ya había llegado hasta aquí. Estaba preparada para ir la cárcel, si era necesario, con tal de encontrar el talismán antes. A pesar de que no tenía ni idea de cómo usarlo.

Empujé la pesada puerta de madera y las bisagras ni siquiera chirriaron. Jadeé cuando vi el interior. No había paredes. Un ventanal de vidrio ahumado ocultaba el cuarto y probablemente la entrada al baño, pero por lo demás era una habitación gigantesca. Un corto pasillo terminaba con una puerta de aspecto metálico, probablemente un armario.

A mi derecha, luces LED iluminaban una encimera exquisitamente adornada en medio de la cocina. Los azulejos del techo y un fregadero, los dos de cobre, brillaban. El mármol negro relucía y los armarios encastrados parecían parte del edificio. El refrigerador también estaba oculto en una parte de los armarios, lo que significaba que el fregadero y todo lo demás también lo estaban. Era una opulenta cocina sacada de una revista.

A mi izquierda, un sofá con una mesa de cobre delante me atraía. La alfombra de felpa me hizo desear deshacerme de mis zapatos y hundir los dedos en las lujosas fibras. El apartamento

de Anthony era el más bonito que había visto nunca.

Concéntrate, Maury. El talismán tenía que estar cerca. Escudriñé el lugar, intentando no embelesarme con cada pequeño detalle.

Allí. Bajo una luz, brillaba una vitrina. Dentro, la piedra bronce y verde brillaba como si acabara de ser pulida. Una luz iluminaba el pedestal y la caja transparente que lo cubría. Me acerqué y estudié la caja de cristal. No había cables ni cerraduras evidentes.

Junté las manos delante de mi pecho e hice un bailecito. Realmente iba a ser así de fácil. La robaría y saldría de aquí como si no hubiese pasado nada. Tal vez las dos cambiantes de fuera se hubieran dado por vencidas y se hubieran ido a cazar otra cosa.

La piedra tenía la forma de un jaguar. Levanté la caja y la puse en el suelo. No parpadeó ninguna luz ni chirrió ninguna alarma. El viejo Anthony era confiado, demasiado confiado, pero quién era yo para juzgar.

Saqué la piedra verde de su soporte en el pedestal y fruncí el ceño cuando nada mágico sucedió dentro de mi cuerpo de inmediato. Esto tenía que ser lo que estaba buscando. Estaba en el cuadro gigante que todos mencionaban y estaba en el apartamento de Anthony. Entonces, ¿cuánto tiempo tardaría en hacer efecto?

Tendría que averiguar cómo usarlo más tarde. Ahora mismo, necesitaba salir corriendo de la escena del crimen. Así que me metí la piedra en el bolsillo del pantalón, volví a poner la caja en su lugar y me di la vuelta para marcharme, pero me gruñó el estómago y me planteé buscar y asaltar la cocina.

Pero no tenía tiempo. Si las dos chicas eran guardias de algún tipo, entonces Anthony ya sabía que estaba aquí y no tardaría en venir. No podía arriesgarme a ser atrapada.

Así que me giré, di dos pasos y me estrellé contra una pared de carne.

Una pared de carne *desnuda*.

—Uf—, dijo el hombre-muro—. Cuidado.

Me quedé completamente paralizada. Levanté la mirada y me encontré con la cara de alguien. No conocía al tipo, pero era todo un paisaje: pecho ancho y caderas estrechas. Sus abdominales eran los más grandes que jamás había visto. Un silbido bajo amenazó con salir de mis labios, pero lo controlé, a duras penas.

Solo podía ver pectorales y abdominales de albañil con brazos de herrero. Todo un cuerpo de músculos duros ondulaba bajo una capa de piel lisa. Los ojos casi se me salían del cráneo. ¿Quién era este tipo?

—¿Quién carajo eres? —chillé contra su esternón.

Cruzó los brazos sobre su pecho y sus bíceps abultados hizo que se me secara la boca. Todo pensamiento racional desapareció de mi cabeza. La piel que tocaba la suya ardía. Un zumbido se instaló en el fondo de mi cerebro. Lo único en lo que podía pensar era: Hombre desnudo. Hombre desnudo y *muy atractivo*.

—Eso mismo te pregunto yo a ti—, ladró—. Debería llamar para que te saquen a rastras.

Hice una mueca, tratando de procesar la profundidad de lo que fuera que estaba pasando dentro de mí. —¿Hablas en serio?

Frunció el ceño, pero no contestó.

—¿Por qué coño estás desnudo? Tienes el pene colgando y yo estoy aquí, tratando con todo mi ser de no mirarlo. Mira esos músculos. ¿Se supone que tengo que fingir que no me afectan? Dios, si te ves así por el frente, no me quiero imaginar por detrás.

Su cara se dividió en la sonrisa más grande y brillante que jamás había visto. Y soltó una carcajada que explotó la humedad entre mis piernas. —¿Te gusta lo que ves?—, preguntó. Su

pene se levantó en saludo.

Abrí mis ojos en shock y me tapé la boca con la mano cuando todo lo que dije se registró en mi cerebro. Mierda, ¿por qué había dicho eso? ¿Nunca aprendería a callarme cuando estaba nerviosa? No, mi boca vomitaba todos mis pensamientos, lo que me hacía decirle a un hombre extraño que era lo más sexy que había visto nunca. ¿De verdad había dicho todo eso?

En un abrir y cerrar de ojos, me agarró de los brazos, me sujetó las muñecas con una mano y me puso la otra en la cintura. Lentamente, con cuidado, las levantó por encima de mi cabeza y dio un paso hacia mí. Su cuerpo irradiaba calor. Retrocedí un paso para intentar ampliar la distancia que nos separaba. Dio otro paso hacia mí y yo retrocedí otro. El corazón me latía con fuerza mientras seguíamos bailando, hasta que me tuvo arrinconada contra la pared. Apretó su cara contra mi cuello y respiró hondo.

Me estremecí, medio esperando que me arrancara la ropa... o que me desgarrara la garganta.

—Eres una cambiante—dijo, su voz retumbando a través de mí—. ¿Qué haces en mi guarida?

Se me doblaron las rodillas y jadeé. El aire chisporroteaba entre nosotros y sentía la piel como si hubiera estado demasiado tiempo al sol.

—Suéltame —espeté.

—¿Por qué te soltaría? Estás invadiendo mi guarida y, como cambiante, estás sujeta a la ley de la manada.

—No sé nada sobre ninguna manada o sobre ninguna ley de la manada. Por favor, déjame ir.

Sin duda, tenía que haber una manera de salir de aquí. Miré hacia un lado. La ventana que daba a la escalera de incendios estaba abierta de par en par. Podría ser la forma perfecta de salir de aquí. Tal vez los cambiantes podían saltar tres pisos sin morir en el intento.

Su agarre se aflojó ligeramente, pero fue suficiente para que pudiera zafarme y correr hacia la escalera de incendios.

—Me llamo Anthony— su voz resonó y me señaló acusadoramente—. No te muevas.

Sus estruendosas palabras me inmovilizaron. —Tengo que irme —gemí.

—Tienes cuatro segundos para decirme quién eres antes de que llame para que te lleven. Habla —. Bajó la mano.

—¿Llamar a quién? Si vas a llamar a alguien que sea alguien te traiga una bata. ¿Nadie te ha dicho que no andes desnudo por ahí? ¿Por qué necesitas saber mi nombre? —Le grité, enojada porque desde que me dijo que me quedara quieta no podía moverme. *Oooooh, mierda. Cállate, cerebro nervioso.*

—A mis guardias. Probablemente ya las conoces.

Parpadeé, negué con la cabeza y me esforcé por adoptar una expresión de indiferencia, evitando mirar su enorme pene. —No conocí a ningún guardia. Sólo a ti.

Torció la boca. —Michelle y Willow.

—Michelle y Willow —repetí, apenas capaz de dar un paso hacia la ventana. Las mujeres de fuera debían de haberle dicho mi nombre—. Deberías comprarte unas nuevas. Llegué hasta aquí, ¿no?

—Tal vez les dije que te dejaran pasar.

Lo miré confundida. —¿Por qué?

—Porque quería conocerte.

—¿Por qué?

—A la mayoría de los alfas les gusta conocer a cambiantes intrusos—. Alargó las sssss y avanzó hacia mí, lentamente, como un gato acechando a su presa, sin quitarme la mirada de

encima.

Se me erizó la piel. Había pasado de ser la cazadora a ser la presa. No me sentía segura aquí arriba, en presencia de quienquiera que fuese ese idiota que se creía capaz de darme órdenes.

—Me voy.

—Quiero verte intentarlo—, dijo y agitó la mano.

Me giré, corriendo hacia la ventana abierta. *Un paso, dos pasos, tres, cuatro pasos... ¡Salto!* Salté hacia el hueco, atravesé la abertura y me estrellé contra la barandilla que rodeaba el rellano de la escalera de incendios.

Cuando aterricé, la escalera traqueteó y se desplazó contra el edificio. Uno de los soportes sueltos chocó con el exterior de ladrillo, donde era obvio que había estado rozando durante algún tiempo. Al menos, la barandilla había evitado que me precipitara por el borde y cayera al suelo, tres pisos más abajo.

—¡Mierda! —grité, poniéndome de pie y esperando a que la escalera cediera.

Y entonces él también saltó.

capitulo tres

MAURY

Toda la maldita escalera de incendios se estremeció bajo el peso del gigantesco hombre, aún desnudo, que ahora me aplastaba contra las rejas de metal negro. El edificio entero iba a venirse abajo.

—Quédate quieta—, murmuró, su petición menos intensa, menos convincente que cuando me ordenó no moverme.

Pataleé y luché contra aquella bestia de hombre. —No, suéltame. No me llevarás.

—¿Llevarte? ¿A dónde? —Enganchó su brazo alrededor de mi cintura y me levantó como si no fuera más grande que un niño pequeño—. Soy el alfa y necesito hacerte unas preguntas.

El corazón me latía con fuerza en los oídos y le arañé el brazo en vano. Le traté de dar un rodillazo en la entrepierna, pero se retorció y el golpe le rebotó en el muslo.

—Uf, será mejor que cuides las joyas de la familia.

—¡Sino QUÉ!

—No seré tan bueno la primera vez que te coja.

Jadeé y me quedé inmóvil—. Que tú... cómo... qué...

Entonces me empujó hacia dentro de la ventana y yo me alejé a trompicones, tropezando con mis propios pies y cayendo de bruces al suelo de madera pulida.

Sentí un dolor insoportable en la cara. Me agarré la nariz, saboreando la sangre. —¡Mierda!

Frunció el ceño y se inclinó sobre mí. —Déjame ver.

No moví las manos. —Jódete.

Sin mediar palabra, me apartó las manos de la cara. —Parece estar rota. Deberías cambiar para sanar.

—No, no voy a cambiar. Odio cambiar. —Cuando me lamí los labios, un sabor metálico me llenó la boca.

Me soltó las manos. —Como quieras. Pero sé que debe doler mucho.

Me estremecí. No se equivocaba, pero no iba a cambiar. Cambiar no solucionaba nada y, de todas formas, ¿de qué estaba hablando? ¿*Cambiar para sanar*? ¿Qué significaba eso?

—Vamos—. Enganchó su mano bajo uno de mis codos y me arrastró fuera de la sala de estar hacia la puerta metálica del pasillo.

Goteé sangre por todo el suelo. Si tenía suerte, lo mancharía permanentemente y así podría usarlo como evidencia cuando llamara a la policía. Esperaba que así fuera y que tuviera que pagar un millón de dólares para arreglarlo y otro millón para pagar la fianza después de que lo arrestaran por secuestro y... y... maltrato y... y...

Suspiró, pero se ajustó para ayudarme a caminar en vez de continuar arrastrándome tras él. —¿Estás bien?

No me molesté en contestar. ¿Por qué le importaba? Mis pies no querían funcionar bien. Estar tan cerca de él solo me hacía querer fundirme con él y absorber su calor. En lugar de eso, intenté zafarme de su agarre hasta que nos detuvimos en la salida del pasillo principal. —Maldita sea.

Me miró y luego abrió de una patada la puerta, encendió una única luz brillante en el centro de la habitación y me metió dentro. Una mesa de metal y una silla nos esperaban dentro. Las bisagras de la puerta crujieron cuando la cerró tras nosotros.

Me quedé torpemente de pie en el centro. —¿Qué es esto?

—La sala de los enigmas—dijo tajante—. Cada alfa, y cada manada, requiere una sala de enigmas. Por suerte para ti, nuestra manada acaba de terminar un rompecabezas de diez mil piezas, así que la sala está disponible para ti, al ser el nuevo rompecabezas.

¿Rompecabezas? Las manadas no hacían rompecabezas. Salían y peleaban contra manadas rivales y se apoderaban de sus tierras, cometían crímenes y, en general, vivían como si la ley no se aplicara a ellos. Cazaban presas y se las comían.

Me estremecí. —Mentiroso.

—Te gustan más mis músculos que mis bromas. Anotado—. Señaló la única silla de metal—. Siéntate.

Por primera vez noté el brillo de sudor en su labio superior y fruncí el ceño. No me había resistido tanto, ¿verdad?

—Siéntate —repitió. Como no lo hice, empezó a caminar hacia mí—. Dije que te sientes.

Me estremecí y me acerqué a la silla—. Bien. Me sentaré.

Su boca se torció en una sonrisa exasperante—. Buena gatita.

Me senté y sentí el metal frío contra mi culo y la parte posterior de mis muslos desnudos. Los pantalones cortos no me protegían mucho del frío y, una vez más, decidí no volver a vestir "ropa de verano". Con tal, igual no había impedido que la gente me distinguiera entre la multitud.

Cuando intenté moverme, la piel se me pegó al metal. Miré a mi alrededor y me percaté de que las paredes eran acolchadas. ¿Insonorizadas? —¿Qué es este lugar?

—La sala de enigmas.

—¿Por qué no me dices la verdad?

—Es la sala de enigmas—, contraatacó y se le curvó el labio superior—. Y tú eres el enigma actual, como ya te he dicho.

Junté las manos sobre la fría mesa. —Qué chistoso.

Entrecerró los ojos. —Sabes, no te tomaba por una luchadora. Más bien pensé que eras una corredora.

Procesé sus palabras y fruncí el ceño. No se equivocaba. Tendía a esconderme y huir. —A lo mejor nunca había sido secuestrada por un idiota, —dije finalmente.

—Quizás, —dijo.

—¿Quién eres? —Aspiré otro chorro de sangre nasal y casi me ahogo.

—Ya te dije. Soy Anthony.

—No eres Anthony—, acusé, secándome la sangre de la cara—. No eres viejo.

—¿Estás segura de eso?—, dijo, sus ojos ámbar centelleando—. Soy mucho mayor de lo que crees.

—No eres viejo—. No se me ocurrió más nada sino repetirme a mí misma.

Parpadeó.

—Ni gordo—, añadí.

Abrió los ojos de par en par. —¿Quién te dijo que Anthony era viejo y gordo?

Me encogí de hombros. —La gente.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba a mi lado. —¿Qué gente?—, me susurró al oído, y no pude pensar en otra cosa más allá de la cercanía de su muy desnudo y musculoso cuerpo.

Me agarró por la garganta y su pulgar me acarició la barbilla, levantándome la cara hasta que miré fijamente al ámbar de sus ojos.

—¿Qué coño eres? —chillé—. Con esos músculos y ese... mierda—. Casi había dicho pene—. ¿Qué haces aquí? Se suponía que no debía haber nadie aquí, excepto tal vez un viejo gordo llamado Anthony. Además, tuve que escapar de las dos chicas, así que me escondí aquí. Se suponía que no debía haber nadie.

Dejó caer la mano y retrocedió un paso, y mis ganas de desahogarme disminuyeron.

¿Qué coño había pasado? Sí, yo hablaba de más cuando estaba nerviosa, pero esto era otra cosa, algo totalmente distinto. Además, ¿cómo era que el tipo estaba tan cómodo estando tan desnudo? Era como si me estuviera retando a mirar. ¿Dormía así? No era seguro dormir sin ropa. ¿Es que acaso no lo sabe? ¿Y si tenía que levantarse y correr... iba a ir con los huevos al aire?

—¿Por qué estás aquí?— preguntó.

—Para conseguir el talismán.

—¿Para qué?

—Para poder curarme.

—¿Curarte?

Me llevé los dedos a la cicatriz del brazo, la que el tatuaje hacía poco por ocultar —. Estoy intentando librarme de la maldición.

—¿La maldición?— Puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

Al oír eso, bajé la mirada y me encontré con un pene increíble. Aunque, mi opinión no valía mucho ya que no es como si hubiera visto muchos penes por ahí. Lo rodeaban muslos y abdominales cincelados, y una docena de músculos más de los que no sabía el nombre.

La comisura de sus labios se torció y una sonrisa de suficiencia se deslizó por su rostro. —¿Quieres ver más?— Hizo una pausa—. Te gustaría, ¿verdad? Veo a tus ojos dilatarse y a tu cuerpo tensarse.

Mierda. Mierda. Todo mi cuerpo se agarrotó como si me hubieran empapado en agua helada. —No te hagas ilusiones—, espeté—. Sólo quiero saber quién coño eres y por qué estás aquí.

Con el dedo índice, señaló a nuestro alrededor. —Todo esto es mío.

—No, es de Anthony—. Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Se retorció un poco, el movimiento sacudió su pene e hizo que mis mejillas se encendieran. —Yo soy Anthony.

—Imposible.

Entrecerró la mirada. —Entonces, ¿con quién crees que estás hablando?

—¿Su hijo? ¿Un ladrón? Qué sé yo. ¿Por qué crees que te estoy preguntando?

Una risa estruendosa brotó de él, una explosión de humor casi contagiosa que casi me atrapó en ella. —¿De verdad no crees que yo pueda ser Anthony?

Apreté los dientes. Cuando su carcajada se desvaneció, le espeté: —Según mis fuentes, no tienes edad suficiente para ser ni Anthony ni un alfa de ninguna manada de por aquí. La manada de Lafourche Magnolia está liderada por un viejo alfa.

—¿Quién te dijo que Anthony era viejo, y cómo sabes que yo no soy lo suficientemente viejo para ser el alfa?

Mi tren de pensamientos se detuvo en seco. Mordiendo mi labio inferior, consideré su pregunta. ¿Quién me había dicho que Anthony era viejo?

Cuando me desperté, mordida, el que lo había hecho se había quedado dormido a mi lado. Murmuraba sobre un talismán utilizado para liberar a los cambiantes de su maldición y sobre el alfa que lo tenía. Me había llevado casi dos años encontrar a Anthony. En todo ese tiempo, ¿alguien me había dicho la edad de Anthony?

—¿Y bien?

Mis ojos se abrieron de par en par. Nadie había mencionado su edad. Lo había supuesto yo misma por la edad del que me había mordido. ¿Cómo, si no, llegaba un alfa a ser el alfa? La edad, había pensado. Pero, ¿qué sabía yo de ser un cambiante?

¿Realmente? No mucho. A pesar de serlo, no lo había elegido, y no lo quería. El maldito talismán era la razón por la que había pasado los últimos dos años buscando a Anthony. Más allá de no gustarme, lo despreciaba. Quería volver a ser un humano normal.

Anthony silbó. —¿Hola? ¿Estás ahí?

Me puse rígida y crucé los brazos para ocultar mi irritación. —Sí, estoy aquí.

—Soy Anthony, no Anthony el ladrón ni Anthony hijo. Soy Anthony el alfa de esta manada, en cuyo territorio estás invadiendo, en cuya casa irrumpiste. Tengo cien años—. Gruñó en el fondo de su garganta—. Ahora, dime, ¿quién eres tú?

—No es asunto tuyo—. No tenía ni idea de que me atraían los hombres mayores.

Respiró hondo y profundo. —No tengo tiempo para esta mierda—. Se abalanzó sobre mí, y antes de que me diera cuenta me estaba sujetando las muñecas con las manos, sin llegar a hacerme daño.

Y entonces... ¡Pene! ¡Pene! ¡Pene!

Me golpeó. Literalmente. Su pene se estrelló contra mi cuello y cerré los ojos. Los penes no eran mis amigos. Especialmente los grandes y aterradores.

—¿Puedes apartarte?

Se quedó inmóvil. —¿Qué?

Abrí un ojo. —¡Quítame tu pene de encima!

Me soltó los brazos y frunció el ceño.

Hice un gesto con el pulgar hacia la puerta. —Será mejor que llames a tus bronceadas barbies, porque no voy a tocarte el pene, —añadí—. Estoy segura de que estás acostumbrado a que todas las mujeres de tu manada se lancen sobre ti, pero yo no.

Parpadeó y respiró hondo, me tiró de la silla y apretó mi cuerpo contra el suyo, mi espalda contra su frente. Luego metió la mano en mi bolsillo y agarró la piedra, sacándola antes de que pudiera detenerlo.

—¿Qué estás haciendo?

—Recuperando una magia que no entiendes. Ni siquiera estoy seguro de que nosotros entendamos todo lo que hace.

Me palpitaba la cara y no podía concentrarme en nada con él tan cerca. Cerré los ojos con fuerza. —Suéltame.

—¿Pero no lo sientes?—. No se apartó de mí.

—¿Sentir qué?

No contestó. En lugar de eso, se quedó tan quieto que intenté zafarme de su agarre, pero me apretó con fuerza. El calor de sus piernas desnudas abrasaba mis muslos expuestos. Tan cerca de él, no podía pensar en otra cosa que no fuera él. Su calor irradiaba a través de mí. Mi siguiente intento de fuga tampoco funcionó, sólo consiguió acercarme más a él, a los músculos cincelados de su pecho y las líneas de sus abdominales. Me estremecí. Yo era su presa. Se me erizó la piel cuando nos quedamos en medio de la "sala de enigmas", atrapados en un punto muerto.

No, no era un punto muerto. Estaba a su merced y él estaba jugando conmigo como un poderoso depredador. Quería levantar la barbilla, mirarlo a la cara y apretar mis labios... ¡No!

Parpadeé rápidamente, intentando borrar de mi mente la fantasía de algo que nunca había experimentado con ningún hombre. —Suéltame—, le espeté.

Su aliento me revolvió el vello de la nuca, y un sonido salió de algún lugar en medio de su pecho.

¿Un ronroneo? ¿Estaba ronroneando? ¿Qué clase de idiota malhumorado era este tipo?

—Eres todo un reto, dulce gatita—, murmuró—. Pero puedo ver cómo quieres rendirte.

capítulo cuatro

¿Qué me estaba ofreciendo? ¿Sexo?

Dioses, no, incluso con su cuerpo pegado al mío, sabía que no me estaba ofreciendo nada tan simple como sexo. Por el contrario, exigiría una entrega total de mi parte, una entrega durante todo el tiempo que me quisiera.

¿Tenía un fetiche por las vírgenes? ¿Era un requisito coger a una virgen para iniciar una nueva manada?

No sabía por qué mi cerebro no estaba formando pensamientos coherentes. Pero sabía que el hombre a mis espaldas era responsable de mi incapacidad de pensar.

En otro lugar, en otra situación, durante una cena en un restaurante caro, hubiese sido fácil ceder, dejarme arrastrar a su mundo de fantasía para convertirme en su amante, y —*maldita sea*— esa verdad me asustaba más que cualquier otra cosa.

Me estremecí de pies a cabeza, pero no de asco. No, algo salvaje se apoderó de mí. El deseo se apoderó de mi entrepierna. Contuve la respiración.

Despacio, con cuidado, me subió las manos por los costados y me recorrió los brazos desnudos hasta llegar a las muñecas. Me apretó las muñecas y me las levantó por encima de la cabeza. ¿Estaba temblando? ¿Por qué estaba temblando?

—Podría llevarte a la cama, gatita, y hacerte gritar mi nombre. Una y otra vez—, susurró, sus palabras revoloteando sobre mi piel. Me giró para mirarme.

Me mordí el labio, incapaz de pronunciar palabra alguna. Mantuve los ojos clavados en su pecho, incapaz de mirar a otra parte. Era demasiado, él estaba demasiado cerca, y el palpitir de mi cara y el zumbido de mi cerebro dominaban todos mis sentidos. Solo había estado aquí quince minutos y él ya había destrozado todas mis defensas.

Él respiró hondo, muy muy cerca de mi oreja, de mi mejilla.

¿Por qué no hacía nada? ¿Algo, cualquier cosa? La anticipación era una tortura. Imágenes de él arrancándome la ropa, inclinándose sobre la fría mesa de metal, pasaron por mi cerebro. Aspiré aire, ahogada por un deseo inexplicable. Con él sería salvaje, animal.

—Dime, gatita. Dime qué quieres. ¿Qué me darías por tener este talismán?—. Su pene se endureció contra mi vientre, cada vez más grande—. ¿Qué me darías por tenerlo, gatita?

La forma en que lo enfatizó me hizo creer que no se refería al talismán. *Mierda*.

Me paralicé. Sólo había venido por el talismán, para volver a ser yo. Ya no quería luchar contra mi naturaleza felina; necesitaba que desapareciera.

En lugar de sucumbir a cualquier locura que se hubiera filtrado en mi cabeza, levanté la rodilla en otro movimiento audaz que me sorprendió incluso a mí. —Suéltame.

Sus reflejos fueron más rápidos; se giró hacia un lado antes de que mi rodilla pudiera

conectar. Sin embargo, convulsionó como si lo hubiera golpeado.

—Como quieras—, gruñó. Me agarró por la nuca y me arrastró fuera de la sala hasta otra habitación, la gruesa alfombra amortiguaba nuestros pasos. Divisé una cama en un rincón. Me arrojó contra el borde de esta, olvidado estaba mi deseo anterior.

—¿Qué vas a hacer?— Seguro que no... —No puedes...

Se rio, y el sonido me heló el corazón. —Podría, ¿verdad, gatita?— Dio dos pasos hacia la cama y mis piernas amenazaron con ceder—. Soy el alfa, después de todo.

Me atrajo contra él una vez más hasta que mi boca estuvo a centímetros de la suya. —Bonitos labios en una bonita gatita—. Gruñó.

Lo iba a hacer. Iba a...

Gemí y lloriqueé.

—Por desgracia, tengo otras cosas más importantes que hacer—. Sin previo aviso, me apartó de un tirón de la cama y me hizo retroceder por el dormitorio. La fuerza casi me provocó un latigazo cervical y le arañé las manos.

Agarró el pomo de la sala de interrogatorios y tiró con tanta fuerza que pensé que arrancaría la puerta de las bisagras. Luego me metió dentro y cerró de un portazo.

Atravesé la sala a trompicones y casi me desplomé sobre la mesa. Se oyó un clic en la cerradura y algo fue arrastrado por el suelo y empujado delante de la puerta. —¡Maldita sea! ¿Qué estás haciendo? No soy un prisionero.

—Encerrándote para que no te hagas daño.

Fruncí el ceño, escudriñando las paredes.

Su voz había salido de un altavoz en la esquina. —Ahora. No te hagas daño.

—¿Qué? ¿Me vas a dejar aquí?—. Escaparme iba a ser imposible.

—¡Déjame salir!—grité y levanté la fría silla de metal.

—Pórtate bien—, respondió.

Mi grito resonó en la pequeña habitación, amortiguado sólo por el acolchado de la pared. Entonces lancé la silla que chocó con la lámpara que colgaba sobre la mesa. La bombilla parpadeó una vez y luego se apagó, dejándome en completa oscuridad. Me lancé hacia delante hasta que mis muslos golpearon el borde de la mesa, haciéndola caer. Tanteé en el aire hasta que mi mano se posó en la lámpara. Con cuidado, metí la mano por el centro, sin importarme que la bombilla me chamuscara los dedos. Desenroscar la bombilla y volver a enroscarla en el casquillo no sirvió de nada. No había luz, ni ventana, ninguna forma de escapar. Y ya ni siquiera tenía el talismán.

Mierda. Mierda.

—¡Déjenme salir!— Grité y sentí el pánico apoderarse de mí. Estaba atrapada en la oscuridad, sola, en una habitación diminuta, con un alfa enloquecido merodeando al otro lado de la puerta.

Pero la puerta no se abrió y sus pasos retrocedieron.

Se me salieron las lágrimas. Los hombres malos hacían cosas malas en la oscuridad. Entonces sentí el recuerdo de sus manos sobre mi boca. No el alfa. No Anthony. Uno de mis padres adoptivos, del que había huido cuando cumplí diecisiete años, y me estremecí.

Las lágrimas se derramaron por mi cara y mi nariz, ya rota, empezó a gotear. No sabía si eran mocos o sangre. Un leopardo irrumpió en mi mente, y me estremecí.

Anthony podría haber hecho cualquier cosa...

Cualquier cosa menos dejarme en la oscuridad...

Atrapada y sola.

capítulo cinco

ANTHONY

Cielo santo.

Su aroma llenaba mi mente, canela, bergamota y especias que no podía ubicar. Apreté los dientes e intenté controlarme. ¿Quién era esta chica? ¿Esta ladrona?

Mi pecho se apretó y me apoyé en el aparador que había colocado frente a la sala de interrogatorios. Un grito y luego un estruendo sonaron al otro lado de la puerta, confirmando que la ocupante estaba más que enojada.

Maury, si ése era su verdadero nombre, seguramente pensaba que la había encerrado para retenerla. Lo que no sabía era que realmente lo hice para darme más tiempo para pensar sin que mi deseo de poseerla dominara mi sentido común.

Como cuando la arrastré al dormitorio. Su melena roja caía sobre sus ojos, ocultando el terror en ellos. Miles de cosas habían pasado por mi mente y el impulso de hacerla mía había sido abrumador.

¿Qué coño me había pasado?

Había estado dispuesto a... a... Sacudí la cabeza. Como alfa, se me concedían ciertas libertades que la mayoría de los miembros de mi manada no dudarían en disfrutar. Vivía sin obligaciones, tomando cuando quería. Todos venían corriendo cuando lo pedía, pero había sido diferente cuando tuve a Maury en mis manos.

Su piel me calentaba, me abrasaba. Aún me ardían las manos por haberla tenido entre ellas. Incluso ahora, recordaba cómo se sentía tenerla apretada contra mí.

—Mieeeeerda—, exhalé. Maury era una chispa que provocaba un incendio dentro de mí sin siquiera intentarlo, y yo no entendía nada. Yo era viejo y ella joven, pero el hecho de ser cambiantes hacía que todo fuera... diferente.

Cuando cerré de un empujón la puerta de la sala de interrogatorios, había sido para protegerla. Esta gatita no sabía nada sobre ser una cambiante, todo su comportamiento lo daba a entender.

Me acerqué a la pantalla de la sala de estar y pasé por los canales hasta que ella apareció en la pantalla. La silla estaba en el suelo, junto a la salida, y ella estaba apoyada en la mesa.

Sin embargo, la imagen era diferente, más contorneada y sin color. La vi meter la mano en la lámpara del centro. Debió de romper la luz al tirar la silla.

Se me curvaron las comisuras de los labios mientras la observaba en las sombras de la sala de interrogatorios. Maury no lo sabía, pero yo tenía una cámara con visión nocturna en un rincón de la sala. O quizá sí lo sabía. Se había visto sorprendida cuando mi voz había salido del altavoz.

Se limpió las mejillas y se abrazó a sí misma, dando a entender que no le gustaba estar allí.

Pulsé una función de la pantalla de inicio de mi celular para llamar a otra de mis guardias. No

a las dos que habían encontrado a Maury, sino a Laura Vo, otro miembro de confianza de mi manada. Maury no creía que yo fuera un alfa. Sin embargo, el gran número de cambiantes que comandaba la habría dejado pasmada.

Pero lo que ella creyera que yo era daba igual.

Levanté las palmas de las manos; aún tenía la piel inflamada de donde le había tocado los brazos y sujetado las muñecas. Si hubiera sido comida, habría pensado que era alérgico a ella. ¿Qué significaba mi reacción? Significaba algo. Algo importante. Tenía que significar algo, pero no podía descifrarlo.

Cuando volvió a gemir, estudié la pantalla una vez más.

Pasó las manos por las paredes, olfateando y gimoteando.

Fruncí el ceño. Ya se veía enfadada.

—Por favor, déjame salir—, gimió—. No puedo quedarme aquí. Está oscuro. Demasiado oscuro—. Llegó a la puerta y la golpeó. *Pum, pum, pum*. Finalmente, gritó: —¿Por qué me encerraste aquí? Déjame ir. Por favor.

Sus gemidos se filtraron en mis pensamientos. —Déjame salir, por favor. No me gusta estar aquí—. Seguidos de varios golpes más—. No puedes dejarme aquí. No quiero...— Su voz se quebró—. No tienes derecho. Mierda—. Tomó aire—. No quiero...

¿No quiere? ¿No quiere qué?

—Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea, —susurró—. Odio estar aquí. Déjame salir antes de que... cambie... No quiero cambiar.

Me acerqué un paso más a la pantalla. ¿Por qué no quería cambiar? ¿No se había convertido en cambiante por voluntad propia? Los cambiantes novatos se transformaban sin ningún motivo.

¿Por eso no había querido cambiar para arreglarse la nariz? O tal vez creía que no funcionaría. Se dio la vuelta hasta que la cámara la apuntaba de frente, pasé la mano por la pantalla, acariciando su mejilla y ella se estremeció como si hubiera sentido mi contacto.

Una serie de gruñidos emanaron del interior de la habitación, y corrí hacia la puerta para pegar la oreja a ella, intentando entender lo que decía... y lo que no. ¿Por qué no querría cambiar? Era una cambiante, ¿no significaba eso que había elegido ser una cambiante? Después de todo, no mordíamos a quien no quisiera ser mordido, y tampoco mordíamos sin permiso a humanos. Un mordisco podía matar o convertir a alguien con ADN cambiante en su sangre, por poco que fuera.

¿Podría ella ser parte de los recientes acontecimientos en el pantano? ¿Había sido la primera?

Lloriqueó, murmurando algo sobre una cabaña del pantano y las cosas malas que ocurrían en la oscuridad. Me sentí atraído hacia ella y la cruda emoción de su voz. Tan silenciosamente como pude, aparté el gran aparador de la puerta. El metal del armario alivió mi piel irritada. ¿Me atacaría? ¿Me rechazaría si entraba y la cogía en brazos?

—Hola, Anthony—. La suave voz rompió mi trance y solté el picaporte.

Laura Vo entró en la habitación, vestida con un crop top negro y unos pantalones de cuero, demasiado calurosos para el clima veraniego, pero no le brillaba ni una gota de sudor. Su pelo oscuro casi ocultaba sus ojos violetas. —¿Necesitas que me deshaga de alguien?

Estudié la puerta. ¿Quería deshacerme de la gatita, abandonarla a su suerte? Se me retorció el pecho ante la idea de no volver a verla. No, eso no era lo que yo quería, y tenía la ligera sospecha de que no era lo que Maury necesitaba.

—¿Y bien?— Laura preguntó.

—No, creo que deberíamos estudiarla más de cerca.

Suspiró. —¿Adoptar otro perro callejero?

Sus palabras me hicieron estremecer. —No, no, no es un perro callejero, pero necesito que te hagas cargo. Me tiene miedo. —Con razón. Pero no quería confesarlo.

Se cruzó de brazos y apretó la boca. —¿Todavía tienes cámaras ahí adentro?

—Sí. Está en el salón.

Ella asintió y se dirigió hacia la pantalla. —¿Qué tenemos aquí?

La seguí. —Necesita entrenamiento. Es una cambiante, pero no sabe nada y odia serlo. Pero necesito saber cómo se convirtió en cambiante. Si decide seguir siéndolo, creo que sería una buena incorporación a la manada.

Lauraladeó la cabeza y entrecerró la mirada. —¿Cómo se llama?

—Maury, o eso creo.

—¿No te dijo su nombre?

—No, pero se lo dijo a las dos guardias que tenía fuera.

—Por lo tanto, podría estar mintiendo.

—Sí, pero no creo—. Apreté la piedra con la mano, mirando a Maury, ahora un leopardo, sentada en la mesa de metal, jadeando y claramente angustiada, limpiándose enérgicamente el hocico—. Y necesito saber por qué no quiere ser cambiante. Quizá sepa algo que nos ayude a averiguar qué está pasando en el pantano.

Laura bajó los brazos y frunció el ceño. —¿Es esto necesario?

—No hagas que te recuerde quién es el alfa—. Le guiñé un ojo a mi consejera—. ¿Quedó claro?

Soltó un suspiro tembloroso y se dirigió hacia el armario. —Bien. Me pondré a ello.

Si Laura decía que iba a hacer algo, lo hacía, así que me trasladé a la sala de monitores, donde podía observar las cámaras ocultas sin interferir en el trabajo de Laura.

capítulo seis

MAURY

—Si te calmas, te dejaré salir—, me tranquilizó la voz desconocida de una mujer a través de los altavoces.

El sonido provino del techo y mis orejas peludas giraron, intentando dar sentido a las palabras que ahora llenaban el espacio acolchado. Eran en español, pero a mi lado felino le estaba costando ordenar las sílabas. No era tan hábil como otros para alternar entre los dos lados de mi mente. No quería aprender a pasar de uno a otro.

—Si te calmas, te dejaré salir—, volvió a decir, con más suavidad que la primera vez.

Mis bigotes se crisparon. *Cálmate, Maury*. Yo soy Maury. Me pasé una pata por la cara y me froté las cosquillas que empecé a sentir en mi nariz. Estaba sola en el pequeño espacio, atrapada en la oscuridad y no sabía cómo salir.

—¿Estás lista para salir, Maury?

Una punzada de tristeza me atravesó. Apoyé la pata en la puerta cerrada y maullé, repitiendo el ruido dos veces más. Ella sabía mi nombre, mi nombre humano, y yo quería volver a ser humana. Bajé de la mesa y me senté sobre mis patas delante de la puerta.

—Así está mejor—, me tranquilizó la desconocida.

Se oyó un ruido al otro lado de la puerta y el picaporte giró. Cuando la puerta se abrió, me alejé de la desconocida y siseé, mostrando los dientes.

Una mujer morena esperaba al otro lado del umbral. —Calma, no te haré daño —dijo, poniéndose las manos en las caderas—. Bueno, bueno, bueno, pero si eres una gueparda preciosa.

Siguió hablando en tono tranquilizador hasta que di un paso adelante. Cuando mi miedo disminuyó, sentí al felino esfumarse. Un viento recorrió la habitación.

Mis huesos crujieron y se reformaron, y un momento después, ya no sentía los bigotes en la cara. Me puse en pie y me estremecí, abrazándome a mí misma. Por lo menos ya no me palpitaba la nariz.

Me rodeé con los brazos en un intento de disimular el hecho de estar desnuda.

—¿Cómo te llamas?— susurré.

—Me llamo Laura Vo y estoy aquí para ayudarte—. Sus ojos violetas brillaban de un modo hipnotizador.

Fruncí el ceño, sin creer que realmente necesitara ayuda. —¿Dónde está el otro tipo?

—¿Te refieres a Anthony?

—¿De verdad se llama así?

—Sí. Se llama Anthony Holder. ¿Cuál es tu nombre?

—Maury.

—Está bien, Maury... si ese es realmente tu nombre—. Ella me miró—. Vístete, entonces, y vamos a hablar. Me temo que solo tienes dos opciones aquí. ¿Quieres un expreso?

Me encogí de hombros. —Claro.

—¿Maury es diminutivo de algo?

—Maureen. Maureen Powell.

—¿Te gusta Maury o Maureen?

Incliné la cabeza hacia un lado, considerando su pregunta. —Maury.

—Encantada de conocerte, Maury.

Sin decir nada más, salió de la habitación y se oyó un estruendo en la otra habitación, retumbante y gutural como el de una máquina de café. Había dejado abierta la puerta de la sala de interrogatorios.

Me dijo que tenía dos opciones, lo que sonaba un poco siniestro. Al menos el hipnotizante hombre desnudo no estaba en la habitación para verme desnuda. Ningún cambiante vivo podía cambiar de un lado a otro con la ropa intacta. Otra cosa que despreciaba de los cambios. Volví a la habitación para recoger mis trozos de ropa.

Maldita sea. Por supuesto, estaba hecha jirones. Al menos ya no me dolía la nariz y había conseguido limpiarme la sangre con las patas. Así que Anthony tenía razón. Cambiar había sanado mi nariz. No sabía que los cambios curaban.

Salí de la habitación y eché un vistazo a la habitación antes de entrar. Anthony no estaba a la vista, gracias a Dios, pero seguíamos en su apartamento. No obstante, abrí un cajón de la cómoda y cogí una camiseta y unos pantalones cortos. Al deslizarse sobre mis caderas, gemí. Probablemente eran sus calzoncillos o alguna otra prenda igual de embarazosa. Quizá Laura era su esposa, novia o algo así. Supongo que, si ella tenía un problema con eso, podría decírmelo.

Con el miedo de que Anthony apareciera de la nada, volví a la sala de estar, donde me detuve a mirar la ventana que seguía abierta. Ahora sí podía escapar.

—¿Vienes?— Laura llamó—. Aún tenemos que hablar sobre cómo te puedo ayudar.

Me mecí de lado a lado y me retorcí las manos. Sin Anthony a la vista, mi valentía había desaparecido hacía tiempo, y dos partes de mí se enfrentaban entre sí. Una parte de mí quería quedarse y aprender. La otra quería huir.

¿Y si Laura pudiera ayudarme? Quizá entendiera mi problema y estuviera dispuesta a darme el talismán. Por escasa que fuera, era una oportunidad a la que no estaba dispuesta a renunciar, así que me dirigí a la espaciosa cocina.

Laura estaba de pie cerca del fregadero. —Veo que encontraste qué ponerte—, dijo, removiendo su café. Me acercó otra taza a través de la encimera. —Tienes cara de que necesitas café doble, así que, disfrútalo. Ahí está leche—. Señaló una jarrita de metal entre nosotras—. ¿Azúcar?

—No—. Eché un poco de leche en la taza y me la llevé a la boca para soplar el líquido. Aún estaba demasiado caliente—. Entonces, háblame de mis dos opciones.

Señaló una silla cerca de la isla del centro. —Entraste en *Cool Cats* e intentaste robar algo. Con tan solo eso, podemos hacer que te arresten. Tenemos cámaras ocultas por todas partes, suficiente evidencia.

Me senté y tomé un sorbo, saboreando el sabor del café recién molido. ¿Cuánto hacía que no tomaba café? En mi mundo, cada centavo iba destinado a comprar comida, no me podía dar el lujo de comprar café, y gracias al felino en mi interior, tenía que comer más a menudo que la mayoría. —¿Y entonces?

—Está claro que no eres fan de ser cambiante. Eso ya lo sé. Anthony también me lo dijo.

Me encogí de hombros.

Su mirada se entrecerró. —¿Cómo crees que es la cárcel para alguien como nosotros? No construyen prisiones especiales para nosotros. Quizá celdas especiales, pero no prisiones. Los reclusos normales juegan a que nos transformemos. Un par de cambios y te encierran en solitario. Es allí cuando los guardias empiezan a atacarte.

Sentí frío en mi espina dorsal. Había visto tales crueldades con suficiente frecuencia en mi vida cotidiana como para creerla. Las historias de terror no eran raras en nuestro mundo. Cambiante o humano, daba igual.

Ella continuó. —Tu otra opción es quedarte aquí y ser entrenada.

Se me desencajó la mandíbula. —¿Entrenada? ¿Entrenada cómo?

—Como cambiante.

—¿Como algo que odio?

—Como invitada de la manada, la manada Lafourche Magnolia.

—Como un león en un circo—, espeté—. No, gracias—. Me aparté del mostrador de un empujón, tirando la silla hacia atrás.

Ella rodeó la isla que nos separaba y me cogió del brazo, levantando su celular. —Sabía que no aceptarías el trato y ya llamé a la policía. Están de camino. Mientras tanto, llamaré a las fuerzas del orden para que te retengan.

—¿Fuerzas del orden?

—Nuestra fuerza de protección. Las dos de afuera son miembros.

Como invocada por ella, una sirena sonó a lo lejos, y me encogí ante la ardiente intensidad de sus ojos. Ya sabía de sobra que la cárcel no sería amable conmigo, no como cambiante. No hacía falta que me lo dijera, pero tampoco estaba segura de estar preparada para unirme a una manada. Especialmente no una manada con Anthony como líder. Lágrimas inundaron mis ojos.

Me soltó. —Es tu decisión.

Mi barbilla tembló. —¿Pero por qué? ¿Por qué me entrenarías?

Laura frunció los labios y no contestó de inmediato. —Estás perdida—, dijo finalmente—. Y quiero ayudarte.

Fruncí el ceño. —¿Perdida? No estoy perdida.

Laura se encogió de hombros. —No todos los que están perdidos saben que lo están—. Me guiñó un ojo—. Y te haré un mejor trato. Si al final de tu entrenamiento decides que todavía quieres deshacerte de tu lado cambiante, yo misma te daré la piedra.

—¿No tienes que consultarlo primero con tu alfa?

Su boca se torció en una sonrisa. —Eh, Anthony tiene el talismán, pero yo tengo la confianza de Anthony. Te sorprendería lo que puedes conseguir con sólo pedirlo amablemente primero.

Me marchité bajo su mirada. Nunca en mi vida había conseguido nada con tan solo pedirlo. ¿Por qué esta vez sería diferente?

—¿Y bien?

Me mordí el labio inferior y escuché a las sirenas cada vez más cerca. La silla crujió cuando me incliné hacia ella. —Primero, ¿puedes responderme a una pregunta?

Levantó las cejas. —Dime.

—¿Ese tipo desnudo es realmente el alfa?

La comisura de sus labios se crispó. —Sí, es Anthony, el alfa de nuestra manada.

—No es viejo—, murmuré.

Ella soltó una risita. —No, ni cerca. Entonces, ¿qué eliges?

capítulo siete

ANTHONY

—Entonces, ¿qué eliges?— Las palabras de Laura resonaron en mi baño principal, rebotando en los azulejos.

Sin los ojos Maury cerca, me vestí y me metí el celular en el bolsillo trasero, escuchando el drama entre la joven cambiante y una de mis confidentes de confianza.

¿Cómo se vería la expresión de Maury?

Sorbía su café como si Laura no le hubiera preguntado nada, con una expresión de indecisión en el rostro. Llevaba una de mis camisetas más viejas, casi raída, y un par de mis calzoncillos. El pecho se me apretó al verla con mi ropa. Era como si perteneciera a mi vida, como si la necesitara allí por razones que aún no comprendía.

La miré fijamente por la pantalla, esperando su respuesta. Quería que se quedara en mi casa, en mi manada, y finalmente en mi cama. Por su propia voluntad.

En la cocina, Laura preparaba otra taza de café mientras Maury se tomaba la suya como si fuera lo más divino que hubiera probado nunca.

Las sirenas sonaban a lo lejos, pero ya se estaban alejando. Sonreí y me pregunté si Maury se habría dado cuenta de que Laura estaba mintiendo. Las sirenas habían sido un feliz accidente, Laura no había llamado a las autoridades.

Qué haría Maury si supiera que yo estaba encerrado en el baño, observándola por las cámaras. Hice una mueca. Automáticamente supondría algo repulsivo. Yo también lo haría si estuviera en su lugar.

Me sonreí en el espejo. Mentira. Probablemente me excitaría que Maury me observara sin yo saberlo. Sobre todo, si decidía darse placer mientras fantaseaba conmigo.

—Eres un puto enfermo—, murmuré a mi reflejo. Quizás fuera el cabrón más enfermo, pero Maury le hacía algo a la parte lógica de mi cerebro. Eso era seguro. La anulaba por completo. Peligroso para un alfa perderse en otro felino de esa manera. Si Laura lo supiera, haría que me examinaran la cabeza. A ella no le asustaba mi alfa-dad como a todos los demás.

Laura Vo y Kobie Woodard me mantenían con los pies en la tierra. Eran los únicos en los que confiaba. Las manadas eran notoriamente difíciles de manejar a largo plazo. Los alfas podían volverse demasiado alfa o demasiado beta con el tiempo, y los miembros eran básicamente una manada de grandes felinos con enormes egos. Ahora que lo pienso, Maury era la primer cambiante que había conocido que no tenía el aire de superioridad que tanto nos caracterizaba.

Laura terminó de preparar su café. —¿Entonces?

Maury se encogió de hombros. —¿Por qué yo?

Era una pregunta válida, una para la que no estaba seguro de tener respuesta.

Laura tamborileó los dedos sobre el mostrador. —Deberías saber exactamente lo que estás

rechazando antes de purgar tu lado cambiante. Si te deshaces de ese hermoso leopardo que conocí, te vas a perder una vida larga y variada.

Sonreí. Laura respondió bastante bien, a pesar de habérselo inventado sobre la marcha.

Laura prosiguió. —Además, tienes que aprender a controlar tu lado cambiante y a utilizar tu dualidad en tu beneficio. ¿Cuánto tiempo llevas siendo cambiante?

—Dos años—, dijo Maury.

—Ya deberías haber desarrollado algunas habilidades más.

Maury no discutió.

Laura se apoyó en el mostrador. —¿Fue voluntario?

Maury se recogió el pelo detrás de la oreja y se atrapó el labio inferior entre los dientes. —No.

Laura se dio la vuelta y miró hacia donde sabía que estaba la cámara. Luego arqueó una ceja antes de volverse hacia Maury y asentir una vez.

Sabía lo que Laura estaba pensando. Maury probablemente estaba relacionada con nuestro otro misterio en curso. Con más razón Maury se tenía que quedar con nosotros. Apoyé la mano en el monitor y pasé la punta de los dedos por la cara de Maury. El fino material de mi camiseta le abrazaba los pechos, mostrando sus pezones. Sus otras ropas debían de haberse hecho jirones cuando cambió antes, y no me importara lo más mínimo.

Tenía que elegirme a mí o, al menos, al entrenamiento que le ofrecía.

Ella era... otra cosa. Algo que necesitaba de algún modo. La anhelaba, pero no era posible necesitar a alguien tanto, tan pronto. ¿Por qué estaba tan interesado en ella? Debería llamar al sheriff y llevarla yo mismo a la cárcel. Allanamiento de morada, intento de robo...

Maury bebió de su taza, pero no habló y Laura no la presionó más. En su lugar, Laura cogió una revista y la ojeó. Luego pasó a una revista de golf. Con todos los cumpleaños de la manada, recibía un montón de correo basura.

Maury se puso de pie y se acercó a la ventana. No pude ignorar la forma en que le quedaban los calzoncillos, más parecidos a una falda corta que a unos pantalones cortos. No ocultaban la curva de sus caderas ni la longitud de sus piernas. Me pregunté cómo sería agarrar sus caderas y envolver sus piernas alrededor de mí. Un latigazo de deseo me recorrió.

Cuando volví a mirar a Laura, había cogido un bolígrafo y había escrito "Dirá que sí" en una página de una de las revistas. Sonreí. Al menos Laura sabía que la estaba mirando. ¿Pero cómo sabía que Maury diría que sí? Tendría que preguntárselo más tarde.

Mi teléfono sonó y lo saqué del bolsillo trasero.

Kobie: Otro cambiante encontrado muerto. No sobrevivió al cambio.
Yo: ¿Dónde?

Kobie: En el pantano. Como todos los demás.

Yo: ¿Cuánto tiempo?

Kobie: A juzgar por su estado, quizá una semana. Es difícil de decir, no te puedo dar el tiempo exacto. Tengo que ir a comprobar otro posible, también.

Mierda. ¿Otro más? ¿Cuántos van esta semana? ¿Cinco? Cinco de los nuestros muertos. Un número sin precedentes que no sobrevivieron al cambio o fueron cambiados contra su voluntad.

Yo: Creo que tengo otro aquí. Contra su voluntad.
Kobie: ¿Oh?

Yo: Creo que pasó hace tiempo. ¿Cuánto tiempo llevamos encontrando cadáveres?

Kobie: Algo más de dos años.

Yo: Quizá fue una de las primeras en ser cambiada.

Kobie: ¿Por qué lo dices?

Yo: Ha estado buscando mi talismán. No me oyó cuando me acerqué y ni siquiera estaba intentando ser silencioso. Además, la escuché decir se transformó hace dos años.

Kobie: No me digas. ¿Tu talismán? Sabes lo que eso significa.

Yo: Probablemente

Kobie: OK

Finalmente, Maury se giró hacia Laura. —Entonces, ¿cómo empezamos, profe?

Una sonrisa me partió la cara. Iba a quedarse, al menos como invitada, y eso me daría tiempo para averiguar por qué me sentía tan atraído por ella o para ver adónde irían las cosas entre nosotros. Mientras tanto, Maury aprendería a utilizar mejor sus habilidades y tal vez no moriría pronto.

Mi teléfono volvió a sonar.

Laura: Eligió quedarse. ¿Algo que quieras decir? Ahora es el momento.

Yo: Voy para allá.

Laura: ¿Le aviso de que estás aquí?

Yo: No, sorprenderla ayudará a que acepte mis condiciones.

Laura: Lo que digas, jefe.

Estudié la pantalla. Era la forma que tenía Laura de decir que no estaba de acuerdo. No es que me importara. Laura no era la alfa y no había pasado años protegiendo a la manada.

Así que fijé mi vista en la gueparda de mi cocina y no pude evitar que la sonrisa se me dibujara en la cara.

capítulo ocho

MAURY

Laura levantó la vista de su teléfono, me miró y asintió una vez. —Ya viene.
—¿Quién?— Bajé la copa, bastante segura de saber a quién se refería. No quería volver a ver al alfa, pero supongo que tenía sentido que él tuviera que aprobar mi ingreso a la escuela o academia que Laura dirigía.

—Anthony. Él tiene que aprobar que te conviertas en un invitado de la manada.

—Pensé que me estaba uniendo a tu escuela. ¿Qué tiene que ver él? ¿Es tu esposo o... pareja... o algo así?

Dejó de limpiar el mostrador y frunció el ceño. —¿Por qué piensas...?— De repente, se echó a reír y se llevó la mano libre al pecho—. Oh, no, no estamos juntos. Sólo estoy en la jerarquía.

—¿Qué?

—La jerarquía de nuestra manada. No soy la mano derecha de Anthony, ese puesto lo ocupa Kobie, pero estoy arriba en la jerarquía, y lo conozco desde hace mucho tiempo. No dirijo una escuela. Sólo serías tú aprendiendo a ser la mejor cambiante que puedas ser. Serás como mi aprendiz.

—Oh—. Digerí la información—. ¿Qué son ellos?

—¿Ah?

—¿Qué clase de cambiantes son ellos?

Ella parpadeó. —Bueno, Anthony es una pantera negra. Kobie es un tigre blanco.

—¿Y tú qué eres?

—Un puma.

Miré sus ojos. —¿Tus ojos se quedan morados cuando cambias?

Se rio. —Creo que nunca me habían preguntado eso.

—Bueno, ¿lo hacen?

—Supongo que sí, pero tampoco lo he comprobado nunca.

Asentí con la cabeza. —¿Has dado clases antes?

—Claro.

—Entonces... ¿el tipo desnudo? ¿Él tiene que aprobarme?

—Bueno, él es el alfa, y es dueño de este edificio y del de al lado, así como de más en nuestro territorio.

Hice una mueca. —Creía que tú me habías invitado.

Se encogió de hombros.

—¿Dónde está?

Sus pasos reverberaron en el apartamento, probablemente porque estábamos dentro de un edificio histórico de Nuevo Puerto Orleans.

—Olvidalo—, dije. ¿Dónde demonios había estado metido? ¿Había estado aquí todo el tiempo? *Mierda*.

Cuando entró en la habitación, se detuvo en el umbral y el ambiente de la cocina cambió; una tormenta podría haber estado gestándose sobre el sofá del salón y no me habría sorprendido.

—Maury—, dijo.

Me volteeé para mirarlo, intentando comprender por qué había usado ese tono y por qué su tono me hacía sentir algo raro en el corazón. —Hola.

Anthony no añadió nada más, pero no pude evitar ver la profundidad de sus ojos. *Mierda*. Este tipo era más que eléctrico; era un rayo en una botella, y sabía que no era más que problemas. Por lo menos esta vez no estaba completamente desnudo. Menos mal.

Seguía sin hablar, así que yo tampoco abrí la boca. Me giré hacia Laura.

Debería haber salido corriendo en ese momento. Dios, necesitaba escapar de este lío. Mis ojos se abrieron de par en par y disimulé una sonrisa. El claxon de un coche resonó en la calle, filtrándose por la ventana aún abierta. Podía volver a intentar escaparme por la escalera de incendio. La ventana ya estaba abierta de par en par, así que sólo tenía que lanzarme por ella.

Pero Anthony me atraparía como lo había hecho antes, y quizá, solo quizás, quería aprender lo que Laura estuviese dispuesta a enseñarme. Nadie había intentado ayudarme antes, ni cuando era 100% humana. Y ella quería hacerlo.

Suspiré y maldije en voz baja.

Laura pasó la mirada de mí a él y de nuevo a mí, y frunció la boca. Preguntas bailaban en sus ojos. Pero no dijo nada.

Sentí un pinchazo en la nuca y supe que la mirada de Anthony estaba clavada en mí. Probablemente odiaba que estuviera usando su ropa, nada menos que sus calzoncillos, pero mantuve la mirada fija en Laura durante un rato.

Si por mi fuera, Anthony podía irse a la mierda.

Miré a un lado para estudiar el paisaje urbano, ahora oscuro. No podía verlo todo desde tres pisos de altura, pero estaba casi segura de que era la primera vez que veía un lado bonito de la ciudad. Me recordó a cuando veía estrellas en el pantano.

—Laura dice que quieres entrenarte —, dijo, su voz retumbó en la habitación y me estremecí.

Dejé que el silencio se prolongara. Finalmente, murmuré: —Acepté ser invitada durante un tiempo.

—¿Por voluntad propia?

Resoplé y giré hacia él. —Cárcel o entrenamiento. Esas eran mis opciones.

—Entrenamiento o marcharte—, replicó—. No llamaremos a la policía si quieres irte. ¿Quieres quedarte, Maury?— Hizo la pregunta en voz tan baja que tuve que esforzarme para oírlo.

—Sí, me quedaré—. No sé si era por estar en el apartamento más bonito en el que había estado nunca o por el delicioso café que me había preparado Laura, pero una gran parte de mí realmente quería quedarse.

—Tienes que prometer que te portarás bien—, dijo Anthony.

—Entendido.

—Y no puedes intentar robar nada más. La manada no lo tolerará y si la sigues cagando, no puedo hacerme responsable de lo que decidan hacerte.

—Está bien. Está bien—, dije—. Nada de robar. Siempre y cuando no me peguen ni me maten de hambre.

Laura soltó una risita.

Pero mi afirmación pareció sobresaltarlo. Quise sonreír. ¿De verdad creía que iba por ahí robando por otra razón que no fuera sobrevivir? Qué idiota tan privilegiado. Probablemente él nunca había tenido que hacer la mierda que yo había hecho.

—Vamos—dijo Laura—. Vamos a acomodarte.

—¿Acomodarme?— La miré con el ceño fruncido, repentinamente suspicaz—. ¿Acomodarme en *dónde*?

Laura me guiñó un ojo. —Bueno, siento decírtelo, hermana, pero no te vas a quedar aquí.

Hice una mueca y fulminé a Anthony con la mirada. —Gracias a Dios.

Sus ojos se abrieron de par en par y su boca se abrió, pero no salió ningún sonido.

Laura se rio. —Creo que vas a ser una gran compañera de piso—. Me hizo un gesto para que la siguiera y me condujo fuera del lujoso ático de Anthony.

Salimos de *Cool Cats* y nos dirigimos a través de un corredor hacia la pared exterior del edificio contiguo, donde se detuvo ante una gruesa puerta con un teclado numérico y un escáner al lado.

—Por ahora—, dijo—. Tendrás que ir acompañada a todas partes. Mantenemos un estricto control de seguridad en las residencias; eventualmente te programaremos en el sistema. Se te dará un código especial, solo para ti—. Marcó una secuencia de seis dígitos y colocó la palma de la mano sobre el escáner—. Así podrás entrar y salir cuando quieras.

El teclado emitió un doble pitido y una lucecita se puso verde. Cuando la cerradura hizo clic, Laura abrió la puerta y yo la seguí al interior. Nuestros pasos resonaron en el pasillo poco iluminado.

—¿Es una residencia?

Asintió y pasamos por delante de varias puertas. —La mayor parte de nuestra manada vive aquí. Tiene cinco pisos con cuatro, a veces seis, apartamentos en cada uno. Yo vivo en el cuarto piso, así que tú también.

—¿Vives con alguien más?— No me agradaba la idea de tener que conocer a un tercer desconocido con el que tuviera que llevarme bien.

Sus ojos se nublaron, pero su expresión se iluminó casi de inmediato. —Hubo un momento donde sí, pero ya no. No había espacio suficiente para los dos.

—Nunca había visto dos edificios conectados así—, comenté, tratando de llenar el silencio.

—Anthony es técnicamente dueño de los dos, y cada uno de los tres primeros pisos tiene un pasillo que conecta con su edificio. Nos facilita las cosas cuando tenemos que reunirnos con él o algo. Hay un jardín y una piscina en la parte superior de ambos edificios, y solemos celebrar una fiesta una vez al mes. A veces aquí, a veces allí. Tendrás acceso ilimitado a la piscina y al jardín de este edificio.

La única vez que estuve en una piscina fue cuando una de mis mejores madres de acogida decidió que necesitábamos clases de natación, porque no quería que nos ahogáramos en el pantano. Así que nos arrastró a la piscina tres veces a la semana durante un mes. Eso fue lo máximo que había estado en una piscina.

Subimos las escaleras hasta el cuarto piso y nos detuvimos en el apartamento 4C. Marcó un número en el teclado y abrió la puerta.

La seguí, sintiéndome de repente fuera de lugar y abrumada, así que me detuve antes de poner un pie en su apartamento. No había bichos en las paredes y todo estaba y olía a limpio. Solo con eso ya era mejor que la mitad de las casas de acogida en las que había vivido. No sabía por qué siempre me tocaban casas de acogida de mierda, pero supuse que mi trabajadora social lo tenía claro. También era probable que por eso nadie me buscó cuando me escapé dejando solo

una nota atrás a los diecisiete años.

Se dio la vuelta y se puso las manos en las caderas. —¿Qué pasa?

—Llevo dos años en el pantano, viviendo en cabañas. Es... —Busqué una palabra que no la ofendiera. Finalmente, me encogí de hombros—. Es diferente.

—¿Diferente cómo?

—Aquí no hay bichos, agujeros en las paredes, serpientes y tiene puertas.

—Oh—. Parpadeó—. ¿Así es como vivías en el pantano?

Me encogí de hombros. —No quiero ahondar en el tema.

—Está bien—. Me hizo un gesto—. Deja que te enseñe tu habitación.

Avanzamos por el pasillo y abrió la última puerta a la derecha. —Esta será tu habitación. No es enorme ni nada—. Sonrió—. No como la de Anthony.

Recorrí el espacio. Una cama grande con un edredón azul oscuro ocupaba la mayor parte de la habitación. Del techo colgaban pequeñas luces y las sábanas parecían de color verde azulado. En una esquina había una silla y un escritorio, mientras que un gran cuadro de un pavo real y un león ocupaba la pared. —¿Compartiremos cama?

Se sobresaltó como si la hubiera golpeado. —Eh, no.

—¿Entonces dormiré en el suelo? —Pateé la alfombra con la punta del pie, contenta de que fuese acolchada. Con eso me bastaba.

—No, tampoco—, dijo, cruzándose de brazos y mirándome como si estuviera tratando de descifrar un enigma o algo así—. Esta es *tu* habitación. Yo tengo la mía.

—¿*Mi* habitación? ¿No la compartiremos?

—No.

Abrí la boca, pero no sabía qué decir. ¿Mi propia habitación? No había tenido mi propia habitación en... nunca. Incluso en el pantano, mis compañeros de habitación eran serpientes, bichos y cualquier animal peludo. Un torrente de lágrimas me nubló la vista; no sabía cómo reaccionar. Honestamente, solo quería saltar como una niña sobre la esponjosidad de la cama, pero no quería molestar a Laura.

—¿Qué pasa?

—Nunca había tenido mi propia habitación.

Laura no contestó.

—Siempre he tenido que compartir. En todas las casas de acogida en las que estuve—. El tipo de riqueza que permitía poseer dos edificios y un apartamento de más de una habitación... Bueno, yo nunca la había tenido, y nunca había dedicado tiempo a pensar cómo conseguirla. Lo único que me importaba era dejar de ser una cambiante.

Se quedó callada durante varios segundos. —Bueno, es diferente aquí. Aquí, tienes tu propia habitación, y si ves un bicho o una serpiente, me dices para llamar a alguien que fumigue.

—Entendido—, dije, todavía asimilando la opulencia de tener mi propia habitación. No era algo a lo que hubiera aspirado nunca. Conocer a Anthony y Laura ya había cambiado mi vida.

—¿Necesitas algo más?—, preguntó.

—No, creo que no.

Cruzó la habitación. —Tienes tu propio armario—. Señaló una puerta con un espejo de cuerpo entero y abrió la siguiente—. También tienes tu propio baño.

—Genial. —¿Las maravillas no cesarían nunca? ¿Mi propio dormitorio y baño? —¿Tú también tienes el tuyo?

Ella asintió. —Fuera de mi dormitorio. También tenemos un baño pequeño cerca de la cocina. Supongo que dos baños y medio es mucho para un apartamento de dos dormitorios, pero

no todos tienen tantos. En los apartamentos con dos o más baños suelen vivir varios.

Me asaltó un pensamiento. —Entonces... ¿Cuánto tengo que pagar por todo esto?

—No te preocupes por eso—, dijo ella—. Eres un invitado. Por ahora, preocúpate de aprender todo lo que puedas sobre ser cambiante. Esos son detalles que podemos resolver más tarde. Yo gano lo suficiente como para pagar la renta, y estoy segura de que con el tiempo descubriremos en qué eres buena y te conseguiremos un trabajo. La manada tiene suficientes contactos y nuestra gente intenta contratar dentro la manada antes de buscar en otro lado.

—Suená bien—. Se me relajaron los hombros; esperaba que no se diera cuenta. Supongo que había estado estresada por el dinero. En mi mundo, todo costaba algo y nada era gratis, y aún no estaba preparada para creer que una habitación y un baño fueran gratis.

—Sí, ¿alguna otra pregunta?

Negué con la cabeza.

—Entonces te dejo—, dijo Laura, saliendo de mi habitación y entrecerrando la puerta tras de sí.

Me quedé mirando la cama un rato, no queriendo deshacerla, pero sí deseando acurrucarme en la que sería mi primera cama en un año. Finalmente, arrancando la curita, eché el edredón hacia atrás y salté. Me hundí unos centímetros en el colchón y otros dos en las almohadas. Las suaves sábanas me envolvieron y respiré hondo. Se me escapó un largo suspiro.

Dios, estaba ronroneando.

La idea me hizo sonreír, pero no pude evitar que unos brillantes ojos ámbar bailaran en mis pensamientos. Y me pregunté qué clase de animal era Anthony.

Y lo que era más importante, ¿se llevaría bien su animal con mi leopardo gruñón?

capítulo nueve

ANTHONY

Al día siguiente

El suelo crujió mientras me paseaba por mi oficina por lo que debía de ser la décima vez. Tiré el celular sobre la mesa. Kobie había encontrado más cadáveres en el pantano. Los habían mordido, no habían cambiado y habían muerto. Si había tres muertos más, ¿cuántos se habían convertido?

Cuando sonó el teléfono de mi oficina, fruncí el ceño y dejé de pasearme. Cuando sonaba, generalmente era algún extraño o algo relacionado con negocios, pero con los cadáveres en el pantano, estaba esperando una llamada de las autoridades locales.

La nuestra era la manada más grande de Luisiana, por lo que los cadáveres eran un problema tan nuestro como del Estado.

Al tercer timbrado, cogí el auricular y me acerqué el altavoz a la oreja. —Anthony Holder.

—Señor Holder, soy la detective Dawn Miller. Tengo algunas preguntas sobre una reciente cadena de muertes víctimas de ataques felinos—, dijo una mujer.

—Y naturalmente, lo primero que piensan es en nosotros—. Tomé asiento en la esquina de mi escritorio.

—Se puede entender cómo llegamos a esa conclusión.

—Tal vez.

—Lo mínimo que puedo hacer es llamar al alfa de la manada—, añadió—. En los últimos noventa días, hemos encontrado más de una docena de cadáveres, claramente post-mordedura.

—Estamos al tanto y estamos chequeando con nuestros miembros.

—El fiscal está preocupado por las mordeduras no consentidas.

—¿Tiene pruebas de que las mordeduras no son consentidas?— Obvio sabía que no eran consentidas, pero aún no estaba listo para admitirle eso a la policía. No cuando todavía estábamos tratando de cazar al perpetrador.

Al principio no contestó. —No, sólo tenemos cuerpos con mordeduras.

—Eso no es mucha evidencia—, dije.

—Por eso mismo comprenderá que nos interesa cualquier ayuda que pueda prestarnos.

—Si sé de algo que crea que pueda ayudarles, detective Miller, les llamaré.

—Gracias, Sr. Holder. Agradeceríamos cualquier ayuda —. No suspiró ni gruñó ni nada, pero su tono dejó claro que no le había gustado mi respuesta.

Entonces se cortó la comunicación, dejé caer el auricular en la base del teléfono con un largo suspiro y volví a pasearme.

Me pasé una mano por el pelo y gruñí a la habitación vacía. La detective Miller parecía

pensar que yo sabía o había oído algo sobre quienquiera que estaba por ahí mordiendo sin consentimiento, después de todo yo era el alfa de la manada más grande de Nueva Orleans Puerto y la parroquia circundante.

La cosa era que no tenía ni idea de quién era. Como un mordisco podía ser mortal para aquellos que no tuvieran sangre cambiante en las venas, los mordiscos no consentidos estaban penados por la ley de la manada. La mayoría de los que accedían a recibir el mordisco eran mayores de edad, y por lo general sabían que tenían genética cambiante en ellos, pero muchos descendientes de cambiantes decidían no recibir el mordisco. Era una decisión increíblemente personal, y nosotros apoyábamos y alentábamos cualquier elección.

Quizá por eso tener a Maury aquí me importaba tanto. No tenía ni idea de lo que era ni de lo que era capaz de hacer porque quien la había mordido no le había pedido permiso.

Era mi deber conseguir al culpable y llevarlo ante la justicia.

Con cada nuevo cadáver, las autoridades sospecharían cada vez más de nosotros, y aunque la detective Miller no lo había mencionado, probablemente pronto querrían comenzar a interrogar a todos los miembros de la manada. A la detective Miller no le había gustado mi respuesta, pero no había presionado. Sin embargo, no sabía cuánto tiempo iba a durar eso. Aunque dudaba que llegaran tan lejos, ya que la opinión pública solía estar a nuestro favor.

Me acaricié la barbilla. Con los cadáveres amontonándose en el pantano, tal vez Maury supiera algo sobre quien la había mordido. Tal vez incluso sabía algo que ella no sabía que sabía. Interrogarla se estaba convirtiendo rápidamente en una prioridad y no creía que su condición de invitada fuera suficiente para mantenerla a salvo.

La única manera en que podría protegerla a largo plazo, era si se convertía en un miembro oficial de nuestra manada. Si necesitaba representación legal, yo no podía proporcionársela a menos que fuera parte de nosotros. Los invitados no tenían los mismos privilegios, así que tenía que convertirse en miembro. Así de fácil. Tenía que interrogarla y conseguir que se nos uniera.

Volví a mi escritorio, me senté en la silla y pulsé un botón de mi teléfono de escritorio. Sonó un momento después.

—¿Dígame, señor?—, contestó mi ayudante por el altavoz. Ella estaba en la recepción de la *Galería de Arte Cool Cats*. Además de ayudarme, sabía todo sobre los objetos a la venta en las dos plantas inferiores y se llevaba una buena comisión por cada pieza vendida.

—Shelly, ¿puedes traer aperitivos y bebidas?

—Sí, señor. ¿Algo en particular?

—No, sólo algo sabroso.

—Entendido, señor. Enseguida subo.

Solté el botón, y luego cogí mi celular del escritorio y escribí un mensaje.

Yo: Trae a Maury a mi despacho.

Laura: ¿Ahora?

Yo: No puedo esperar. Tengo que hacerle unas preguntas.

Laura: ¿Crees que está preparada para ser interrogada?

Yo: No tiene elección. Ha tenido veinticuatro horas.

Laura: OK

No tenía elección. No porque me interesara volver a verla lo antes posible o porque no pudiera quitarme la sensación de que ella y yo estábamos conectadas de algún modo. No, era porque tenía que proteger a mi manada, y Maury podría ayudarme a hacerlo.

Mi ayudante apareció con una gran bandeja cargada de frutas y un surtido de embutidos, quesos y galletas. Se las había arreglado para montar una tabla de embutidos en poco tiempo.

—¿Tienes todo eso a la mano?

Se rio. —No tienes ni idea de cuántas comisiones me he ganado alimentando a los compradores. Es una táctica certificada. Además, cuando la gente come rico, está contenta. Cuando están contentos, no suelen pensar tanto en el dinero—. Puso la bandeja sobre mi mesa—. ¿Quiere que suba un poco de vino?

Fruncí el ceño, intentando recordar cuántos años tenía Maury. ¿Siquiera lo sabía? —No—, dije, sin estar seguro del todo—. Agua y té y algo dulce.

Ella asintió y se alejó con pasos apresurados.

Cogí una fresa de la bandeja, pulsé otro botón de mi escritorio y se abrieron las persianas que cubrían toda la pared de cristal, dejando al descubierto mi piscina y el jardín de la azotea. Rosas, naranjas y rojos brillantes dibujaban el cielo del atardecer.

La única salida a la azotea era a través de mi oficina. Si era sincero, más de una vez en los largos días de trabajo, me transformaba en pantera y chapoteaba en la piscina. No todos los felinos odiaban el agua. A algunos nos gustaba más que a otros, pero un chapuzón solía bastar para ponerme de buen humor antes de irme a la cama.

Shelly volvió con una bandeja y tres jarras. Una contenía té, otra agua y otra...

—¿Qué es eso?

Se encogió de hombros. —Jugo de uva. Es lo que teníamos.

—Gracias, Shelly.

Asintió con la cabeza y se fue sin decir nada más.

Cuando sonó el timbre de la puerta principal de mi apartamento, la abrí pulsando otro botón de mi escritorio.

—Hola—, llamó Laura—. Ya llegamos.

—En la oficina—, respondí. Aparecieron unos instantes después, Laura a la cabeza y Maury casi encogida detrás de ella.

Se me curvó el labio superior. ¿Dónde estaba la Maury valiente y mordaz? Necesitaba su versión luchadora. Esta Maury podría no sobrevivir al interrogatorio que tenía en mente.

Hice un gesto hacia las sillas frente al escritorio. —Siéntense.

Laura tomó la de la derecha y Maury la de la izquierda.

—Bonita piscina—, dijo Maury.

Laura se giró hacia ella. —Probablemente no te diste cuenta antes, pero su casa ocupa casi dos tercios de este piso. La piscina y el jardín ocupan el otro tercio. Este edificio solía ser un hotel y el último piso era el ático. Varias estrellas de cine se alojaron aquí cuando el cine mudo estaba de moda. Antes de construir una residencia, al lado había un antiguo cine. Cuando se quemó, un inversor lo compró después de la Segunda Guerra Mundial y lo convirtió en apartamentos.

Maury parpadeó, sin saber cómo responder.

Sin embargo, yo sabía lo que Laura estaba tratando de hacer, ya que yo había utilizado la táctica antes. Estaba tratando de que Maury se sintiera más cómoda distrayéndola con información no relacionada. Una especie de versión del poli bueno y el poli malo.

Empujé la bandeja de comida hacia Maury. —¿Tienes hambre?

Se encogió de hombros. —La verdad es que no.

—¿Sed?

Sacudió la cabeza.

—Tenía un par de preguntas para ti, Maury.

—Así me dijo Laura. ¿Qué quieres saber?

—Quisiera saber de dónde vienes y cómo te convertiste en cambiante.

Miró a Laura y luego a mí. —¿Por qué?

—Es importante que sepamos quién ingresa en nuestra manada.

—De acuerdo—, dijo, aunque estaba claro que no estaba tan de acuerdo.

—Empecemos con algo fácil. ¿Cómo te convertiste en cambiante?

Palideció, pero la determinación brilló en sus ojos. —No estoy segura. Fue después de escaparme de mi casa de acogida y pasar un par de semanas en el pantano.

—¿Casa de acogida? ¿Por qué estabas en una casa de acogida?

Tomó aire. —No estoy segura. Siempre viví en casas de acogida. Lo que me decían era que mi madre murió al dar a luz y que mi padre no me quería. Nada más—. No añadió más y se quedó mirando su regazo.

—De vuelta a tu tiempo en el pantano—, dije, mi voz alta en el creciente silencio.

—Como te decía, un día me desperté en una choza, junto a un cuerpo ensangrentado y un caimán entrando al agua. No sé quién era el cambiante que estaba allí, pero me había destrozado el brazo y el caimán lo había destrozado a él—. Frunció las cejas

Laura torció la boca. No le estaba gustando que hiciera que Maury reviviera su experiencia.

Maury se aclaró la garganta. —Desperté como un leopardo y quizá eso fue lo que espantó al caimán, realmente no lo sé. Había sangre por todas partes yapestaba a mierda de caimán y a sangre—. Se estremeció—. Me entró el pánico. Me levanté y comencé a correr. Fue entonces cuando el tipo inconsciente murmuró algo sobre un talismán y su magia, pero todos los recuerdos están borrosos porque estaba en forma de felino en ese momento. Tardé dos años en recordar lo que dijo y dónde estaba el talismán.

—¿No quieres ser una cambiante?

—Eso ya lo sabes.

—¿El hombre que te convirtió te preguntó si querías ser cambiante?

Se burló. —No, lo más que recuerdo es que estaba en la cabaña y un felino me atacó. Después me desmayé y lo siguiente que supe fue lo que te acabo de contar.

Fruncí el ceño. Los caimanes no solían renunciar a su presa sin luchar, y no creía que un cambiante recién convertido y sin entrenamiento fuera capaz de asustarlos. Quizá el cambiante inconsciente que estaba a su lado tuviera algo que ver.

En cualquier caso, creía que Maury ocultaba algo.

No sabía qué, pero no iba a dejarlo pasar.

capitulo diez

MAURY

Anthony no se creía que no supiera nada del mordedor del pantano. La arruga de su boca y el entrecerrar de sus ojos me dejaban saber lo que estaba pensando. Guapo o no, en aquel momento le desprecié.

Me miró fijamente y los músculos de sus mejillas se tensaron.

Quería encogerme en el suelo y desaparecer. ¿Qué más podía decir para convencerlo? No tenía ni idea de lo que quería de mí. Ya me habían invitado a quedarme como invitada y a participar en el entrenamiento. Pero si actuaba como si de repente no confiaba en mí, ¿por qué me dejaría quedarme?

Laura apretó los labios y se cruzó de brazos.

—¿Por qué parece que no me crees?— susurré.

—Porque no te creo.

—Bueno, al menos sé leerte—, murmuré. Me temblaron las rodillas. No debería haberme importado lo que pensara, pero por alguna razón desconocida para mí, lo hacía.

—Cuéntame cómo te convertiste en cambiante.

—Ya te lo conté.

—Cuéntamelo otra vez.

Laura suspiró y me dio unas palmaditas en el brazo. —Te prometo que él tiene una razón para hacer lo que hace.

—Huí al pantano porque, según ella, era demasiado ruidosa, demasiado atrevida, demasiado, demasiado. Para mi madre adoptiva yo sólo era una forma de poder pagar las facturas —. ¿Por qué me temblaba la voz y por qué estaba respondiendo a sus preguntas? No tenía por qué hacerlo. Me mordí el labio inferior para que no se me escapara una mueca. No, no tenía que responderle, pero había dormido toda la noche en una cama de verdad por primera vez en años, en un dormitorio que no había compartido con un chico que me odiaba tanto como yo a él.

Me había sentido segura toda la noche. Era a la vez la peor y la mejor opción.

¿Qué estaba dispuesta a sacrificar por tener seguridad?

Los ojos de Anthony se oscurecieron, cogió un bolígrafo de su escritorio y le dio vueltas entre las manos. —¿Huiste de dónde?

—De un hogar de acogida.

—¿Hogar de acogida? ¿Dónde estaban tus padres biológicos?

—Como dije antes, mi madre murió al dar a luz.

—¿Y tu padre?

—Ya te dije.

—Entonces, dímelo otra vez.

—¿Murió, huyó? ¿Cómo coño voy a saber de la vida de ese idiota?—. Se me secó la boca y tragué saliva varias veces para pasar el nudo en la garganta. El estómago se me revolvió y quise vomitar.

Laura se recogió el pelo detrás de la oreja y se inclinó hacia mí. —¿Sabes cómo los cambiantes se convierten en cambiantes?

Negué con la cabeza, sin saber por qué importaba. —No sé nada de nada. Eso debería ser obvio.

Laura se levantó de un salto y se acercó a la bandeja de bebidas. Sirvió agua en uno de los vasos y me lo dio.

Tomé un sorbo y mantuve la mirada fija en la suya. —¿Él siempre es así?

—Más a menudo de lo que debería.

Quería chocar los cinco con ella. La indirecta me hizo sentir un poco menos asustada y el agua frenó el impulso de decorar el escritorio de Anthony con mi última comida.

Volvió a sentarse a mi lado. —Unas cuantas veces al año, tenemos una jornada abierta en la que los adolescentes pueden venir a ver nuestra manada.

Fruncí el ceño. —¿Como las jornadas de empleo en las universidades?

Sonrió. —Exactamente así. Normalmente, los adolescentes con genética de cambiantes vienen a vernos. Cuando se determina que una persona con genética de cambiante es mayor de edad...

—¿Mayor de edad? ¿Por qué?

—La mayoría de las veces, imponemos un requisito mínimo de dieciocho años, pero hemos aceptado miembros de hasta dieciséis. Aunque, esos nuevos miembros suelen proceder de situaciones familiares únicas... —Hizo una pausa—. Como la tuya.

Reflexioné sobre sus palabras, pensando en mi adolescencia. Hasta que me escapé y acabé en el pantano, no sabía que tenía sangre de cambiante. Como mi madre murió al dar a luz y no tenía ni idea de quién era mi padre, no sabía mi historial médico familiar. Qué desperdicio de años.

Aparté el torrente de arrepentimiento. Pero nada de lo que había pasado antes importaba. —¿Entonces...?

—Después de pasar por las clases de orientación y ser evaluados, los que quieren unirse aceptan ser mordidos. Entonces se les induce en la manada y se les asigna un mentor.

—Así no pasó conmigo. Para nada. Un día estaba hurgando en el pantano, me atacaron, desperté en la cabaña con un cambiante desmayado y un caimán.

Anthony se aclaró la garganta. —No, y es lamentable. No es así como normalmente se convierten los cambiantes.

—¿Eso significa que Laura es mi mentora?

Anthony respiró hondo y apretó los dedos, claramente no del todo contento con la dirección que estaba tomando su interrogatorio. —Por la naturaleza de cómo nos conocimos...— Me miró.

Quise encogerme en mi asiento, así que levanté la barbilla.

—Te refieres a cuando se escapó a tus guardias e irrumpió en tu edificio— intervino Laura.

Él la miró. —Debido a eso, hemos tenido que hacer cosas fuera del orden normal.

—Quizá deberíamos corregir eso—, dijo Laura—. ¿Tienes una carpeta ahí? Aunque sea una invitada, debería tener las mismas oportunidades que los demás.

Anthony asintió una vez. Luego abrió un cajón de su escritorio. Sacó una carpeta morada y me la entregó.

La miré un momento antes de cogerla y metérmela bajo el muslo. —¿Qué es?

—Es el paquete de bienvenida que normalmente entregamos durante nuestras jornadas

abiertas—. Señaló a Laura—. Ella es tu mentora y te enseñará a ser una cambiante. Al principio, te pedimos que te quedaras como invitada. Ahora me gustaría que te unieras oficialmente a la manada y te entrenaras.

—¿Por qué?

—Por protección. No tenemos claro tu linaje o quién te atacó en el pantano. Si realmente te unes a nuestra manada, entonces los otros miembros también cuidarán de ti y te protegerán.

—De acuerdo—. Esboqué la palabra, con la mente agitada.

—Como ya eres cambiante, quizá te gustaría unirte—, añadió Laura—. Al menos hasta que decidas si quieres seguir siendo cambiante o no.

—Entonces, si me uno, ¿me dejarás usar la piedra jaguar si quiero?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él—. Algo que no pude definir brilló en sus ojos, casi como ira, mezclada con arrepentimiento.

¿Y si estábamos en ese puente ahora? No me gustó su expresión, pero no quería buscar más pelea con Anthony. Quizás pensaba que al unirme a la manada le contaría todo o se me refrescaría la memoria y me acordaría de algún detalle. Pelear con él a cada rato era agotador, pero no estaba segura de querer renunciar a mi cama o a una fuente estable de comida. Quizá unirme a la manada solucionaría ambas cosas.

Ya me habían invitado a quedarme como invitado y ahora volvían a pedirme que me quedara, que fuera parte de ellos. Era lo mismo...

Pero diferente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué estás pensando?— preguntó Laura.

—Si me quedo, ¿el resto de la manada me tratará como a una criminal?—. La respuesta importaba más de lo que yo quería.

Laura me puso la mano en el antebrazo. —No. Te aceptarán y te protegerán como a un miembro más. Por eso es preferible a ser un invitado.

Anthony se inclinó hacia delante y la silla de su escritorio crujió. —Se esperará que entres con Laura y con la manada, así como que acates nuestras normas y te conviertas en un miembro productivo.

Fruncí el ceño. —¿Y si me niego?

—Todos los cambiantes felinos de Luisiana pertenecen a nuestra manada—, comentó Laura.

—¿Todos?

—Los que no se les conoce como Solitarios.

—¿Por qué no me dijeron todo esto ayer?

—No queríamos abrumarte— murmuró Laura—. Bueno, no queríamos abrumarte más de lo que ya estabas.

—¿Más abrumada que estar atrapada en la sala de enigmas en contra de mi voluntad?

Anthony al menos pareció contrariado.

—¿Qué pasa si me niego?— le pregunté.

Anthony se aclaró la garganta. —Entonces se te pedirá que abandones Luisiana.

Miré con el ceño fruncido al grandulón del otro lado del escritorio. —¿Abandonar Luisiana? —Negué con la cabeza—. Sí, gracias por dejarme descansar antes de soltarme esa tonelada de mierda en la cabeza— Torcí la boca—. Tengo que pensármelo. ¿Te parece bien si voy a dar un paseo?

Anthony y Laura intercambiaron una mirada.

Me puse de pie. —Volveré más tarde.

—Claro— dijo Laura—. ¿Conoces la salida?

—Usaré la puerta principal esta vez—. Entonces salí de la oficina de Anthony sin decir otra palabra. Escuché a Laura comenzar a susurrar furiosamente, pero no me paré a escuchar.

La recepcionista me sonrió cuando salí. Dos hombres en trajes me abrieron la puerta al salir y saludaron a la recepcionista, quien les pidió que la siguieran escaleras arriba.

Seguramente eran clientes ricos buscando comprar algún tipo de arte de lujo. Cuando salí a la acera, me detuve a respirar. Nueva Orleans olía igual, pero muchas cosas habían cambiado durante las últimas veinticuatro horas. Traté de asimilarlo todo.

En la siguiente esquina, vi a las dos mujeres que me habían perseguido la noche anterior. Michelle me saludó con la mano como diciendo "sin rencores".

¿Cómo se tomarían que me uniera a la manada? ¿Harían caso a Anthony o a Laura? ¿Y el resto de la manada? No estaba segura de cómo funcionaba la jerarquía de una manada.

Mis pasos se comieron las cuerdas, convirtiendo mi paseo en kilómetros de pensamiento. Estrellas manchaban el cielo, y sólo las más brillantes eran visibles desde dentro de los límites de la ciudad. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que salí de casa de Anthony?

Miré los edificios y fruncí el ceño. Llevaba tiempo merodeando por la ciudad. No estaba segura, pero no reconocía la parte en la que me encontraba. Un estruendo sonó detrás de mí y un gato aulló a otro gato.

Una mujer demacrada cerró una puerta y tres hombres gritaron improperios sólo porque sí. ¿Cómo llegué a una zona tan peligrosa de la ciudad?

El sonido de un quejido me hizo aguzar el oído, me detuve en el siguiente callejón y me acerqué a un contenedor. Parecía un niño pequeño, quizá herido.

—¿Estás bien?— pregunté, tratando de mantener la voz baja—. ¿Necesitas ayuda?

Otro gemido me acercó más hacia el callejón y el gran contenedor verde pino, pero no había nadie al otro lado. Sólo una caja vacía y un fajo de plástico de embalar ocupaban el espacio junto al gran contenedor de basura.

—¿Adónde te fuiste?

Volví a escuchar el sonido y aparté el cartón y el plástico. Lo único que había debajo era un casete; el sonido salía por el pequeño altavoz.

Mierda. El señuelo había funcionado. Retrocedí rápidamente y giré la cabeza de un lado a otro. Algo—*alguien*— estaba ahí fuera, cazándome.

Un momento después, una sombra salió de la oscuridad y un gran peso me golpeó la espalda y me hizo retroceder dando tumbos. Me estrellé contra la pared y me golpeé la mejilla contra los bordes afilados del ladrillo.

—No te muevas, zorra— me gruñó una voz grave cerca del oído, sujetándome—. Esto es lo que te pasa por intentar ayudar a alguien en esta parte de la ciudad— Aulló hacia el cielo y su risita siniestra me heló los huesos.

Unas manos ásperas me tocaron los pechos y entre las piernas. Si me transformaba, me dejaría en paz. No quería cogerse a un felino, ¿verdad? Apreté los dientes. ¿Qué quería de mí?

—No tengo nada.

—Mentirosa— espetó—. Mírate la ropa.

¿Mi ropa? Es solo una sudadera de mierda del armario de Laura. ¿Era demasiado bonita? Traté de arañarle la cara sin poder verlo. Las farolas brillaban detrás de su cabeza, oscureciendo su rostro y cegándome. Mi atacante me mordió el cuello, gruñendo, ronroneando y susurrando cosas enfermizas.

—¿Qué tienes, gatita, gatita...— insistió, revisando todos mis bolsillos. Me recorrió con los

dedos—. ¿...escondido en tus bolsillos?

Mierda. ¿Sabía que yo era un felino? ¿O llamaba a todo el mundo gatita, gatita? ¿Qué estaba buscando? Me invadió la furia.

Mis labios se despegaron de mi boca y le siseé mientras él seguía intentando encontrar algo para robar. La leoparda que llevaba dentro quería salir y, por primera vez, quise dejarla salir. Se me agitó el pecho. Quería ver a este hijo de puta hecho pedazos a mis pies.

El pánico subió por mi pecho y apretó mi corazón. Revolviendo mi cerebro, intenté averiguar cómo liberar al leopardo del lugar en el que estaba atrapada.

Pero no sabía cómo.

capitulo once

ANTHONY

Agachando la cabeza, me apresuré a cruzar la cuadra, escuchando los pasos de Maury. Un hombre dio un paso al frente e inmediatamente retrocedió, probablemente como resultado de la mirada de muerte que le lancé.

Uf.

Un sonido ligeramente femenino salió del siguiente callejón y el dolor que contenía me aterrorizó. ¿Qué le había pasado a Maury? Di la vuelta a la siguiente esquina, gruñendo, y la vi apoyada contra la pared del edificio de la derecha, arañando la cara de su atacante. Su boca se abrió y se retorció como si tratara de convertirse, y soltó un grito animal.

Las manos del tipo recorrieron su cuerpo. Una oleada de furia me recorrió por dentro. En tres pasos estaba a su lado, rugiendo en su oído.

Se quedó inmóvil. Maury se escapó de sus manos y se desplomó en el suelo.

Al olerlo supe que no era un cambiante de ningún tipo. No tenía ningún olor felino en él. Era un humano y sólo un humano, drogado con algo, probablemente buscando drogas o dinero para drogarse. Así que sólo transformé mi mano y le mostré mi pata con mis garras extendidas.

—Vas a esperar aquí a que llegue la policía. Si intentas huir, te cazaré y te arrancaré miembro por miembro. ¿Entendido?

Asintió, se retorció y se limpió la nariz. —E-e-entendido.

Me agaché y me acerqué a ella. —¿Maury?

Ella saltó del suelo y se lanzó sobre mí en cuanto me puse en pie. —Anthony— gimoteó, apretándose contra mí—. Acataré tus reglas, Anthony. Lo que quieras, sólo quiero volver a sentirme segura, como me siento ahora.

La rodeé con los brazos y miré al drogadicto, quien se mecía de un lado a otro, murmurando incoherencias. Probablemente seguía demasiado asustado para moverse, así que lo senté en el suelo y recosté contra la pared.

Me saqué el celular del bolsillo trasero y pulsé el nueve en la pantalla táctil.

—9-1-1. ¿Cuál es su emergencia?

Después de dar la ubicación y la información, colgué.

—Cumpliré tus normas—, repitió Maury.

—Esperemos primero a que te calmes. No puedes tomar una decisión en este estado—, murmuré.

—Intenté cambiar y no pude. La primera vez que realmente quiero hacerlo y no pude. No quiero que vuelva a ocurrir—. Me acarició el pecho como si fuera yo quien necesitara consuelo.

La miré fijamente, acunándola entre mis brazos, completamente derretido por ella, sin saber qué quería de ella. Pero pasara lo que pasara entre nosotros, necesitaba a Maury en mi manada.

Laura llegó un momento después. Me miró con el ceño fruncido, como si todo esto fuera culpa mía y pasó a ocuparse de Maury.

Sujeté al agresor mientras un coche de policía se detenía al final del callejón. Lo acompañé y presté declaración. Los policías se dirigieron a Maury, tomaron su declaración y luego se lo llevaron. Todo el tiempo, Laura permaneció al lado de Maury, frotándole la parte superior de los brazos como para mantenerla caliente.

Maury tenía que unirse a nuestra manada. *Necesitaba* que se uniera a la manada. Pero tenía que ser voluntario. Por lo tanto, no sería yo quien la presionara ahora. Eso dependería de Laura.

Tan pronto como dijera que sí, haría el anuncio a nuestra manada, y todos ayudarían a mantenerla a salvo. Maury necesitaba aprender a controlar su lado cambiante y, como Laura decía a menudo, aprender a usar su dualidad para su beneficio. Tenía que ver los beneficios de elegirme a mí o, al menos, al entrenamiento que yo le ofrecía.

Maury era... algo más. Algo que necesitaba. Mi interior la ansiaba como una droga. ¿Por qué? ¿Por qué estaba tan interesado en ella? Debería llamar yo mismo al sheriff y arrastrarla a la cárcel. Allanamiento de morada, intento de robo y mil otros problemas más que no lo valían... sin embargo...

Cuando los policías se fueron, Laura se apartó el pelo de la cara y murmuró algo que no oí, pero Maury asintió y se limpió la barbilla. Las lágrimas brillaron en sus mejillas y quise limpiárselas.

—¿Lista para ir a casa?— preguntó Laura.

—Sí—, dijo Maury.

Laura se volteó hacia mí. —Es tu turno.

—¿Mi turno?

Alzó la barbilla y endureció la mirada. —¿Crees que voy a dejar que vuelva a casa caminando?

—¿Quieres que...?

—Cargala, Anthony.

Los ojos de Maury se abrieron de par en par y empezó a sacudir la cabeza. —No, no, no importa. He pasado por cosas peores. No es necesario...

Pero la cogí en brazos, cortando sus réplicas. —No discutas con el alfa.

Adoptó una expresión estoica, casi dolorida. Se veía como si quisiera estar en cualquier sitio menos en mis brazos. No emitió ningún sonido. Cuando llegamos a la residencia, Laura abrió la puerta principal.

Fred, el portero nocturno, rodeó su escritorio y se acercó a nosotros. —Oh, no, ¿qué le pasó? ¿En qué puedo ayudar?

—Estoy bien —siseó Maury—. No hagas un escándalo, Fred.

Fred me miró, me encogí de hombros y continué por el vestíbulo.

—¿Necesitan ayuda en algo?— preguntó Fred.

Laura pulsó el botón de subida del ascensor.

—No, está bien— Mirando a Maury, negué con la cabeza—. ¿Segura que no quieres que llamemos a un médico para que te examine? Tenemos un médico en la manada. Es bastante agradable y tiene una asistente si prefieres ver a una mujer.

—No, estoy bien. Le estás dando demasiada importancia.

Laura golpeó suavemente el codo de Maury. —No, le estamos dando la importancia adecuada a que nuestra invitada haya sido atacada por alguien en un callejón oscuro.

—Pero no me hizo daño.

—Tal vez no físicamente, pero te atacó.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Salimos y Fred intentó seguirnos.

—Estaremos bien, Fred. Puedes volver a tu escritorio—, le ordené, sin usar del todo la compulsión alfa; no era necesario con Fred. Sólo funcionaba con la gente de mi manada... y con Maury. Hasta cierto punto.

Asintió dos veces y se escabulló de vuelta a su lugar. El trayecto hasta el apartamento de Laura transcurrió en silencio. Cuando llegamos a la puerta, Maury se retorció en mis brazos.

—Bájame. Puedo caminar lo que queda de camino—. Maldijo en voz baja—. Podría haber caminado todo el camino.

Cuando la bajé, se le doblaron las rodillas y le rodeé la cintura con el brazo, disfrutando de su cercanía. —¿Cuál es tu habitación?

—Puedo sola.

—Deja que te ayude—, amonestó Laura y nos condujo a la habitación de Maury.

La ayudamos a meterse en la cama y la arropamos.

Maury apretó la cara contra las almohadas y suspiró. —Gracias—, dijo.

—¿Necesitas algo más?— preguntó Laura.

—Sólo dormir.

Laura apagó la luz. Mi celular zumbó en mi bolsillo trasero, lo cogí y salí de la habitación mientras Laura revoloteaba por la habitación de Maury, acomodándola.

Tenía un nuevo mensaje de texto de Kobie. Lo leí y gemí.

Kobie: Encontré otro cadáver.

Yo: Mierda. ¿Otro?

Kobie: Sí, pero este es peor.

Peor. ¿Cómo puede ser peor?

Kobie: ¿Dónde estás?

Kobie no quería decírmelo por mensaje. Me quedé mirando el celular un momento, decidiendo si exigirle a Kobie que me lo dijera por SMS. ¿Qué tan malo era?

Yo: En la residencia ¿Estás lejos?

Kobie: No.

Yo: Nos vemos en mi casa.

Kobie: OK

Laura salió de la habitación de Maury y me sonrió. —Listo.

—¿Está bien?

—Oh, sí, ya está roncando.

—Me voy, entonces—. No quería decirle que había ocurrido otro asesinato. Me di la vuelta para salir, pero me detuve con la mano en el pomo de la puerta principal. —Si decide hacerse

miembro, querré presentarla en la barbacoa.

—Está bien.

—Nos vemos—. Salí corriendo de su apartamento, bajé las escaleras y atravesé el pasillo entre los edificios. Un Kobie estornudando ya estaba fuera de mi casa cuando llegué, el enrojecimiento alrededor de sus ojos hacía que sus ojos azules prácticamente brillaran.

—Uno, dos, tres...— Conté cinco estornudos y le di una palmada en la espalda cuando terminó—. ¿Quieres algo de tomar, estornudito?

Se rio y se limpió la nariz, parpadeando rápidamente, sus ojos enrojecidos. —Sí, me toca la siguiente pastilla. Agua, si tienes—. Sacó del bolsillo un frasco y lo agitó.

Lo dejé entrar en mi casa. —¿Conseguiste resolver lo de tus medicinas para la alergia?

Resopló. —Me costó un poco, porque, ya sabes, no es fácil ser un cambiante y tener una intensa alergia a los felinos. Sin embargo, dos pastillas y dosis triples diarias fueron la combinación mágica.

—¿Y aun así sigues estornudando?—Cerré la puerta y encendí las luces.

—Eh, no me dio tiempo de tomarme la pastilla.

—¿Es para tanto?

Suspiró. —Sí.

—Háblame del último cadáver.

—Sólo era uno, pero éste sólo tenía catorce años.

Escupí una larga retahíla de maldiciones y me apoyé en la puerta. —¿Me estás jodiendo?

—No, encontramos el cuerpo, y obviamente era joven, pero esperamos hasta tener la confirmación del doctor. En cuanto la tuvimos, vine a decírtelo en persona—. Cogió un vaso de la cocina y lo llenó de agua. El frasco sonó mientras se echaba una pastilla blanca en la palma de la mano.

El estómago se me revolvió y la mente me empezó a dar vueltas. —¿Por qué convertirían a alguien tan joven?

Kobie negó con la cabeza. —No lo sé, jefe. Cada vez son más jóvenes.

—¿A cuántos han cambiado contra su voluntad? Si hay tantos muertos... hay al menos otros tantos Solitarios—. Me pasé la mano por el pelo y me froté la nuca—. Tenemos que decírselo a la manada.

—¿Estás seguro?

Me serví un vaso de agua y bebí un largo trago. —Quizá si todos lo saben, podamos conseguir alguna pista sobre el Solitario del pantano.

capítulo doce

MAURY

Un gato gruñó y saltó en mi nuca, y me desperté sobresaltada.

El pulso me retumbaba en los oídos y apenas podía respirar. Como sabía que no iba a poder relajarme pronto, encendí la lámpara que había junto a la cama. No tenía teléfono, así que no sabía qué hora era ni si valía la pena volver a dormirme. Los relojes estaban en la cocina, pero la cama estaba muy cómoda y me daba flojera pararme.

La almohada se sentía como nubes bajo mi cabeza y no pude evitar sentir que por fin estaba en casa. Aquello me asustó y me emocionó a la vez. Podía acostumbrarme.

Laura entró con dos vasos en la mano. Uno tenía un líquido ámbar, casi del color de los ojos de Anthony, con una rama de canela colgando, y el otro parecía agua. —Vi tu luz encendida, así que te traje una bebida caliente.

—¿Una bebida caliente?

—Te relajará.

Me incorporé y me lo bebí de un trago; el líquido me quemó la garganta. El vaso vacío repiqueteó cuando lo dejé en la mesita de noche y me volví a tumbar. —¿Qué era?

—Kombucha.

—¿Por qué no te creo?

—¿Crees que es medicinal?

—Estaba fermentada.

—Más bien destilada—, dijo ella.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

Ella se encogió de hombros. —Tal vez diez minutos. ¿Pesadillas?

—Soñé que estaba cayendo al vacío—. No quería decirle que, en realidad, soñé que estaba siendo atacada, probablemente provocado por, gran sorpresa, ser atacada.

—¿Quieres contarme lo que pasó en el callejón?— Por supuesto que eso fue lo primero que se le vino a la mente.

—No—, dije, abrazándome a la cama.

Laura se sentó en la silla acolchada del rincón y empezó a hojear una revista.

No mucho después, los dedos de mis pies empezaron a calentarse. —No entiendo—. Las palabras se me escaparon e hice una mueca—. Realmente no entiendo.

Bajó la revista. —¿Qué no entiendes?

—¿Por qué no puedo cambiar cuando quiero?

—¿A qué te refieres?

Me volteeé hacia Laura, alisando el edredón de la cama. —He cambiado un puñado de veces, pero nunca cuando quiero. Simplemente ocurre. Pero esta vez... —Se me quebró la voz.

—Continúa.

Me eché hacia atrás hasta que mi espalda estuvo apoyada en el cabecero. —Esta vez, cuando ese idiota me estaba manoseando, quise transformarme. Quería arrancarle la garganta, pero no pude. Era como si mi leopardo interior supiera lo que quería, pero se negara a participar.

—Tal vez has construido un hábito en el que el miedo es tu único detonante. El cerebro es raro. La mayoría de los cambiantes quieren ser cambiantes. Ese no fue tu caso, y ahora eres algo que no quieres ser. Has sido cambiante durante dos años y ahora tienes que aprender a hacer las cosas que la mayoría quiere aprender por naturaleza.

—No entiendo por qué eso importa.

—Porque sí. Es un hábito que has creado en tu cerebro, y como el cableado cerebral es único, tenemos que enseñarte a romperlo.

Mis hombros se desplomaron y me tumbé contra la almohada. —Tengo la sensación de que no será tan fácil como se oye.

—Puedo garantizarte que no será fácil, pero valdrá la pena. Al final, valdrá la pena.

—Si tú lo dices—. Me pasé la mano por la cara—. Sabes, a pesar del kombucha, tengo la sensación de que no podré dormir. ¿Qué haces tú cuando no puedes dormir?

Laura levantó su revista, abrió el anuncio del centro y me mostró la imagen de la página. Decía "No te pierdas la Ladies Night Out" en la parte superior. —Esto podría ayudarte.

Fruncí el ceño. —¿Qué cosa?

—¿Has salido de noche en la ciudad?

—¿Cuenta en el pantano? Porque si es así, sí, muchas.

Laura dejó caer su revista al suelo. Me hizo un gesto. —Vamos, sal de la cama. Iremos a uno de los lugares favoritos de la manada, así quizá puedas relajarte. Apostaría a que nunca has tenido una noche de chicas y quizá sea justo lo que necesitas para olvidarte de todo.

Me levanté de la cama. —Estoy dispuesta a probar cualquier cosa. Así que, si lo que sugieres es una noche de fiesta, estaré encantada de participar en las terapias recomendadas.

Laura sonrió. —Creo que tengo algo que puedes ponerte en mi armario.

Una hora más tarde, las dos estábamos vestidas para salir, piropeándonos mutuamente. Yo no tenía mucho. Ni celular, ni bolso, ni nada que llevar, y la ropa no era mía, pero estaba deseosa de salir.

Por primera vez en mi vida, no quería esconderme.

—¿Qué zapatos prefieres?— preguntó Laura, atándose sus zapatos góticos de plataforma. Llevaba unos pantalones capri de cuero y un top brillante. Se había peinado con un estilo retro y la sombra de ojos se extendía desde sus párpados hasta sus sienes y mejillas.

—¿Tienes otras botas así? Creo que puedo usarlas sin caerme.

—¿Qué talla eres?

—Ocho.

—Oh, genial, yo calzo entre ocho y nueve, y me encantan los zapatos así que debería tener algo que puedas ponerte. ¿Estás segura de que no quieres tacones?

—Nunca aprendí a caminar en tacones, no me servían de mucho en el pantano.

—¿Quieres zapatos con plataforma o zapatillas?

—¿Puedo probarme las zapatillas?

—Si no te quedan bien, siempre puedes ponerte las botas. Ésas te quedarán bien.

Le di dos pulgares hacia arriba. —Me parece un buen plan—. Pero las sencillas zapatillas negras me quedaban bien y combinaban con mi vestidito negro. Miré el reloj. —¿El bar seguirá abierto tan tarde?

—A penas son las diez. La mayoría de los sitios no cierran hasta las dos de la mañana. No te preocupes.

—¿Seremos sólo nosotras dos?

—¿Quieres invitar a alguien más? ¿Quizás a cierto alfa de ojos ámbar?— Laura me guiñó un ojo.

Jadeé como sorprendida por su burla, pero me ardían las mejillas. —No sé de qué estás hablando.

—Oh, de nada—, dijo—. Podemos llevarnos a las guardias. Les encanta ir de fiesta.

Se me desencajó la mandíbula. —¿Te refieres a las dos de afuera del edificio de Anthony? ¿Las que no me dejaban pasar?

Sonrió. —¿Estás segura de que no te dejaban pasar? ¿O, en cambio, te dejaron entrar, tal vez incluso indicándote el camino?

Fruncí el ceño. —¿De qué estás hablando? Me atacaron.

—Sabíamos que habías estado vigilando el lugar. Apareciste en las cámaras de afuera más de una vez, y cuando te vieron, le llevaron las imágenes a Kobie, quien se lo hizo saber a Anthony. Anthony ordenó que te dejáramos pasar para saber qué querías.

Me estremecí. —¿Fui tan obvia?

Abrió la puerta principal y salimos al pasillo. Pulsó el botón de los ascensores. —Más que obvia, diría que... inexperta.

La puerta sonó y entramos en el pequeño ascensor. —Nunca dije que fuera una espía.

—Igual no te hubiéramos creído.

Entramos en el vestíbulo y un portero saludó a Laura.

Ella me señaló. —Esta es Maury Powell. Es nueva en la manada.

Levantó sus cejas blanquecinas. —Encantada de conocerte, Maury. Estás de suerte, es una de las mejores manadas del país.

—Este es Fred. Lo conociste al entrar—, dijo Laura—. Es el portero nocturno durante... ¿son cuatro o tres noches?

—Cuatro turnos de doce horas, señora.

Hice una nota mental para volver a hablar con él sobre la manada. Ya había decidido que unirme era mi mejor opción, pero quería conocer la organización desde el punto de vista de alguien que no estuviera muy arriba en la jerarquía. Alguien que fuera más como yo.

Cuando salimos del edificio y subimos al carro que nos esperaba, un torrente de lágrimas llenó mis ojos y parpadeé para despejarlas lo más rápido que pude. No entiendo por qué tenía ganas de llorar, pero no pude evitarlo.

Por primera vez, sentí que había llegado al lugar donde debía estar. Tal vez era demasiado esperar, pero sentía que pertenecía. Aquí, en esta manada.

Quizá mi suerte estaba empezando a mejorar.

En el bar, varios clientes nos saludaron. Michelle y su pareja estaban allí, así como otras personas que había visto entrar y salir de la residencia. La recepcionista estaba sentada en un rincón, acurrucada contra un hombre moreno. En la zona del pub se escuchaba música dance que salía de algún lugar de la parte trasera.

—Aquí es donde la mayoría de la manada se reúne para relajarse. No es el único sitio, pero sí uno de los principales. Hay una pista de baile detrás.

Asentí con la cabeza, incómoda por la cantidad de cambiantes que saludaban a Laura y me miraban con interés.

—Bill, ¿está disponible mi mesa?— preguntó Laura al camarero con bigote.

Él limpió una jarra de cerveza. —Claro. ¿Para ti? Siempre.

—Mentiroso—, se rio Laura—. Pero haré como si te creyera.

—¿Qué quieres beber?

Me devolvió la mirada. —¿Alguna preferencia?

Me encogí de hombros.

—¿Alguna vez has bebido Texas Ranch Water?

Sacudí la cabeza y me aparté para dejar pasar a un grupo de mujeres con un tigre siguiéndolas. —No sé, no bebo mucho.

Bill, el camarero, agitó su toalla blanca ante el grupo de mujeres y el tigre. —Eh, Cecil, prohibido los felinos. Siempre causan un desastre.

El tigre se transformó en un hombre desnudo de mediana edad que parecía estar en mejor forma que la mayoría de los hombres de la mitad de su edad. —Lo siento, Bill—. Hizo un gesto con el pulgar hacia las mujeres y sonrió. —Les gustan los felinos. Me vestiré en la parte de atrás antes de sentarme—. Me guiñó un ojo.

Bill negó con la cabeza y se volvió hacia Laura. —¿Qué van a pedir?

—Dos Texas Ranch Waters para empezar.

En la esquina trasera, nos deslizamos en una pequeña cabina circular. —El Texas Ranch Waters es perfecto para introducirte al alcohol. No es demasiado dulce, lo que recomiendo. A algunas personas les caen mal las bebidas dulces.

Miré a mi alrededor. —No es que me importe, pero creía que tenías que ser mayor de edad para beber.

Se encogió de hombros. —No aquí. A los cambiantes no les pega el alcohol tanto como a los humanos. De igual forma, te dejan tomar dos copas por hora. Cuando cumples veintiún años, eres libre y legal para emborracharte todo lo que quieras.

Me reí entre dientes. —Me alegro de que las cosas vayan bien, pero me he pasado los dos últimos años robando para poder comer. Realmente no creo que me importe mucho la ley.

Bill llegó con nuestras dos bebidas, puso dos pequeñas servilletas cuadradas sobre la mesa y luego colocó los vasos altos y delgados sobre ellas. El hielo tintineó dentro del líquido oscuro.

Tomé un sorbo. —Sabe a gaseosa sin azúcar.

—Es tequila, agua con gas y zumo de lima. Pocos carbohidratos, si te preocupan esas cosas.

En realidad, no me importaban los carbohidratos, pero la bebida estaba deliciosa y el sabor no era tan dulce como para pegarme en el estómago.

Laura pidió papas fritas caseras en el restaurante de al lado y le trajeron un cubo rebosante de papas crujientes.

—Tengo que ir al baño.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquila—. Salí de la cabina y me giré—. ¿Dónde está?

—Por la pista de baile. Ven, te acompaño—. Salió de la cabina, pero un hombre se detuvo para hablar con ella.

Realmente tenía que ir al baño, así que me dirigí hacia la parte trasera del edificio sin esperar a Laura. Cuando empujé la puerta, casi me abalancé sobre un par de mujeres que se acicalaban en el cristal. La morena me miró y puso los ojos en blanco.

Bajé la mirada al suelo y me agaché para comprobar si los cubículos estaban ocupados. En los tres había gente, así que les dirigí una sonrisa incómoda.

—¿Quién eres?—, preguntó la morena, su pelo tan alborotado que parecía la melena de un

león—. Este es el bar de la manada y nunca te había visto por aquí.

—Soy nueva, invitada de la manada—, le dije, sin saber cuándo cambiaría mi estatus de invitada a miembro y sin querer darle mi nombre. Su lenguaje corporal decía todo lo que quería saber de ella y decirle mi nombre significaba que podría rastrearne más tarde. *No, gracias.*

—Oh, he oído hablar de ti—. Le dio un codazo a su amiga, que tuvo la decencia de parecer incómoda con todo el intercambio—. Eres la bebé del pantano, la que los Solitarios no querían.

Fruncí el ceño. —¿De qué estás hablando?

Se me echó encima y me estampó contra la pared del baño. —Él te va a encontrar y cuando el alfa descubra quién eres, dejarás de ser una invitada—. Una sonrisa enfermiza contorsionó su rostro, mostrando sus dientes, largos como los de un león.

—Genial—, dije—. Ahora llamo a Anthony y a Laura y les haré saber lo que dijiste.

Ella dio un paso atrás, un brillo de duda destelló en sus ojos y su lenguaje corporal pasó de intimidante a inseguro. —Hazlo—, dijo con menos vehemencia que antes. El dúo salió corriendo del baño y se abrió uno de los cubículos.

Después volví a la mesa y le conté lo sucedido a Laura.

Ella negó con la cabeza. —No sé quiénes son. Una de las desventajas de ser la única manada de Luisiana. Afortunadamente, una vez que eres miembro, ese comportamiento es castigado por el alfa y será poco probable que ocurra.

—Otra ventaja más de ser miembro.

—Cierto. ¿Estás bien?

Respiré hondo y suspiré. —Crecí siendo intimidada, y no es nada a lo que no esté acostumbrada. Al menos no comparto dormitorio con ella.

Laura llamó a Bill y otro par de Texas Ranch Waters aparecieron sobre servilletas frescas en nuestra mesa. —Hablando de... ¿decidiste si te unirás?— preguntó, levantando su vaso.

—Sí, le dije a Anthony que sí, pero pensó que era mi pánico hablando. No lo era. Quiero unirme. Aunque más adelante decida volver a ser una humana normal, quiero unirme y aprender lo que significa ser un cambiante.

Levantó su copa. —Por nuestro nuevo miembro de la manada. Que sea una aventura digna de ser contada.

Chocamos las copas y, mientras bebía un largo trago, no pude negar que había sido una aventura que superaba todas mis expectativas.

—Último aviso, —gritó Bill desde el bar, varias horas después—. ¡Último aviso! Cerramos en treinta minutos.

Parpadeé. —¿Qué hora es?

—1:30.

—¿Tan rápido?

—El tiempo vuela cuando la pasas bien.

—Al parecer.

Miró su teléfono. —El conductor nos debe estar esperando.

—¿Qué haremos mañana?

—Mañana será tu primer día de entrenamiento, y empezaremos con el papeleo oficial para unirte a la manada.

Me tapé un bostezo. —Qué emoción.

Y por primera vez en mucho tiempo, lo decía en serio.

capítulo trece

MAURY

A la mañana siguiente

U nos golpes en la puerta casi me tumban de la cama. —Adelante.

Laura entró, su pelo oscuro recogido en una coleta alta. Su mirada reflejaba las varias tazas de café que parecía haber tomado.

Sonrió. —¡Arriba! Es hora de entrenar.

Le fruncí el ceño. —¿De qué estás hablando?

—Es día de entrenamiento, princesa—, ladró Laura.

Me froté la cara. —Pero anoche salimos hasta muy tarde.

—Guárdate los lloriqueos para nuestra próxima noche de chicas. Ahora es momento de levantarse e ir al gimnasio.

Volví a meterme en la cama y me tapé la cabeza con la almohada, sin embargo, sentí unos pasos dirigiéndose hacia mí. —¿Cinco minutos más?

—Oh, no, nada de eso—, ladró Laura—. Me niego a que mi aprendiz sea una vaga. Vamos. Párate.

Apreté la almohada sobre mi cabeza. —Mierda—. Parecía una adolescente malhumorada. Rodé sobre mi espalda y traté de concentrarme en el techo, frunciendo el ceño y parpadeando a la vez.

—Vístete y encuéntrame en la cocina en cinco minutos.

Gemí. —¿Café?

—Sólo si te das prisa—, dijo, tirándome de los dedos de los pies—. Si no te levantas ahora, no podrás tomar café sino hasta la hora del almuerzo.

Cubrí un bostezo e hice una mueca cuando mi propio aliento matutino me golpeó en la cara. —Tú estuviste despierta hasta tan tarde como yo, ¿cómo puedes tener tanta energía?

—Oh, cariño, vivo para esto—. Entonces Laura hizo el sonido más odioso que había oído —. Soy tu peor pesadilla.

—Entonces *sí* has sido mentora antes.

Se rio. —¿Tú qué crees?

—Mátame,

—Soy parte de la fuerza del orden, que es una especie de defensor y protector de la manada. Pero también soy mentora. Por lo tanto...—Me quitó el edredón y me jaló por los pies—. La próxima vez que, entre aquí, será con un cubo de agua helada y una bocina. Y te aseguro que no lo disfrutarás.

—Mieeeeerdaaaa—. Suspiré, arrepintiéndome de haber salido anoche. —¿Puedo retractarme de mi decisión de ser miembro? Afuera todavía está oscuro.

—Cinco minutos—, me gritó por encima del hombro mientras salía de mi habitación—. Tu uniforme está en la silla.

Me restregué los ojos, aún sin poder concentrarme. Finalmente, mis iris consiguieron despertarse y vi un bodi negro manga larga colgado sobre el respaldo de la silla acolchada donde Laura se había sentado la noche anterior. Fruncí el ceño y miré los botones de la entrepierna. Parecía como si un traje de baño entero se hubiera apareado con ropa interior de abuela y hubiera dado a luz a un bodi para adultos, también conocido como la ropa deportiva más horrible de Nueva Orleans.

Miré a través de la puerta abierta hacia el resplandor de la cocina. Una alegre Laura canturreaba y daba vueltas. Con los ojos brillantes y su cola danzando. Quizá a primera hora de la mañana no era el mejor momento para buscar pelea.

Así que me lo puse, sorprendida por la forma en que se ajustaba a mi cuerpo sin incomodarme. Sin embargo, tardé más de cinco minutos en meterme en la cosa, y, cuando salí, me encontré con Laura sosteniendo un pequeño cubo de agua helada en una mano y una bocina de aire bajo el brazo.

—¿Lo decías en serio?— chillé.

—Muy en serio. Me alegra no haber tenido que usar ninguna de las dos—. Me tendió el cubo y me guiñó un ojo. —Ahora bota esto en tu bañera antes de que cambie de opinión y la use.

Me estremecí, pero me apresuré a cumplir sus órdenes. Cuando volví a la cocina, la bocina había desaparecido y el olor a café y tocino hizo que mi estómago rugiera.

—¿Qué haremos primero?— le pregunté.

—Te enseñaré el gimnasio y repasaremos las normas. Si tenemos tiempo más tarde, te guiaré a través de los calentamientos y enfriamientos más comunes—. Me entregó un bol con fruta y yogur. —También hay tocino, si quieres.

Tenía el estómago revuelto, probablemente por haber bebido anoche, así que me quedé con el yogur, las frutas y añadí un poco de granola. —¿Y cuándo aprenderé a cambiar?

—Poco a poco, con pequeñas dosis diarias. Sabemos que puedes cambiar, pero normalmente te resistes e intentas evitarlo. Dado que decidiste formar parte de la manada, supongo que ya no intentarás resistirte.

—No creo. O al menos, espero que no. Creo que quiero ver lo que puedo ser capaz de hacer primero.

Me comí lo último del yogurt. —¿Nos está esperando un carro abajo?

—No, vamos a correr el kilómetro y medio hasta el gimnasio. Será una buena forma de calentar.

—Odio correr—, murmuré, tomándome una taza de café con leche expreso—. ¿Puedo tomarme otro antes de irnos?

Ella negó con la cabeza. —No hay tiempo.

—Bueno—. Enjuagué mi taza —. ¿El entrenamiento termina a una hora determinada?

Laura se puso las manos en las caderas. —Bueno, no iba a decírtelo hasta más tarde, pero hay una barbacoa de la manada esta noche, y Anthony está planeando presentarte como miembro allí.

Casi tropiezo con mis propios pies. —¿Qué? ¿Tan pronto?

—Tu eres la que quería unirse.

—No he firmado nada oficialmente. ¿No se supone que tengo que firmar algo primero?

—Otra cosa que haremos en el gimnasio.

—Oh.

—Y te prometo que, como en el bar, la mayoría de ellos ya saben que eres invitada, incluso si no te conocen por tu nombre. Las noticias vuelan en la manada.

—Si crees que es una buena idea...

—No se trata de lo que yo crea—, contraatacó ella, inclinándose para tocarse los dedos de los pies—. El alfa ya habló, así que no hay alternativa.

—Entendido—. Imité sus movimientos, temiendo la carrera al gimnasio, y no del todo lista para abrazar la idea de que esto iba a ser mi nueva normalidad.

No iba a ser una lenta adaptación a la vida de manada.

No, era hundirse o nadar, y hoy era mi primer día de ahogo.



Me enjuagué el sudor del labio superior, secándome la cara con la manga de mi bodi.

—Deberías estirarte—, dijo Laura, tocándose de nuevo los dedos de los pies.

La imité, resoplando. No estaba fuera de forma, pero sobrevivir en la naturaleza no era lo mismo que correr 1 kilómetro. No se usan los mismos músculos, y los míos estaban enfadados conmigo por haberlos despertado antes de que saliera el sol.

Laura se incorporó, apretó la mano contra el escáner y una lucecita se puso verde. La puerta se abrió y entramos en un gimnasio.

Una moderna sala de entrenamiento recorría todo un lado del almacén con un ring de boxeo en el centro. Largas colchonetas recorrían el lado opuesto de la sala y un sinfín de armas colgaban de las paredes. Cada centímetro estaba inmaculadamente limpio. Quienquiera que fuese el personal de limpieza, era un equipo de primera categoría. Me pregunté si serían cambiantes.

—¿Quién limpia todos esto?

—Los miembros de la manada. A veces voluntarios, pero normalmente uno de los miembros tiene una empresa de limpieza. Tienen técnicas especiales para limpiar pelaje.

—¿Quizá alguien debería enseñarle esas técnicas a Bill?

Ella levantó las cejas. —¿Bill?

—Oh, no importa—. Probablemente ella no había notado al tigre en el bar la noche anterior ni su conversación con Bill. Yo todavía no estaba acostumbrada a que ese tipo de cosas formaran parte habitual de mi vida, así que no se me pasó por alto.

—¿Quieres dar una vuelta o quieres comenzar a entrenar?

Frotándome las manos, sopesé las opciones. Finalmente, suspiré. —¿Por qué retrasar lo inevitable? Ya estoy sudada. Puedo recorrer el gimnasio cuando quiera.

—Entendido—. Corrió hasta un refrigerador de crista, sacó dos botellas de agua y me dio una. —¿Has tenido algún tipo de entrenamiento de combate?

—¿Además de sobrevivir en el pantano? Nada. El entrenamiento de combate no era una de las prioridades de mis padres adoptivos.

Enganchó su brazo alrededor del mío. —Vamos.— Me arrastró hasta las largas colchonetas y cogió dos espadas de madera sin filo de la pared. —Probemos esto—. Se giró hacia mí y me lanzó una de las armas.

Cogí la espada falsa, la rodeé con las dos manos y la balanceé en el aire. —¿Es una Mandoble? Me recuerda a una katana.

—Muy bien. Es una réplica de madera. Algunos combatientes la usan con dos manos y otros, con una.

—¿Y tú cómo lo prefieres?

—Depende de con quién esté luchando—. Me señala con el dedo—. Sube a las colchonetas. Hice lo que me pidió.

—Ten en cuenta que una de las normas es que no se puede combatir fuera de las zonas autorizadas. Debes estar en las colchonetas o en el ring de boxeo. Las peleas no pueden tener lugar en ningún otro sitio y tu oponente debe saber que estás entrenando. No hacemos sparring sorpresa.

—Bueno saberlo.

—Ahora levanta tu espada.

La levanté con las dos manos, aún no me sentía cómoda blandiéndola, pero usar las dos manos me resultaba más natural que usar una sola. —Listo.

Ella golpeó su espada contra la mía, dio un giro con la muñeca y me tocó el cuello con la punta de su arma. —Estás muerta.

Me reí entre dientes. —No me digas.

—Levanta tu espada.

Cuando lo hice, ella golpeó su espada contra la mía. Pero esta vez estaba preparada, y levanté mi arma mientras ella intentaba blandir la suya alrededor de la mía. Golpeé su espada y la aparté, tocando su cuello con la punta de mi espada de madera.

—Estás muerta.

Sus ojos se abrieron ligeramente, claramente sorprendida por el uso que hice de su método. —Así es.

—Me imagino que ese movimiento tiene un nombre, pero no sé cuál es.

Se rio entre dientes. —Yo tampoco. Sólo sé hacer algunos movimientos. Fred es el verdadero maestro de la espada, y me ha enseñado varios movimientos útiles.

—¿En serio? ¿Fred el portero?

—Claro. ¿Sorprendida?

—¿Quizás?

—Todos tenemos habilidades y trabajos como cualquier otra comunidad. Nos enseñamos unos a otros lo que sabemos. A él le gusta usar el nombre correcto para cada movimiento, pero las palabras me entran por un oído y me salen por el otro.

—Tiene sentido.

—Levanta tu espada.

La levanté con confianza.

Pasaron las horas y no conseguí matar a Laura otra vez en lo que quedaba de día. Resulta que la única ventaja que tuve al principio fue el elemento sorpresa. Una vez que lo usé, Laura logró vencerme una y otra vez.

Cada vez llegaban más cambiantes al gimnasio, y pedimos el almuerzo, pasando a las peleas de contacto después de comer. Laura me enseñó a zafarme de un ataque por la espalda y a quitarme de encima a un atacante a horcajadas. Seguimos practicando movimientos y contra movimientos durante horas.

A las cuatro de la tarde, según el reloj de la entrada, Laura se levantó de un salto, se fue corriendo y volvió con una carpeta. —Ahí encontrarás tu nuevo horario.

Cogí la carpeta y me dejé caer en la colchoneta para ojearla. Giré los hombros, sintiendo ya los moratones por todo el cuerpo. Me eché hacia atrás y me extendí sobre la colchoneta, aun

respirando con dificultad. —¿Terminamos por hoy? Me imaginaba que esperarías a que volviera a oscurecer para rendirte conmigo.

—Probablemente deberíamos suspenderlo para que las dos tengamos tiempo de prepararnos para la barbacoa.

Oh. Mierda. La barbacoa de la manada.

Me pellizqué el puente de la nariz. —¿Dónde va a ser la barbacoa?

—En casa de Anthony. En la azotea.

—¿Cuántos irán?

—Toda la manada está invitada.

—¿*Toda* la manada? ¿Cuántos son?— Una opresión me recorrió el pecho.

—Oh, cientos, pero sólo terminan yendo unos cien o así.

—Oh.— *Sólo otro día abrumador.*

—Vente. Vamos a llenar algunos papeles. Al menos lo necesario para que Anthony pueda anunciarte. Hay un escritorio en la oficina que podemos usar.

Me puse en pie y troté tras Laura, tratando de calcular cómo librarme de la maldita barbacoa.

capitulo catorce

ANTHONY

Un aroma dulce y picante llenaba el aire. Durante todo el día me había abstenido de meterme en los asuntos de Laura, pero había oído lo suficiente para saber que le estaba dando una paliza a Maury en el gimnasio de la manada.

No había verificado si vendrían a la barbacoa, pero Laura sabía que yo quería anunciar entonces a Maury como nuevo miembro de la manada.

Mi celular sonó a las cinco de la tarde, corrí hacia la entrada de mi apartamento y abrí la puerta de un empujón. El primero de los invitados empezaría a llegar pronto y ya había hecho esto con bastante frecuencia como para saber que abrir la puerta una y otra vez era cansón. Además, a quien le tocaba atender la puerta no podía disfrutar de la fiesta, por lo que no me gustaba delegarle ese trabajo a nadie. Como normalmente pasaba, Kobie debería llegar primero.

Como si nada, Kobie salió al pasillo desde la escalera y se acercó silbando. —Hola, Tony.

—Kob, ¿trajiste...?

Sacó una bolsa de la espalda. —No te preocupes. Traje los pies. De crema de chocolate y crema de limón. También traje ensalada de huevo.

La comisura de mi boca se crispó. —Genial.

—Oh, cállate. Lo traje para mí. Sé que odias el olor de la ensalada de huevo. Además, no te la comerás—. Respiró profundamente por la nariz—. Ya huele por el pasillo. ¿Qué hay en el menú de esta noche?

—Carne y pavo ahumado. Y cualquier guarnición que traigan los demás.

Se agarró el estómago. —Delicioso, hermano. Delicioso.

—Como de costumbre, eres el primero aquí, así que ya sabes lo que eso significa.

—Poner la mesa. Entendido—. Entró en mi cocina, abrió el armario correcto sin pensarlo dos veces y puso una pila de platos de papel en la encimera. Luego cogió la vajilla de plástico, los vasos, las servilletas y los cuencos. Después de cenar, recogíamos todos los productos de papel, los triturábamos un poco y los tirábamos al cubo de compostaje con las sobras. Tenía un compostador en el jardín que hacía todo más rápido. Al final, regábamos el compost alrededor de la piscina y en mi jardín.

Shelly fue la siguiente en llegar y Michelle la siguió de cerca. La novia de Michelle, Willow, fue la siguiente en llegar, y entonces empezó la avalancha de gente. Éramos unos cincuenta antes de que entrara Laura.

Yo tenía la cabeza en el horno, chequeando la carne, y me levanté para saludarla.

Ella me abrazó por los hombros. —Hola, jefe.

—Trajiste a Maury, ¿verdad?—Los alfas no se entusiasmaban con los novatos, pero tenía que estar seguro de que no se hubiera escapado. La vida en la manada iba a ser muy diferente a

lo que ella estaba acostumbrada en el pantano, viviendo por su cuenta. Teníamos reglas. —Vino, ¿no?

—Relájate—. Ella bajó la voz—. Se quedó en el pasillo, tratando de mentalizarse para entrar. Mis hombros cayeron ligeramente y cerré el horno. —¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Oh, no lo sé, tal vez porque ha estado viviendo sola durante dos años, y ahora es miembro de toda una manada de felinos cambiantes. Por encima de eso, hoy va a ser exhibida a todo un grupo de dichos cambiantes y tiene que fingir que no ha pasado los últimos dos años tratando de deshacerse de su lado cambiante porque fue transformada en contra de su voluntad. Todo esto después de desvelarse anoche y luego entrenar todo el día.

—Bueno, cuando lo pones así...

—Sí, no me digas, ¿ahora entiendes por qué no está súper emocionada por entrar aquí y conocer a todos? —. Se cruzó de brazos—. Tal vez deberías salir y calmarla.

—¿En serio?

—Tú *eres* el alfa.

Me limpié las manos en un paño de cocina cercano y consideré lo que había dicho Laura. —Está bien. Veré lo que puedo hacer.

Estreché la mano de otro grupo de invitados entrantes, esta vez en traje de baño, y salí al vestíbulo vacío con el ceño fruncido. —¿Maury?

Salió de detrás de la puerta abierta. —Ya voy. Es que es mucho... después de lo de anoche y todo lo demás.

—Comprensible. Sin embargo, la manada está emocionada por conocerte.

Ella se burló. —¿Quiénes?

—Michelle, Willow, Shelly, Kobie, todos en realidad.

—No sé quién es ninguna de esas personas.

—Bueno, ellos sí saben quién eres tú, y apuesto a que los reconocerás cuando los veas.

—No pueden esperar a burlarse de la nueva, ¿eh?

Me froté la nuca, tratando de elegir mis próximas palabras con cuidado. —No, no es así.

—¿Ah, no? ¿Entonces cómo es?

—Maury, acaban de recibir una nueva hermanita y quieren conocerla. Es un poco como cuando llevan a un recién nacido por primera vez a casa del hospital.

—¿Me acabas de comparar con un recién nacido?

Mi mirada se clavó en la suya y estaba a punto de retractarme cuando vi el brillo en sus ojos. —Eso no es lo que...— Dejé que mi voz se apagara. Quería tocarla, abrazarla, pero, al mismo tiempo, no quería asustarla. —Podrías...

—Lo sé. Voy a entrar. Estoy segura de que esta noche será igual de drenante que la paliza física que recibí esta mañana.

—Velo de esta manera. Esta mañana fue cardio y esta noche va a ser más como yoga—, dije.

—Eso suena patético.

Me encogí de hombros, haciendo un gesto. —Sonaba mejor en mi cabeza.

—Bueno, espero que tengas razón.

Cuando entramos a la cocina, Laura me chocó el puño mientras Maury no miraba. Había logrado que participara en la fiesta. Lo consideraba una victoria, a pesar de que Maury no pensara igual. Se quedó en la cocina mientras yo seguía cocinando la carne picada y vertía la salsa barbacoa casera en los platos. No era la vida glamorosa y emocionante que la mayoría de los felinos esperaban cuando se unían a la manada, pero el reunirse, el socializar, era muy importante para la construcción de la manada, y era la oportunidad perfecta para extender la

protección de la manada a Maury.

A las 7:00 p.m. cogí una gran campana de la parte superior de mi nevera y le di una fuerte sacudida. —¡Atención!—, dije. La campana solía bastar para sobresaltar a toda la manada y era un vestigio del último alfa longevo.

Casi de inmediato, el rugido de la conversación se detuvo, Kobie paró la música de fondo, y noté el brillo de sus ojos azules por primera vez.

Enganché mi mano alrededor del codo de Maury y tiré de ella hacia el centro del espacio entre la cocina y el salón mientras otros felinos entraban desde la piscina y el jardín.

—Como la mayoría ya sabe, desde hoy tenemos un nuevo miembro. Ha estado por aquí un par de días como invitada, pero hoy ha firmado la línea punteada. Ahora es oficialmente parte de la manada. Me gustaría presentarles a Maureen Powell. La llamamos Maury. Otra cambiante ha encontrado su hogar en nuestras filas y estoy seguro de que todos podemos hablar por experiencia, nada se compara a la aceptación de nuestra familia felina. Nuestras personalidades y habilidades únicas nos hacen a todos más fuertes cuando estamos unidos.

Una ovación resonó en el ático y el jardín. Silbidos agudos y gruñidos de triunfo enhebraron la cacofonía.

Las mejillas de Maury se tiñeron de rojo brillante y se estudió los dedos de los pies.

La sonrisa de Laura los eclipsó a todos, creo, y me di cuenta de que Maury ya se había ganado su corazón. *Buen trabajo, Maury*. No podía tener mejor defensor en su esquina.

Cuando el alboroto se calmó, levanté las manos una vez más. —Tengo un anuncio más, aunque un poco menos alegre.

Se hizo un silencio solemne entre los asistentes a la barbacoa.

—Como todos saben, o como probablemente hayan oído, están apareciendo cadáveres en el pantano. Lo que probablemente no han oído es que todos han sido atacados por un cambiante.

Un murmullo recorrió la multitud, aumentando rápidamente de volumen.

Levanté las manos para acallarlos. —Sospechamos que ninguna de las mordeduras ha sido consentida, y que los individuos simplemente han sido atacados y abandonados—. Mi mirada se desvió hacia Maury, quien había palidecido—. La víctima más reciente sólo tenía catorce años.

Una docena de improperios estallaron por toda la sala.

—Las autoridades locales aún no sospechan de nosotros, pero es probable que pronto pidan empezar a interrogar a los miembros de nuestra manada. Trataré de retrasarlo todo lo que pueda, pero debemos encontrar al asesino.

—¿Desde hace cuánto ha estado pasando esto?—, preguntó alguien desde el fondo.

Mi mirada se dirigió a Maury una vez más. Nadie sabía que yo creía que ella había sido la primera víctima. —Creemos que dos años, pero no estamos seguros.

Un jadeo colectivo me respondió.

—Lo sé, a mí también me cuesta creerlo, pero los ataques son cada vez más frecuentes. Hay que detener al Solitario. Si alguno de ustedes encuentra alguna información, oye algo, se topa con algo, por trivial que crea que pueda ser, por favor, comuníquelo de inmediato.

El grupo asintió y se oyeron murmullos de acuerdo.

—Ya dicho esto, sigamos celebrando—. Señalé a Kobie—. ¡Música, Maestro!

Los acordes de una alegre canción pop volvieron a filtrarse por los altavoces.

Kobie corrió hacia mí, con la boca apretada. —¿Crees que fue prudente anunciar los asesinatos en la fiesta? ¿Y si algunos de nuestros miembros saben quién es el Solitario y le avisan?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Espero que hablar del Solitario en el pantano

refresque algunos recuerdos y tengamos nuevas pistas para cuando nos levantemos mañana por la mañana.

Kobie inclinó la cabeza hacia un lado y se puso las manos en las caderas. —Buen plan.

capítulo quince

T*an solo catorce años.*

Todos se habían quedado boquiabiertos, como si fuera demasiado joven para haber sido convertido en cambiante. Su reacción me había sorprendido. Al parecer, tenían normas.

Tenía mucho que aprender sobre la vida en manada. No sabía que había edades mínimas o incluso que había todo un proceso para incluir nuevos cambiantes en la manada. La manada no era el grupo de trastornados que siempre había creído que eran.

Anthony había hecho el anuncio como si no tuviera nada que temer, y quizá no lo tuviera porque era el alfa. Pero yo sí. Aquellas dos cambiantes del bar habían sido agresivas y sabían sobre el Solitario del pantano. Me preguntaba si Anthony las conocía. ¿Será que se lo contaba?

Escudriñé a los asistentes a la barbacoa, pero seguía sin verlas. ¿Se habrán sorprendido cuando se dieron cuenta de que ya no era una simple invitada? ¿Le avisaba a Anthony si la volvía a ver? Quizá tuvieran información que Anthony necesitara. Me mordí el labio inferior y me crucé de brazos.

En ese momento, Anthony se acercó y se me erizó el vello de la nuca. No por miedo, sino por algo más, algo magnético entre nosotros. Dudaba que él lo sintiera, pero me hacía cosquillas con ideas y pensamientos que nunca había tenido. Tanto que hasta la leoparda que había en mi cabeza lo aprobaba, y eso era mucho decir, ya que ella y yo no solíamos estar de acuerdo en nada.

—¿Todo bien hasta ahora?— preguntó Anthony, manteniendo la voz baja.

—Sí, gracias por la amable presentación.

—De nada. Aquí casi todo el mundo es amable. No te lo tomes personal si alguien es grosero, te puedo asegurar que no tiene nada que ver contigo.

—Desde tu punto de vista—, dije.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que tu perspectiva es ligeramente diferente a la de la mayoría; eres el alfa, después de todo.

Frunció el ceño. —¿Has tenido un encontronazo con alguien?

—Laura dijo que me iba a presentar—. Con suerte, esquivé con éxito su pregunta. Antes de contarle lo de las chicas del baño, quería hablar con Laura—. Tengo que irme.

—Ella conoce a más gente por su nombre que yo—. Me dedicó una sonrisa tímida—. Al igual que Kobie. Disfrutó de la noche—. Se alejó, deslizándose entre un grupo de hombres que sostenían bebidas y olían a algún tipo de cigarro.

—Es un poco como la menta gatuna— dijo uno de ellos, y Anthony se rio, con un sonido

suave como la seda.

Anthony tenía un carácter tan fácil que me atraía de una forma que nunca había sentido antes. Quería estar cerca de él, a su lado, con él todo el tiempo. Fuerzas que no comprendía me atraían hacia él y no podía evitar pensar que tal vez él también las sentía.

Nunca habría imaginado que unos ojos ámbar brillantes y un malhumorado niño rico fueran mi tipo. Aunque sospechaba que podía deberse a que había sido el primer hombre que me había rescatado y se había preocupado por mí. La forma en que me hacía sentir segura...

Bueno, era una mezcla embriagadora de afrodisíacos que tenía que ignorar, sobre todo porque él era el alfa. ¿Qué sabía yo de ser un cambiante o de casi nada de la vida? Todo lo que yo sabía era lo que había aprendido en el pantano.

Laura se acercó con un plato. Tenía una hamburguesa, un muslo de pavo ahumado y un par de guarniciones. Jalapeños envueltos en tocino y una especie de maque choux. Me pasó uno de los platos.

Lo rechacé.—Oh, no tengo hambre.

—¿Te pregunté si tenías hambre?—, preguntó.

—No quiero hacer un desastre—. Eché un vistazo al apartamento, sintiéndome menos fuera de lugar de lo que me había sentido mi primera noche aquí, pero lo suficiente como para no querer estropear nada. Como no tenía dinero, tenía que evitar dañar nada.

—Te preocupas demasiado.

Tomó aire y lo expulsó lentamente. —Escucha, puede que no lo creas, pero es importante que agarres este plato.

—¿Por qué?

—Así tienes algo que hacer con las manos y, si no sabes qué decir en una conversación, te metes un bocado o dos en la boca.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. ¿Alguien te hace una pregunta que no quieres responder? Comete un trozo de muslo de pavo. ¿No sabes la respuesta? Dale un mordisco a tu hamburguesa. ¿Entendido?

—Sí, señora—. Ignoré su ceño fruncido ante el "señora".

—Vamos—. Laura me llevó por la sala, presentándose y enseñándome decenas de nombres que nunca recordaría. Conocí a Shelly, la recepcionista, y vislumbé a Fred.

Michelle se levantó y sonrió. Tenía una taza roja que parecía contener una infusión oscura en la mano. —No me guardas rencor por haberte acechado la primera noche, ¿eh?

La miré fijamente, incapaz de creer lo que me estaba diciendo. —Uhm, no. Supongo que no.

—No eres el primer miembro nuevo de la manada al que perseguimos antes de que se unan al equipo—. Me dio un codazo—. Al menos no te hiciste ningún moratón ni nada.

—Sí—, dije, todavía no muy segura de cómo tomarme todo el asunto—. Oye, tengo una pregunta.

—Dispara.

—¿Alguien te dijo que me dejaras entrar al edificio?

—Oh, sí.

—¿Quién?

—La única persona que me da órdenes—. Ante mi mirada, añadió: —Anthony. Quería ver qué harías si lograbas entrar. Obviamente querías algo del museo.

Laura me observó con expresión divertida. —Ves. Sabíamos que estabas ahí fuera.

—¿Te incomoda que ahora sea parte de la manada?— le pregunté a Michelle.

—Oh, claro que no. ¿Por qué habría de incomodarme? Mientras más, mejor,—. Hizo un

gesto a la más alta de las dos guardias y se unió a nosotras—. Ella es Willow. Venimos en combo.

—Como...

—Compañeras de habitación, de equipo, de cama y de todo lo demás—. Ella le arrugó la nariz a Willow, y Willow le besó la mejilla.

Willow le tendió la mano. —Encantada de conocerte, Maury—. Cogió la mano de Michelle y le besó el dorso—. ¿Podemos comer? Me muero de hambre.

Michelle sonrió. —Claro, tetas de azúcar.

Willow resopló. —Te he dicho que voy a presentar una queja en Recursos Humanos por los apodos que me pones.

—Bueeeeenoo....— Michelle me guiñó un ojo y luego Willow se la llevó.

—Son... divertidas—. Un hecho que me sorprendió.

—Oh, siempre son así, a menos que estén persiguiendo a algún intruso. Nunca había visto a dos personas más perfectas la una para la otra. Bueno, hasta ahora.

—¿Qué significa eso?

No contestó, pero me acompañó fuera del apartamento y al siguiente grupo de gente cerca de la piscina, donde aprendí más nombres que no recordaría. Me tapé un bostezo, apartándome del grupo en un intento de ser educada. *Mierda. Estoy ex...*

Dos ojos penetrantes me miraban fijamente. Un hombre mayor me miraba desde el jardín, su expresión era una máscara de tristeza. No lo reconocía y no había coincidido con él en ningún lugar de los apartamentos o el gimnasio, pero algo en él me hizo cosquillas en la mente de una manera casi familiar. ¿Familiar? ¿Cómo podía resultarme familiar?

Alguien dijo algo en el grupo que acababa de conocer, y alguien más se rio, pero no me di cuenta de nada. En lugar de eso, me sentí clavada en mi sitio, atrapada por el peso de la tristeza que desprendía aquel hombre. Llevaba la pena como una pesada capa, y eso hizo que mi propio corazón se retorciera en mi pecho. ¿Qué le había ocurrido? Quería acercarme a él, ver cómo estaba, preguntarle quién había muerto. Yo...

Laura me sacudió. —¿Estás bien, Maury?

Me sobresalté y me giré hacia el grupo. —Oh, perdona, vi un colibrí en el jardín y hacía mucho que no veía uno.

Otra mentira, otro secreto que ocultar a alguien que se estaba convirtiendo rápidamente en importante para mí, pero no estaba segura de cómo explicar lo que había visto en el tipo. No sabía quién era. Miré hacia atrás buscándolo, pero no lo vi. Laura me dio un codazo y tuve que girarme.

—¿Un colibrí de la noche? Qué raro. ¿Tienen algún significado especial para ti?— preguntó Laura.

—¿El qué?

—Los colibríes. ¿Tienen un significado especial para ti?—. Ella frunció el ceño como si sospechara de algo.

—No, pero una de mis madres de acogida tenía quince comederos para colibríes y me pasaba horas mirándolos. Siempre deseé poder volar y ser libre como ellos.

El grupo hizo ruidos de interés, pero ninguno tenía mucho que añadir y la conversación se calmó. No quise decirles que los comederos de colibríes estaban fuera, en el patio donde mi madre de acogida nunca nos dejaba jugar por miedo a que rayáramos el césped o chocáramos accidentalmente con sus flores. Así que me pasaba horas observando a los colibríes jugar a la luz del sol, soñando despierta con estar al aire libre.

Acercándose, Laura bajó la voz. —¿Viste a las mujeres de anoche?

Negué con la cabeza. —No.

Laura me miró fijamente a los ojos antes de volver al grupo.

La conversación se arremolinó a mi alrededor, y me giré para mirar de nuevo al hombre, pero se había ido. Sin embargo, su pena seguía flotando en el aire, casi como una nube visible, y no entendía por qué sentía su tristeza con tanta intensidad.

capítulo dieciséis

ANTHONY

Mierda. Me volví a quemar la mano al tocarla... Me miré las palmas enrojecidas, intentando averiguar si era alérgico a los leopardos o qué. Kobie era alérgico a los gatos, así que era posible, ¿no? ¿Por qué mis palmas estaban rojas? Cualquiera que fuera la respuesta, quería llegar al fondo del asunto.

Más bien al fondo de ella, si era sincero conmigo mismo. Imaginé que la agarraba por las caderas y la acercaba a mí. No, no era alérgico a Maury Powell; después de todo, se había convertido en algo tan esencial en mi vida como respirar.

De todas formas, ¿alguna vez se había oído que un cambiante felino fuera alérgico a otro cambiante felino? Me reí para mis adentros. Bueno, teníamos a Kobie, y él era la prueba viviente de que era posible que un cambiante felino fuera alérgico a los gatos, mortalmente alérgico. Aunque no creía que eso fuera lo que pasaba entre Maury y yo. Me negaba a ser alérgico a la hermosa y sexy Maury. Mi boca se crispó, y si lo era, iba a tener que pedirle la prescripción a Kobie, porque no iba a dejar que Maury se me escapara de las manos.

Entré en mi oficina y me detuve en el umbral, decidiendo contemplar la puesta de sol a través de las ventanas que daban al patio trasero. Maury estaba junto a la piscina, viéndose un poco menos incómoda que antes. No pude apartar los ojos de ella. Me resultaba fácil observarla.

Alguien chapoteó, y una lluvia de gotas centelleantes voló por el aire, apenas alcanzándola en el rocío. Miró la piscina casi con nostalgia y tomé nota mentalmente de invitarla a nadar cuando no hubiera tanta gente alrededor. ¿Se pondría un traje de baño de una pieza o un bikini? De una pieza, si tenía que adivinar. No se sentía lo suficientemente cómoda con la manada o conmigo como para usar un bikini. Pero algún día lo estaría, y yo tiraría de las cuerdas, liberaría cada una de sus benditas curvas y arrastraría mi lengua por cada centímetro de ella.

Me ajusté los calzoncillos para hacer sitio a mi creciente erección. Otra de las partes de mi cuerpo que reaccionaba ante la señorita Maury Powell. Ella realmente era peligrosa. Si mi pene tomaba el control...

Miró hacia mi ático y se mordió el labio inferior durante un largo rato. Cuando lo soltó, se metió otro bocado en la boca. Cuanto más la observaba, más me daba cuenta de un patrón.

Daba mordiscos al azar, normalmente después de que alguien le hiciera una pregunta. Se me hinchó el pecho con algo que no entendía, pero estaba seguro de que ahora estábamos íntimamente entrelazados. El destino de Maury sería mi destino, y esa certeza me hacía desear meterla en una habitación y mantenerla a salvo.

Laura le sonreía cada vez que probaba bocado, y me dio la impresión de que en su plato de comida había más de lo que yo veía.

Me crucé de brazos, pensando en cómo poner a Maury a salvo. No sabíamos quién estaba

mordiendo y convirtiendo a jóvenes por todo el pantano. Necesitábamos esa información antes de actuar.

Algunos miembros de la manada se acercaron a ella, le ofrecieron la mano y estrecharon la suya con una calidez que pareció sorprenderla. Los pocos felinos que había en la piscina le hablaban con expresiones animadas y gestos con las manos.

Ella era la cambiante del momento, la más nueva, la que tenía todos los secretos que el resto de la manada quería conocer. Ninguno de ellos sabía quién era Maury, y tampoco creía que Maury supiera que yo creía que ella había sido la primer cambiante del Solitario del pantano. Aunque, si hubiera prestado atención a mis preguntas, habría reconocido mis sospechas.

La luz del sol brillaba en los ojos ébano de Maury.

Kobie me dio un codazo. —Oye, ¿me oíste?

Me sobresalté. —¿Qué dijiste?

—¿Estás bien, Tony?— Usó mi apodo de la infancia.

—Sí. Preocupado por el nuevo miembro de la manada.

—¿Más que cualquier otro miembro nuevo?

Me crucé de brazos. —Supongo.

—¿Qué tiene este de diferente?

—Nada.

Entrecerró los ojos y me miró a la cara. —¿En serio?

—Sí, en serio. tengo permitido preocuparme por mis cambiantes.

—Huh—, dijo, pero su tono decía más.

Un movimiento atrajo mi mirada hacia la piscina. Mi cambiante... con su pelo rosáceo. ¿Eso la hacía pelirroja? El color de su pelo no era igual al de su pelaje, pero hacía que el anaranjado de su pelaje fuera más castaño rojizo y no había visto a ningún cambiante como ella. Tenía que mantenerla a salvo; hasta ahora la habían atacado varias veces.

Laura me había confiado lo de las dos mujeres del baño. No tenía una descripción de ellas, pero a Laura le preocupaba que, si acorralaba a Maury para hablarle de ellas, trataría de escapar. Así que la dejé en paz.

Mis manos se volvieron puños. El incidente en el callejón, las dos mujeres en el baño... ¿qué más podía pasar? Por alguna razón desconocida para mí, Maury coleccionaba atacantes. ¿Por qué carajo la atacaban todo el maldito tiempo?

Tal vez porque era la única cambiante que había logrado escapar del Solitario. Si había cientos de no cambiantes muertos después de la mordedura, ¿cuántos se habían convertido? ¿Qué estaba pasando en el pantano?

Me volví hacia Kobie. —Tenemos que averiguar la identidad del Solitario del pantano. ¿Puedes llamar a Ty?

Kobie me levantó el pulgar. —Sí.

—Estaré en mi oficina. Lo espero allí.

Cuando llegué a mi escritorio, encontré una carpeta, obviamente colocada intencionalmente en el centro. Dentro estaba la documentación de afiliación de Maury, la ojeé y la ordené. La mayor parte de la información no era nueva para mí, y no me importaban muchas cosas, como su edad, su peso, etcétera. Pero un párrafo escrito con letra curva me llamó la atención y saqué la hoja de la carpeta.

¿Por qué quieres unirte a nuestra manada?

Para sentirme segura. Me he protegido a mí misma durante toda mi vida. Mis fallos siempre acaban con mis propias heridas y mi dolor. ¿Y si hay algo más? Tal vez quiero ver cómo sería tener una familia. Ha funcionado muy bien para algunas personas, y tal vez creo que es mi turno.

Mi corazón se apretó y sacudí la cabeza, ignorando la humedad que se acumulaba en mis ojos. ¿Cómo coño ignorabas una súplica así? De vez en cuando era un idiota despiadado, pero esta súplica de mi chica pelo rosa tocó una parte de mi corazón. Ella no lo sabía, y tal vez no estaba preparada para saberlo, pero haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Me di la vuelta para mirar de nuevo a la ventana, al cielo cada vez más oscuro. Pronto saldría la luna llena y la piscina brillaría bajo las estrellas. ¿Qué aspecto tendría Maury bañado únicamente por la luz de la luna?

—¿Alfa?—, una voz profunda interrumpió mis fantasías—. ¿Querías verme?

Me giré hacia el interior de mi apartamento. —Ty, gracias por venir.

—Por supuesto—. Sonrió ante las galanterías, aunque ambos sabíamos que habría venido así no hubiera querido. A los alfas no se les ignoraba.

—Tenemos un problema con el Solitario del pantano. No sabemos quién es y no tenemos ninguna pista. Debemos encontrarlo antes que las autoridades, y tú eres mi mejor rastreador.

—¿Quieres que vaya tras el Solitario?

—¿Tienes mucho más en tu lista de tareas en este momento?

—Nada urgente. He estado cazando a un par de tortolitos fugitivos, como favor a sus padres. Ya los encontré, pero los dos son adultos y se lo están pasando bien en la costa de Florida. Decidí dejar que siguieran perdidos.

Me reí entre dientes, resistiendo el impulso de girarme para mirar a Maury. —Amor joven.

Una sombra cruzó sus ojos y su mirada pasó de mí, probablemente hacia la piscina. —No hay nada igual.

Acallé el breve destello de celos de que pudiera estar mirando a Maury, por tonto que fuera, y moví su papeleo sobre mi escritorio. —Como te dije, necesito que encuentres al Solitario. Tenemos que poner fin a esto. Está matando gente y ha transformado a quién sabe cuántos... cambiantes que no se han unido a nuestra manada. Eso significa que no tenemos idea de cuántos hay en el pantano.

Su atención volvió a centrarse en mí. —¿Lo quieres vivo o muerto?

—Lo prefiero vivo, pero si se da el caso, me importa una mierda qué hagas.

Subió una ceja. —¿Así de serio?

—Más de lo que crees—. Maury no estaría a salvo hasta que neutralizamos al Solitario.

—Entonces trataré de trabajar rápido para encontrarlo.

Extendí la mano sobre los papeles de afiliación, repitiendo en mi cabeza la respuesta de Maury. —Es lo que mejor sabes hacer.

—Sí, señor. Saldré tan pronto como pueda—, dijo Ty.

—¿Cuándo irás?

—Mi bolsa de viaje está lista y no tengo nada que me retenga aquí. Iré al pantano mañana—. Entonces su mirada se movió más allá de mí y luego de nuevo a mí.

—Puedes llevarte a Kobie, si lo necesitas.

Ty asintió, pero no habló. El silencio se extendió entre nosotros.

—¿Algo más, Ty?

—Sí, creo que hay algo con esta chica nueva. Sé que ahora es miembro, pero hay algo en ella.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir con "hay algo en ella"?

—Ella es... Hay... No puedo estar seguro, pero creo que...

Se le trabó la lengua, algo inusual en él.

—¿Ella es qué, Ty? Dilo de una vez.

—Sospecho de sus orígenes. Hay algo en ella, algo familiar. Sin embargo, no tengo pruebas. Mierda, incluso huele familiar, pero no puedo ubicar el olor. Es raro, siento una intensa necesidad de protegerla y no sé por qué.

Mi boca se torció en una sonrisa irónica. *Ponte en la cola*. —Entiendo —, comenté, sin querer mostrar mis sentimientos.

—Sí—, Ty estuvo de acuerdo, pero no parecía convencido —. Si se puede saber, ¿qué sabes de ella?

—Sé que su padre desapareció y que su madre murió al dar a luz. Estuvo en el sistema de acogida durante toda su vida, sola y vulnerable a los caprichos de los adultos que la rodeaban. Sabemos que es cambiante, que tiene ADN de cambiante, pero eso es todo.

—¿Animal? — repitió.

—Leopardo, pero aún no puede controlarlo. Hubo algunas anomalías cuando recibió el mordisco y el impacto emocional residual afecta actualmente a sus habilidades.

Asintió. —Falta de entrenamiento, entonces.

—Eso y grandes bloqueos emocionales, pero Laura está trabajando para ayudarla a superarlos —. Por primera vez, me fijé en el tono del pelo de Ty. No era rosa, sino de un color rosáceo, no muy diferente del de Maury. Jugueteeé con su carpeta, tratando de decidir si hacer o no la pregunta que ahora tenía en la cabeza. —¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Su boca se tensó. —Claro.

—¿Has tenido alguna aventura de una noche en tu vida? ¿O descendencia de estas?

Ty se acarició la barbilla y soltó una carcajada. —No, no en...— Se quedó inmóvil, su expresión se tornó seria y frunció la boca. —No que yo sepa —, dijo. —No que yo tenga conocimiento.

No lo presioné, pero estaba claro que había recordado una noche con alguien. Sin embargo, tomé nota de ello. ¿Cuáles eran las probabilidades?

Se aclaró la garganta. —Tengo que investigar un poco —. Luego salió de mi oficina sin decir otra palabra.

Ty no era sólo mi mejor rastreador en el sentido físico, era mi mejor rastreador de cualquier tipo. Investigador privado, lo que sea. Tenía un sexto sentido cuando se trataba de encontrar información o personas.

Volví a hojear el expediente de Maury. Había algo en Maury que no acababa de entender, pero que ardía en mi mente como si ya debiera haberlo descubierto.

capitulo diecisiete

MAURY

Lunes

Es temprano, pero Maury aún no se ha levantado. Y a Maury no le importa que aún no se haya levantado.

Sigue durmiendo, Maury.

Tenía la cabeza metida debajo de una almohada donde podía ignorar la alarma que sonaba junto a mi cabeza. La semana de entrenamiento podía besarme el culo.

Contra mi voluntad, el sueño desapareció de mi cerebro y unos pasos pesados se acercaron a mi habitación. El pestillo de la puerta chasqueó y la sentí cruzar el umbral de mi habitación, pero mantuve la cabeza bajo mi almohada favorita.

—¿Tengo que recordarte lo de la bocina y el cubo de agua helada?— llamó Laura con una dulzura enfermiza.

—Mieeeeerda—, gemí— ¿No puedo tomarme un respiro? ¿O al menos cinco minutos más?

—Vamos, princesa. Tenemos cosas que hacer—. La puerta volvió a sonar.

Unos golpes en la puerta de Laura despertaron mi curiosidad y saqué la cabeza de debajo de la almohada. ¿Quién estaba aquí tan temprano? ¿Qué hora era? Inclinando la cabeza, intenté localizar la voz en la sala de estar.

Mierda. Era Anthony. Me levanté de la cama y me vestí. Probablemente viniera a asegurarse de que estaba completando mi entrenamiento. Miles de otros pensamientos se agolparon en mi cabeza al mismo tiempo. Le había dado mi palabra y ya me estaba descuidando.

Abrí la puerta de un tirón, sin comprobar si mi atuendo estaba limpio o no, y, si era sincera, no creía que me importara. Cuando irrumpí en la cocina, los dos se sobresaltaron y me recogí el pelo detrás de las orejas. —Lo siento.

Anthony sonrió. —Ahí está con la que quería hablar.

Se me hizo un nudo en el estómago y estudié el suelo. —Todavía no me he acostumbrado a madrugar. No es lo mismo entrenar que sobrevivir en el pantano.

Anthony frunció el ceño y miró a Laura como buscando una explicación. —¿Ah, sí?

Laura enarcó una ceja y se cruzó de brazos. —Aún no trabaja, así que la mantengo ocupada hasta que tenga un trabajo fijo. Las cosas cambiarán cuando trabaje.

Se volvió hacia mí. —No importa. Vine a hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

Señaló hacia la puerta. —¿Te gustaría dar un paseo?

—¿Un paseo? A las...— Busqué un reloj, una hora, cualquier cosa. —¿Y tantas antes del amanecer?

Su boca se tensó y luego se relajó. —¿Has visto alguna vez el amanecer desde la playa?

Fruncí el ceño hacia el suelo y luego miré a Laura. —¿Esto es un maratón sorpresa por la playa descalzo o algo más para asesinar mis pantorrillas?

Ella se agarró el estómago, se dobló y se echó a reír. Cuando se enderezó, levantó las manos. —Esto no tiene nada que ver conmigo, Maury.

Anthony frunció el ceño de repente, sus ojos ámbar brillando. —Esto no es parte del entrenamiento.

—Oh. Entonces...— Me asaltó un pensamiento de pánico. —¿Me van a echar de la manada?

Su boca se frunció y se aclaró la garganta. —¿Habría alguna razón para echarte de la manada?

—No—, intervino Laura—. No se trata de eso.

—No es nada malo, Maury—, murmuró Anthony—. Sólo ven conmigo.

Me rasqué la nuca. —Entonces, ¿sólo quieres dar un paseo conmigo?

—Algo así.

—¿Podemos al menos parar a tomar un café?

—Creo que los dos lo necesitamos.



Abrió la puerta de una cafetería al final de la cuadra, y la puerta tintineó. No se apartó, por lo que tuve que pasar tan cerca de él que se me erizó la piel. No pude evitar la sensación de que tenía malas noticias que darme.

Nos pusimos en la cola. Una alegre camarera iba de un lado a otro, tratando a todo el mundo en la cafetería como si fuera su *persona favorita*.

¿Había descubierto algo sobre mi vida en el pantano? ¿O algún miembro importante de la manada no estaba de acuerdo con que fuera uno de ellos? Se me retorció el estómago. ¿Cómo podían arrebatarme de aquí antes de siquiera tener la oportunidad de asentarme? ¿Cómo iba a volver a dormir en el suelo de una choza después de dormir en una cama tan suave? Había sido fácil pasar de mi miseria en la casa de acogida al desierto de Luisiana porque me había ganado la libertad.

El amanecer aún no había roto el horizonte, pero las estrías de las nubes prometían un paisaje espectacular. Pedí un moca helado y él pidió un café con leche aromatizada con lavanda y menta gatuna.

Cuando la camarera nos entregó nuestras bebidas, le guiñó un ojo a Anthony y le entregó un trozo de papel con una serie de números.

Su expresión se tornó extraña y se lo metió en el bolsillo. —¿Quieres sentarte en el patio de enfrente o ir a la playa?

—Patio—, dije, sin querer prolongar lo inevitable.

Nos sentamos en un banco, mirando al este, mientras el sol golpeaba las nubes y las incendiaba. Después de beber un largo trago, señalé su taza. —Creía que los felinos no podían tomar lavanda.

—No, pero los humanos sí.

—¿Es buena? He oído que la menta gatuna es amarga cuando se usa como saborizante.

—Puede serlo si no se usa mal. Si se hace bien, también es mentolada y alimonada. Es ciertamente un gusto adquirido, pero produce un agradable zumbido feliz.

—Es extraño que puedas consumir lavanda, pero la lavanda es mala para los gatos

domesticados.

Se encogió de hombros. —Yo no hago las reglas y no a todos los cambiantes les gusta. Creo que Laura es sensible a ambas.

—Interesante.

El cielo pasó del amarillo pálido al naranja brillante y las nubes se tiñeron de rojo, como cicatrices furiosas. Me recordó a la herida de mi brazo, que había pasado de ser un corte a estar medio cicatrizada y convertirse en una roncha roja. Aunque había cambiado justo después del ataque, no se había curado como mi nariz. Era parte de la razón por la que no había sabido que cambiar tenía el poder de curar. Si se me permitía permanecer en la manada, tenía mucho que aprender de ellos.

Una ráfaga de viento recorrió el patio y miré a Anthony, casi esperando que se hubiera transformado en una impresionante pantera negra. Sin embargo, seguía siendo Anthony, la versión humana. Sus ojos captaron la luz del amanecer y mi corazón dio un vuelco cuando la luz del sol prendió fuego a sus iris, un poco como las nubes en el cielo.

Después de beber un largo trago, solté un profundo suspiro. —Nunca he tomado un café en un sitio como este. Laura me dijo que pidiera un moca.

—¿A qué sabe?

—A café con chocolate.

Levantó las cejas. —¿Te gusta el chocolate?

—Es una de las cosas que más me gusta. Sobre todo, el helado de chocolate—. Dejé de hablar porque no quería hablar de mi infancia. A pesar de lo mierdosos que habían sido los últimos dos años, habían sido mejores que la mayor parte de mi tiempo en el sistema de acogida. —¿Cuál es la mala noticia?

Giró la cabeza hacia mí, su expresión irritada. —¿Por qué supones que son malas noticias?

Me levanté de un salto del banco y me llevé la bebida. Era demasiado, él estaba demasiado cerca, lo que me estaba haciendo decir cosas que no quería decir en voz alta. —Anthony, ¿por qué iba a suponer que son buenas noticias?

No dijo nada.

—A uno de mis padres adoptivos le gustaba decir que las peores noticias vienen con los cielos más bonitos. —Sacudí la cabeza—. Lo odiaba porque siempre arruinaba los días más hermosos.

—No te entiendo.

—Vivía en camas prestadas, en sofás prestados, en vidas que tomaba prestadas de gente a la que pagaban por mantenerme. Cuando daba más problemas de lo que valía, me enviaban a la siguiente familia. La mayoría de ellas no eran buenas porque alguien, en algún lugar, me etiquetó como "problemática" y "difícil", sin investigar ni una sola vez por qué de repente me comencé a rebelar—. Me estremecí—. No le habría deseado ese infierno a nadie—. Apreté los ojos para bloquear los recuerdos y me sorprendí cuando sentí el calor de las lágrimas caer sobre mis mejillas—. Siempre esperaré que las noticias sean malas, y siempre esperaré que no me quieran.

Él respiró hondo.

Cuando no dijo nada, abrí los ojos, y la compasión que vi en su rostro estuvo a punto de romperme en mil pedazos.

—Maury—, dijo suavemente—. Me gustaría invitarte a cenar. Esta noche, si estás libre.

—¿A cenar?— Chillé, apretando mi vaso de café de plástico hasta que la tapa saltó—. ¿Contigo?

—Sí, conmigo.

—¿Podemos ir el miércoles por la noche?—. Me mordí el labio, tratando de no entrar en pánico al pensar qué ponerme. —No creo que pueda esta noche.

Sonrió. —Claro. Lo planearemos para pasado mañana por la noche. ¿Te parece a eso de las siete?

—Suenan bien—, dije, apenas capaz de contener la llamarada de nervios que me atravesó.



Después de que Anthony me dejara en el apartamento de Laura y se fuera, me pellizqué el puente de la nariz, presa del pánico. —No tengo ningún vestido.

—Pero yo sí.

—¿Y si no me queda bien nada?

—Entonces te diré que te lo quites y te pruebes otra cosa. Además, no creo que a Anthony le importe cómo te ves vestida.

Se me encendieron las mejillas y la miré con el ceño fruncido. —No digas eso. Nunca he hecho... *eso*—. Me aclaré la garganta—. ¿Qué hay en la agenda de hoy?

—Tenemos que encontrarte un trabajo. Si odias todo lo que hay en mi armario, con un trabajo al menos tendrás dinero para comprarte un vestido o pagármelo cuando te compre uno.

—¿Dónde coño voy a conseguir un trabajo? No sé hacer nada.

—Nos especializamos en formar a los nuestros en todos los puestos que podemos. He oído hablar de una vacante en una de las empresas propiedad de la manada. Tendrás que aplicar, pero valdría la pena.

—¿Haciendo qué?

—En una guardería.

—¿Tipo, como con bebés?— Me crispé.

Ella sonrió. —Los cambiantes también tienen bebés.

Me desinflé. —Bebés, bebés, claro, pero ¿por qué alguien me confiaría sus bebés?

—Porque ahora eres parte de la manada y si el alfa confía en ti, entonces nosotros también confiamos en ti.

Respiré hondo y lo solté lentamente. Cuidar a los niños de la manada sería una gran responsabilidad. Si es que conseguía el trabajo. No tenía ningún sentido para mí que lo hiciera, ya que nunca había cuidado a ningún niño, y mucho menos a un bebé. Ni siquiera en los hogares de acogida.

—Dijiste que los cambiantes no se convierten hasta que los muerden, ¿cierto?— Pregunté—. Es decir, ¿no voy a tener un bebé gateando un minuto y al siguiente un leopardo merodeando por el lugar?

Laura se rio. —No, no tendrás que lidiar con eso. Los niños no son mordidos hasta que son lo bastante mayores para comprender las consecuencias de sus actos. Como muy pronto, eso sería a los dieciséis. Normalmente, es alrededor de los dieciocho.

—Eso es un alivio.

—Ni siquiera tendrás que caminar mucho. La guardería de la manada está en el último piso de nuestro edificio, con acceso directo a un parque infantil en la azotea.

Me quedé boquiabierta. —¿Hablas en serio? ¿No tendré que aprender a tomar el autobús?

—Y no tendré que enseñarte a conducir.

—Oh, gracias a Dios. Sin embargo, no habría esperado que la guardería estuviera aquí.

—Tiene sentido; después de todo, la mayoría de las familias de la manada viven en la

residencia. Al menos las que viven en esta ciudad. Tenemos más miembros repartidos por la ciudad y el estado, pero los de Nueva Orleans suelen vivir aquí.

—Entonces, ¿cuándo puedo aplicar para este trabajo?

—¿Cuándo quieres?

—Mañana mismo.

—Me lo imaginé. Nos reuniremos con la dueña de la guardería por la mañana—, dijo.

Hice un bailecito, de repente todo nervios y excitación por conocer a la persona.

—¿Qué vamos a hacer de aquí a entonces?

Sonrió. —¿Qué crees?

—¿Entrenar?

Su sonrisa brilló. —Bingo.

capítulo dieciocho

MAURY

Martes

Con un grito ahogado, abrí los ojos y me catapulté de la cama, imaginándome la voz de Anthony en la sala de estar, pero cuando salí, no había nadie allí. No es que esperara que se retractara sobre nuestra cita —*¡nuestra cita!*— de mañana por la noche, pero podría haberse despertado y haber decidido que no quería salir conmigo.

No ayudaba que hubiera soñado que me atacaban de nuevo y que Anthony había aparecido en el sueño, rugiendo y salvándome. Luego tuvimos sexo. Acomodándome en el borde de la cama, esperé a que mi corazón se calmara.

Hoy tenía la entrevista. La manada no se andaba con bromas, ellos realmente buscaban el éxito de todos sus miembros. Todo resultaba un poco abrumador cuando me paraba a pensarlo.

Me puse una camiseta limpia y los calzoncillos recién lavados que Anthony me había prestado el día que irrumpí en su casa. Luego hice los estiramientos de calentamiento que Laura me había recomendado.

Mis músculos dolieron, quejándose de la paliza que me había dado el día anterior. Laura me había enseñado a zafarme de ataques, y a bracear para hacer palanca, así como a saber qué partes de mi cuerpo eran las más duras y las más adecuadas para golpear contra la cara de alguien. Donde el codo de un humano era fuerte, el nuestro lo era el doble por la genética de ser cambiante. Nuestras espaldas también solían ser más flexibles, incluso en nuestras formas humanas, y nuestros reflejos hacían que fuera más fácil caerse sin lesionarse.

Laura no estaba en la cocina, donde había esperado encontrarla, pero al lado de la máquina de café encontré una lista de ejercicios junto con un libro de historia sobre los cambiantes felinos. Había marcado un capítulo. Cuando eché un vistazo hacia su pasillo, su puerta estaba cerrada. Mis cejas se arquearon al ver la larga correa que colgaba del pomo de su puerta. ¿Tenía algún invitado?

Jugué con la cafetera hasta que supe cómo preparar un expreso doble y abrí el libro en el capítulo marcado, titulado *Prácticas de vinculación y apareamiento de los cambiantes felinos*.

—¿Estás de broma, Laura?— murmuré, levantando y soltando el libro varias veces seguidas. ¿Podría ser más obvia? Quería que leyera sobre sexo entre felinos. Sin embargo, no pude evitar que una sonrisa se me dibujara en las mejillas. ¿Pensaba que iba a tener sexo con Anthony? Si él preguntaba...

Bueno, tal vez sí. Entonces solté una risita como una adolescente tonta, contenta de que no estuviera aquí para oírme.

Incluso mientras me reía, abrí la primera página del capítulo y chillé ante las imágenes sexys.

Sin duda, este era un capítulo de "cómo hacerlo". Fruncí el ceño ante la primera imagen y sólo tenía una pregunta para la que de repente quería una respuesta. ¿Le gustaba a Anthony que le frotaran la barriga?

Me dirigí a la sala de estar, me senté en una silla cerca de la ventana y empecé a leer sobre las formas de relacionarse de los cambiantes felinos. Al parecer, había diferencias entre el apareamiento, la unión y el sexo. El apareamiento, o unión, era algo especial y creaba una pareja.

La mayoría de las parejas eran monógamas por elección, un vestigio de las prácticas típicas de la sociedad heteronormativa, pero todos los emparejamientos se celebraban. Me alegró que las manadas, en general, aceptaran la igualdad que la mayoría de nosotros deseamos. Animada, seguí leyendo hasta que llegué a una nota a pie de página con asterisco sobre algo llamado parejas predestinadas.

Así que salté al final del capítulo para leer la nota sobre el término, nuevo para mí. Seguía una breve descripción que indicaba que se creía que las parejas predestinadas existían, pero que hacía tiempo que se habían extinguido. La última pareja había fallecido a mediados del siglo XIX. No sabía lo que significaba todo aquello, pero la idea de que se hubieran extinguido me hizo querer saber más.

Un golpe seco resonó en el apartamento y estuve a punto de tirar el libro sexual contra el televisor. Me levanté del sofá, corrí hacia la puerta de Laura y llamé. Desgraciadamente, no se oyó nada dentro.

—¿Estás ahí, Laura? Hay alguien en la puerta. ¿Contesto?— No era mi casa y no sabía cuál era el protocolo habitual.

Laura no contestó, así que me arriesgué a abrir la puerta de su habitación. Sin embargo, estaba vacía.

Cuando volví a la cocina, encontré una nota debajo de un imán de un gato sin pelo en la nevera. Probablemente había estado allí todo el tiempo, pero yo había estado demasiado distraída con el libro de sexo gatuno.

M *aury,*

C *omprando comida.*

~L

M ierda. Me apresuré hacia la puerta y puse el ojo en la mirilla. Tal vez quienquiera que fuese se había dado por vencido y se había ido a otra parte. Nop. Una persona que no reconocí estaba de pie al otro lado de la puerta, balanceando su peso de un lado a otro.

Apoyó la oreja en la puerta, di un paso atrás y contuve la respiración, sin saber si podría oírme respirar a través de la puerta. ¿Tendría buen oído?

—¿Maury Powell? ¿Estás ahí?—, llamó.

Entonces quise entrar en pánico. ¿Quién sabía que yo estaba aquí? Bueno, para este momento, toda la manada.

Pulsé el botón del altavoz junto a la puerta. —Sí, estoy aquí. ¿Qué quieres?

Acercó la cara al altavoz. —Tengo una entrega para ti.

—¿De parte de quién?

—No lo sé. Lo dice en la tarjeta, pero no la he leído, señorita.

—¿Una entrega de qué?

—Es una sorpresa. Puedes abrir la puerta para ver. Te gustará.

Tamborileé los dedos en la parte trasera de la puerta. Quizá no debería ser tan paranoica, pero la vida me había enseñado a serlo. —¿Pero de quién es?

Suspiró. —¿Quieres que abra la tarjeta y te la lea?

—Sí, y luego la acercas a la mirilla.

Se agachó, fuera de vista, y luego se levantó. El sonido de papel siendo rasgado llegó a través del altavoz. —Esperando nuestra cita. Anthony.

No había terminado la frase cuando ya había abierto la puerta.

Una sonrisa enfermiza torció su rostro. —Tengo una sorpresa para ti, pero no son flores—. Se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. Se sentó a horcajadas sobre mí, me puso el codo en la barbilla y me rodeó el cuello con los dedos.

No podía respirar, toser ni hacer ningún ruido. Mi cerebro se esforzó por pensar con claridad en medio de mi pánico, por ordenar lo que Laura me había enseñado el día anterior, y fue como si me susurrara unas sencillas instrucciones al oído.

Cálmate, Maury. Levanta las manos, colócalas entre las muñecas de tu atacante, apoya el pie en el suelo e inclina las caderas hacia un lado.

Con cuidado, seguí cada paso y mandé al repartidor de flores volando hacia un armario de la cocina. Su frente chocó con la esquina, se quedó inerte y cayó boca abajo sobre el suelo.

Mierda. Mierda, mierda. Mierda, mierda. Jadeé al tiempo que maldecía. ¿Quién lo había enviado a atacarme? ¿Y por qué a mí? ¿Cómo habían entrado en el edificio?

Gimió y me puse en pie de un salto, buscando algo para atarlo. ¡La correa de la puerta de Laura! Salí corriendo por el pasillo, cogí el trozo de cuerda y aterricé sobre el repartidor, atándole las muñecas y luego anclándoselas a los tobillos. Retrocedí mientras el desconocido abría los ojos.

Me gruñó. —Vete a la mierda, perra. Que te jodan.

—¿Quién eres?

Me escupió a los pies. —¿No te gustaría a ti saberlo?

Cogí el auricular del teléfono fijo y estudié la guía que había en la parte delantera. Después de pulsar el cero, sonó la línea.

—Conserje—, contestó un hombre. No era Fred.

—Hola. ¿Puede enviar ayuda al 4C?

—¿Ayuda?

—Sí, un tipo me atacó.

—¿Esto es una broma?

—No, definitivamente no es una broma. Necesito que llames a Anthony y luego al celular de Laura. No tengo ninguno de los dos números—. Bajé el auricular junto a la cara de mi

prisionero.

Gritó más improprios, como yo esperaba que hiciera y luego colgué.

Volví a mirar hacia la puerta, sorprendida al ver que no se había cerrado porque algo parecido a un tallo se asomaba por ella. ¿Había habido realmente flores?

Tiré de la puerta hacia dentro y se me cortó la respiración. Rosas, claveles, clavellinas y otras flores que no pude identificar estaban desparramadas en el piso.

Unos pasos resonaron y Anthony apareció al final del pasillo. Miró al suelo, probablemente a las flores, luego levantó la mano y comenzó a aporrear la puerta.

Antes de que la derribara, abrí la puerta de golpe y él irrumpió en la habitación.

—¿Quién coño ha hecho esto?— Su mirada ardiente se posó en el hombre atado en el suelo—. ¡Tú!

El hombre intentó revolverse sobre la baldosa, pero no se movió ni un centímetro. Anthony lo levantó del suelo.

—¿Adónde lo llevas?

—Quédate aquí.

—Anthony, ¿a dónde lo llevas?

—Quédate aquí, Maury—, bramó—. Esto es asunto de la manada.

Laura apareció en el umbral del apartamento, sosteniendo las compras en bolsas reutilizables y con Kobie muy cerca.

Anthony se interpuso entre los dos, y Kobie giró y se fue con su alfa. Intenté seguirlos, pero Laura me atrapó.

—No, Maury, déjalo hacer lo que tiene que hacer.

Intenté zafarme, pero ella no me dejó ir. —¿Qué le van a hacer?

—Interrogarlo, desterrarlo y buscar el fallo en nuestra seguridad. Déjalo ir.

—No quiero que lastime a ese tipo por mi culpa.

—¿Quieres parar?

Fruncí el ceño. —¿Ah?

—No se trata de ti. Se trata de nuestra manada y de mantenerla a salvo. Eres parte de nuestra manada. Deja que el alfa haga lo que hace un alfa.

Mis hombros se cayeron y suspiré. —No lo entiendo.

—Lo sé—, dijo ella—. Vi las flores. ¿Así fue como entró?

—Sí, dijo que eran de Anthony.

Sus cejas se alzaron. —¿Y si lo eran?

—No lo sé.

Asomé la cabeza al pasillo y recogí del suelo la tarjeta abierta. La abrí y la levanté para que Laura pudiera leerla. —¿Es la letra de Anthony?

Se rio entre dientes. —Sí.

—¿Eran realmente de él?

—Es probable. Tienen una cita mañana, ¿o no?

—¿Era el verdadero repartidor de flores?

Laura estudió las flores y luego salió al pasillo. —Vamos.

Bajamos por la escalera hasta el primer piso y una ráfaga de viento llenó la escalera cuando Laura se convirtió en un precioso puma. Sus ojos destellaron en fuegos violetas y salió a zancadas de sus ropas destrozadas.

Jadeó como si estuviera olfateando el aire. Luego puso la pata en la puerta que daba a la escalera y retrocedió, así que abrí la salida. Salió corriendo y yo la seguí.

Finalmente, rugió y se detuvo en el cuarto de limpieza, arañando la superficie. Me apresuré hacia el mostrador del portero.

—Oiga, oiga, ¿tiene las llaves de este cuarto?— El tipo saltó del mostrador con un llavero tintineando en la mano. Corrió hacia la puerta y Laura retrocedió.

El portero abrió la puerta y un hombre inconsciente y amordazado cayó al suelo.

Laura volvió a su forma humana y se le dibujó una sonrisa en la cara. —Ahí está tu repartidor de flores.

Desvié la mirada, sin saber muy bien adónde mirar, ya que mi amiga estaba tan desnuda como Anthony el primer día que nos conocimos.

Se giró hacia mí y me rodeó con el brazo. —¿Lista para elegir qué ponerte para la entrevista?

—Eh, claro—, dije, conteniendo una sonrisa por la ironía de que me estuviera preguntando eso cuando estaba desnuda.

—Tengo una pregunta—, dije, mientras el portero ayudaba al repartidor de flores a levantarse y dirigirse a la recepción.

—Dime.

—Había una correa en el pomo de tu puerta cuando me levanté. Es lo que usé para atar al tipo. ¿Por qué estaba eso en tu puerta?

—Ayer tuve un invitado—. Dijo sin pestañear—. De vez en cuando tengo invitados. Ven, vamos. Volvamos al apartamento.



—¿Qué me pongo para una entrevista?— Susurré ante el armario de ropa que no era mía en el apartamento donde nada me pertenecía. —¿O para una cita?

Cogí una camiseta de arcoíris y me la puse por encima. —¿Crees que esto sería demasiado atrevido?—. La devolví al armario y me decidí por la verde.

Laura no contestó. Probablemente porque no podía oírme desde la ducha.

Sabía que me estaba aprovechando. Pero no me importaba. Los años que pasé en el pantano me habían envejecido más que cualquier otra cosa. Conseguir y mantener un trabajo no era algo que pudiera haber hecho en el pantano.

Aquí al menos ya tenía una entrevista programada con la señora de la guardería. ¿Cómo había dicho Laura que se llamaba? No recordaba.

Quedarme en este apartamento me mantenía cerca de Anthony... con quien tenía una cita pronto.

La idea de tener una cita con el alfa hizo que algo revoloteara en mi pecho. El ramo de flores que me había enviado estaba en mi mesilla de noche, apenas aplastado por el forcejeo de antes.

Me coloqué la camisa verde por encima de la cabeza y la metí dentro de los cargos caquis. Un cinturón de piel sintética me rodeaba la cintura.

Laura apareció frotándose el pelo con una toalla.

Extendí los brazos. —¿Qué te parece?

—Me gusta. Shannon no podrá decirte que no—. Asintió una vez y luego levantó una ceja. —Oye, no me contaste cómo te liberaste del repartidor falso.

Torcí la boca y me encogí de hombros. —Utilicé algunos de los movimientos que me enseñaste en mi entrenamiento.

—Buen trabajo. Otra pregunta.

—Dime.

—¿Cómo te hace sentir ser capaz de defenderte?

Estudié el suelo, considerando su pregunta. —Me hace no tener tanto miedo. Lo golpeé y lo até, por lo que sé que no volverá a molestarme.

Ella asintió. —Esa es sin duda una de las ventajas de saber defenderse. Te dije que sería útil, pero no pensé que lo usarías tan pronto.

—Yo tampoco.

—Vamos. Subamos.

La amable mujer nos recibió en la guardería. —Me llamo Shannon Winter—. Me miró y luego ofreció su mano. —Bueno, te ves bastante fuerte.

—¿Bastante fuerte?— repetí.

—Los bebés y los infantes en general son pesados. Veinte kilos por lo mínimo. ¿Puedes levantar veinte kilos?

—No lo sé.

Señaló una caja grande que tenía al lado. —Inténtalo. Llévala a la trastienda.

La levanté con más facilidad de la que esperaba, la llevé a la trastienda y la coloqué en un rincón antes de volver a la sala principal.

—Bien—, dijo—. Bueno, llegué al punto en que estoy lista para retirarme del negocio y me gustaría trabajar menos horas. Para ello, tengo que contratar a un subdirector. Me imagino que querrás saber lo de la paga.

Asentí. *Subdirector*, sonaba muy elegante. —Claro. ¿Cuál es el sueldo?

Mencionó un sueldo anual que me hizo abrir los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿De verdad pagan tanto?

—Serás responsable de la próxima generación. ¿Quieres menos?

No supe qué responder. Tal vez no fuera mucho, pero sonaba como mucho para mí, una persona que nunca había ganado nada en su vida.

—¿Segura? No tengo experiencia—, dije finalmente.

Me guiñó un ojo. —En la manada cuidamos a los nuestros—. Se puso las manos en las caderas—. Si quieres el trabajo, es tuyo. Estoy segura de que te irá bien. Tengo un buen presentimiento sobre ti.

Me entraron ganas de saltar. —¿Cuándo quieres que empiece?

—Mañana por la mañana, si estás disponible.

—Claro—. Esperaba que mi grito no la hiciera reconsiderar su decisión de contratarme. *Oh, mierda*. Ahora necesitaba una cuenta bancaria.

capítulo diecinueve

MAURY

Miércoles

Me sudaban las palmas, pero me las limpié en los pantalones y entré de todos modos. Saludé a Shannon, que estaba detrás del mostrador, frente a un banco lleno ganchos y cubos. El lugar seguía tranquilo. Había llegado una hora antes de que empezaran a recoger y dejar a los niños porque había estado levantada y paseando desde antes de que sonara el despertador esa mañana. Laura finalmente me gritó que subiera. Milagrosamente, no había tenido pesadillas, al menos hasta que me levanté y empecé a preocuparme por todo lo que podía salir mal.

Tenía cero experiencia con bebés y aun así Shannon me había contratado. Francamente, tenía cero experiencia como empleada, pero que hubiese bebés involucrados me asustaba más. Tenía algo de experiencia con niños. Las casas de acogida eran una mina de niños, pero nunca había sido responsable de un bebé.

¿En qué había estado pensando Shannon al contratarme? No es que me estuviera quejando. Para nada, yo quería el trabajo, los ingresos y la independencia. Tal vez podría conseguir mi propio apartamento e invitar a Anthony a mi casa.

—¿Lista para trabajar?— Shannon llamó—. Tenemos un par de auxiliares que vienen hoy después de que comiencen a llegar los niños, pero te enseñaré cómo llevar las cosas cuando yo no esté aquí. Más tarde, esta semana o la próxima, te certificaremos en RCP para humanos y felinos.

Tropecé. —¿Felinos? Tenía entendido que los niños no cambiaban.

—Oh, no, es verdad. Nadie da el mordisco hasta que tienen más o menos dieciocho años, pero sus padres sí cambian, y me gusta estar preparada para cualquier cosa.

—Tiene sentido—. Miré a mi alrededor—. ¿Qué hacemos primero?

Tomó asiento frente a la computadora de la recepción, la encendió y la pantalla parpadeó mientras ponía una pila de cartulinas de colores sobre el escritorio. —Con el primer día del mes tan próximo, vamos a preparar las facturas de la guardería. Las enviaremos a las direcciones de correo electrónico que tenemos archivadas.

—Entendido—. Estudié las caras en la pantalla mientras Shannon las recorría—. ¿Cuántos hijos tienen la mayoría de los padres?

—Varía de una familia a otra—, respondió—. La mayoría de las familias tienen entre dos y cuatro— Señaló la cartulina—. Después de programar las facturas para enviarlas, tenemos que recortar veinte corazones para usarlos en manualidades. Aquí tengo el horario de hoy—. Me dio una copia impresa—. La hora de la siesta será tu momento favorito del día.

La hora de la siesta... Probablemente querría mi propia siesta para entonces. —¿Cuántos niños vendrán hoy?

—Estamos preparados para veinte menores de diez años, la mayoría menores de seis años, y luego tendremos otra docena más o menos cuando acaben las clases. Todos con más de diez años.

—Entonces... ¿alrededor de treinta?

—Menos de lo que nos permite la ley con cuatro de nosotros aquí, pero nos gusta mantener nuestros grupos más amigables para los maestros.

Ya me sentía abrumada. Las dos auxiliares eran jóvenes de la manada y aparecieron antes de que comenzaran a llegar los niños. Una de ellas se encargó de la puerta. Dejaba entrar y salir a los padres, saludando a todo el mundo y llamando a casi todos por su nombre.

Primero llegaron unas gemelas parlanchinas de casi cuatro años llamadas Freya y Felicia. Hablaban de un programa que habían visto esa mañana, sus ojos brillantes con entusiasmo. Llevaban lentes a juego, una con montura rosa y otra con montura morada. Eran adorables.

Cuando el trío entró, se detuvieron en el mostrador y mamá se puso a su altura. —¿Recuerdan lo que les dije?

—Tenemos una nueva profesora—, dijeron al unísono.

—¿Cómo se llama?

—Srta. Maury.

—Así es—, dijo su madre y luego las condujo hacia mí—. Aquí está.

—Hola, señorita Maury—, dijeron juntas, derritiendo mi corazón.

La mamá se levantó y me entregó sus pequeñas mochilas. —Me llamo Rachel. Encantada de conocerte, Maury. Estaba en la barbacoa con mi pareja, pero no pudimos saludarnos.

—Encantada de conocerte—, dije, dudando que la hubiera recordado, aunque se hubiera presentado esa noche—. ¿Te parece bien que las lleve a su salón?

Rachel se agachó, les besó las mejillas y les susurró algo al oído antes de girarse hacia mí. —Sí, gracias. ¡Tengan un buen día, niñas!

Me ofrecieron sus manos y vi que sus uñas tenían destellos por todas partes.

Les cogí la mano. —¿Listas para pasar un buen día?

Se cogieron la mano mutuamente y saltaron a mi lado mientras los conducía al aula. Diez pequeñas mesas semicirculares llenaban la sala con tres sillas en cada una. Las gemelas chillaron y corrieron hacia la misma silla en el extremo opuesto de la sala. Tardaron cinco segundos en llegar a un acuerdo y luego tomaron asiento. Felicia se sentó al final y Freya en el centro. Colgué sus maletas en los ganchos bajos de la pared.

Me sonrieron.

—¿Qué clase de felino eres?— preguntó Felicia.

—Soy un leopardo.

Freya juntó las manos e hizo un pequeño baile. —¿Podemos verlo? Nuestra mamá es un tigre naranja. Ruge muy fuerte.

Me arrodillé para estar a su altura —Todavía estoy aprendiendo a convertirme en leopardo, no se me da muy bien.

Felicia me puso la mano en el hombro. —Mamá dice que es difícil y requiere mucha práctica y que por eso los niños pequeños no pueden hacerlo.

—Es duro para nuestros huesos—, se rio Freya—. Así que primero tenemos que hacernos grandes.

Había pensado que me haría sentir peor tener que admitirlo en voz alta, pero no fue así.

—¿Podemos colorear?— preguntó Freya.

Felicia soltó la mano. —¡Tenemos colores nuevos!

—Claro.

Cogí un par de hojas en blanco del escritorio de la profesora. Las niñas salieron corriendo hacia sus bolsos, los tiraron al suelo, chillaron un poco más, cogieron sus colores y volvieron corriendo. No recordaba haber sido nunca tan despreocupada de niña, y se me salieron las lágrimas mientras devolvía las mochilas a sus ganchos.

No porque sintiera lástima conmigo misma, sino porque era algo hermoso mantener a estos niños a salvo de una forma en la que yo no lo había estado. Quizás ya me estaba enamorando un poco del trabajo.

A medida que avanzaba el día, entraban más y más bebés, y cada vez más y más me dejaban el corazón hecho papilla. Todos los padres parecían contentos de conocerme, e incluso vi a algunos que reconocí. Shelly trajo a un niño de dos años llamado Mason. Llevaba una falda escocesa rosa y una cresta, y era increíble lo elocuente que era.

Parecía que todo el mundo quería que formara parte de la mana y, a pesar del percance con el repartidor de flores, a ninguno le importó que me quedara con sus hijos.

Me enamoré unas veinte veces de tantos niños. Antes de darme cuenta, el día había pasado volando y mi primer turno como miembro remunerado de la manada había terminado.

En la tranquilidad de la guardería vacía, limpié las mesas de manualidades y utilicé toallitas antibacteriales en las cunas. Shannon había tenido razón al decir que me alegraría cuando llegara la hora de la siesta. Disimulé un bostezo con el codo mientras seguía trabajando alrededor de las mesas. Me había pasado todo el rato meciendo a los bebés más pequeños, besándoles la cabeza y maravillándome de lo diminutos que eran.

—Maury—, llamó Shannon—. Alguien quiere verte.

Tiré las toallitas usadas a la basura y me restregué las manos en los pantalones, examinando mi trabajo. —Ya voy, Laura—, llamé—. Deja que guarde el material de limpieza.

Pero Laura no contestó, supuse que era porque estaba hablando con Shannon. No había traído nada conmigo esta mañana porque no tenía nada de todos modos. Guardé los productos de limpieza en el armario y volví a cerrar la puerta antes de apresurarme hacia la entrada de la guardería.

Al llegar a la recepción, me detuve en seco. —¿Dónde está Laura?

—Laura no está aquí—, dijo una voz grave y familiar con un gruñido sexy.

Se me erizó la piel y una oleada de calor se deslizó por mi vientre, enroscándose y descendiendo hacia el lugar que ningún hombre había explorado nunca.

Anthony estaba de pie en la guardería, esperándome con las manos en la espalda. Llevaba una camisa abotonada ceñida al cuerpo que resaltaba todos aquellos músculos que me gustaban. Sus caquis apretaban su cintura, y el bulto de sus pantalones...

Era increíble cómo en veinticuatro horas ya había olvidado lo alfa, lo macho, lo absolutamente sexy que era Anthony. O lo fuerte que podía ser mi reacción hacia él.

No me acerqué más, completamente desconcertada por su visita sorpresa. Quise balbucear lo guapo que se veía, pero me las arreglé para controlar mi lengua. *Uf*. Después de cuidar niños todo el día, tenía que estar hecha un desastre, y no quería verlo antes de poder ducharme y lavarme el pelo.

Shannon cogió un puñado de papeles y trotó hacia mí, fingiendo que se dirigía a la trastienda. —¿Estás bien?—, susurró—. Yo termino aquí, puedes irte.

—Estoy hecha un desastre.

Me empujó con el codo. —Te ves bien. Sal de aquí.

Avancé a trompicones un par de pasos, tan desgarrada como los niños de un año que aún estaban aprendiendo a andar. —¿Qué haces aquí?

—Tenemos una cita esta noche—, dijo como si yo pudiera haberlo olvidado.

—Se suponía que tenías que recogerme en casa de Laura—, siseé, acercándome. —No aquí.

—Me moría por verte—, dijo, haciéndome papilla—. Y te debía unas flores después de que las otras se estropearan.

—Tú no las estropeaste—, murmuré.

—No, pero era una buena excusa para traerte flores—. Sacó las manos de su espalda y me mostró el ramo que sostenía, más grande que el que había enviado el día anterior.

—Me estás consintiendo— dije—. No tienes que hacer todo esto.

—Bueno, también puede que las flores fueran una buena excusa para acompañarte a casa y asegurarme de que no volvías a correr peligro—. Una dureza brilló en sus ojos, y luego desapareció.

—Tengo que volver a casa de Laura para bañarme y cambiarme—. Quería preguntar por el repartidor, pero él era el alfa y sabía lo que estaba haciendo—. ¿Te parece bien?

—Oh, no me importa—, dijo y le hizo un guiño cómplice a Shannon antes de que ella se escabullera, probablemente intencionadamente—. Y si veo a alguien sospechoso por el camino, tendré la oportunidad de arrancarle miembro por miembro—. Luego sonrió como si no hubiera dicho nada remotamente violento.

No supe cómo reaccionar. Su furia casi me asusta. Hace una semana, su intensidad me habría desconcertado, pero aquí... ahora... no. Algo en él me calmaba, y supe que estábamos destinados a estar juntos. Estábamos conectados de una forma que no comprendía.

Estudió mi cara. —Maury, ¿quieres que me vaya?

Mis mejillas se calentaron. No supe cómo reaccionar ante el alfa. El rumor no tardaría en extenderse por toda la manada y no tenía ni idea de lo que pasaría entonces. ¿Qué dirían de su alfa acostándose conmigo? Porque, mientras miraba fijamente sus ojos ámbar, supe que sería a Anthony a quien me entregaría y de quien tal vez nunca me recuperaría.

Unos pasos anunciaron el regreso de Shannon.

—¿Está bien si me voy, Shannon?— pregunté sin mirarla.

—Por supuesto. Que pases buena noche. Nos vemos por la mañana.

Anthony me ofreció su brazo y me acompañó fuera de la guardería.

capítulo veinte

ANTHONY

Maury se agarró a mi codo como si fuera su salvavidas mientras la acompañaba al apartamento de Laura. Quise acercarla más, piel con piel. Ella no tenía ni idea de lo atractiva que se veía acurrucada en contra de mí. Una gran parte de mí esperaba que Laura no estuviera en casa. Cuando llegamos a casa de Laura, puse la mano en el escáner y la lucecita parpadeó dos veces, se puso verde y la puerta se abrió de golpe.

La mirada de Maury se entrecerró. —¿Tú solías ser el compañero de piso de Laura?

Lancé una carcajada y entré, disfrutando de su pequeño brote de celos. —¿Y qué si lo fui?

Se soltó de mi codo y me soltó la mano. —No sé cómo me sentiría. Me ha ayudado tanto que no creo que quiera salir con su ex. No sé quién era su compañero de piso, pero me gustaría hablarlo con ella primero.

Maury no se detuvo como para que yo respondiera a su inquietud, en lugar de eso recorrió el apartamento llamando a Laura, quien no respondió y claramente no estaba allí.

Cuando Maury regresó, la acerqué y le respondí. —No, no soy el ex de Laura. Puedo entrar en cualquier apartamento que quiera porque soy el alfa, pero también porque soy el dueño de los dos edificios. Soy básicamente el arrendador y soy el tipo al que todo el mundo llama cuando hay algún problema con alguno de los apartamentos.

—Oh. Tiene sentido—. La tensión desapareció de su cuerpo.

—Generalmente las cosas que digo tienen sentido.

Se mordió el labio inferior y la indecisión cruzó su rostro.

—¿Qué pasa?

—Tengo que cambiarme, y tú estás aquí.

Di un paso hacia ella, un torrente de mis fantasías sobre Maury desnuda se deslizó por mi mente. No importaba lo que imaginara, sabía que ella sería cien veces mejor. —¿Qué te preocupa?

—No lo sé. La amabilidad no es algo a lo que esté acostumbrada y desde que llegué no ha habido más que amabilidad.

Di otro paso, pero ella no retrocedió como la noche que se coló en mi apartamento. —¿Eso es malo?

—No sé cómo actuar—. Apretó la boca y se le formó una arruga entre las cejas—. Podría decepcionar a todo el mundo en cualquier momento.

—Lo dudo mucho, Maury. Probablemente esperas más de ti de lo que nadie aquí espera... —Eché un vistazo al apartamento—. Bueno, quizá aparte de Laura.

No me miró, mantuvo la vista en el suelo.

Le cogí la barbilla y saqué la suavidad de su piel. Las cosas que le haría... —¿Hay algo más

que te esté molestando?

Me miró y las lágrimas se acumularon en el interior de sus ojos. —¿Qué pasó ayer con ese tipo?

Apreté los dientes, irritado de que quisiera saber sobre eso ahora. —Me hice cargo de él.

—¿Qué significa que "Te hiciste cargo de él"?

—Te atacó y luego intentó asesinarte, Maury. Habría tenido éxito si Laura no te hubiera entrenado. ¿Has pensado en eso?

Se llevó la mano al cuello y se estremeció. —Supongo que es verdad.

—Sí, es verdad, es por eso lo enviamos a la cárcel... después de sacarle toda la información que pudimos.

—¿No lo mataste?—, preguntó, su voz contenía un temblor.

—No, no lo maté. No puedo prometer que haya llegado a la policía en el mismo estado en que estaba cuando me lo llevé, pero no lo maté. Nunca tuve intención de acabar con su vida, Maury—. ¿Cuándo dejaría de hablar del imbécil que la atacó? Habría estado en mi derecho de matarlo. Maury era mi alma gemela.

Mierda. Mierda. Mierda. Mis pensamientos se detuvieron. ¿Mi alma gemela? ¿De verdad había pensado eso? ¿Tan lejos había llegado ya? Parpadeé cuando Maury repitió algo.

—¿Qué dijiste?— Pensaría en eso cuando no estuviéramos juntos, porque no creía que fuera algo para lo que ninguno de los dos estuviera preparado.

Me miró con el ceño fruncido. —¿Sabía algo del Solitario?

—¿De verdad vamos a hablar de esto ahora? ¿No necesitas cambiarte?

—Tengo curiosidad.

—¿Podemos hablar de ello durante la cena? Me muero de hambre.

—Está bien. Dame un minuto—. Salió corriendo a un pasillo y volvió diez tortuosos minutos después con un vestido largo y suelto y un par de sandalias de tiras en las manos. El pelo le caía sobre los hombros en ondas y rizos. —¿Qué vamos a cenar?

—Depende de lo que quieras. Estaba pensando en tacos callejeros. ¿Te parece bien?

Sus musculosas piernas se deslizaron por la amplia abertura de la mitad inferior del vestido y devoré cada centímetro de ella con la mirada. El silencio se prolongó. La profunda "V" de su escote también atrajo mi mirada, y quise enterrar mis manos en su pelo y devorar su boca con las mías.

—Lo que quieras — dijo, demasiado complaciente, y se inclinó para abrocharse las sandalias de tiras.

No me gustó su indiferencia, pero lo dejé pasar. —. Conozco un sitio genial de tacos callejeros, propiedad de un cambiante.

—Suená bien.

Mi ceño se frunció automáticamente. —¿Te gustan los tacos callejeros?

Puso las manos en sus caderas. —¿Por qué lo preguntas de esa forma?

—Porque no quiero que evites decir lo que te gusta por miedo a ser echada de la manada. Mientras descubres quién eres, quiero amar a la persona que eres. Así que— Me crucé los brazos y puse mi mirada alfa más severa—, ¿te *gustan* los tacos callejeros?

Su expresión se torció. —Creo que sí. Digo, sé que me gustan los tacos, pero no estoy segura de saber la diferencia entre un taco de un sitio de comida rápida y los tacos callejeros. En mi repertorio no está esa comida. Comía de los contenedores, Anthony, y odio hablar de mí porque he tenido una vida de mierda hasta ahora—. Levantó las manos—. ¿Y cómo no voy a preocuparme de perder... perder... todo esto? ¿Puedes darme algo de tiempo para

acostumbrarme? Llevo toda la vida esperando a que caiga el otro zapato.

El pulso le latía con fuerza en la base del cuello y no pude apartar los ojos de ella. Mis latidos retumbaban, un eco de los suyos. Como a cámara lenta, sucumbiendo al trance en el que me había sumido, cerré el espacio que nos separaba.

Con cuidado, apoyé la mano en su mejilla. —Maury, nunca te desterraré de nuestra manada. Ahora que estás aquí, no puedo dejarte ir. Laura no me dejaría.

Ella se rio y sus ojos brillaron en mi dirección. —Es fácil de decir. No tienes ni idea de lo mucho o lo mal que puedo meter la pata. O lo cansado que puedes llegar a estar de todo el drama que parece seguirme.

—Nunca—. La acerqué más, con la intención de abrazarla como un amigo.

Pero su pierna desnuda rozó la fina tela de mis pantalones y una oleada de lujuria hizo que un bulto se me comenzara a formar en la entrepierna. Me aparté ligeramente, pero fue demasiado tarde.

Sus ojos se abrieron de par en par, miró entre nosotros y levantó las manos hacia mi pecho, extendiendo los dedos sobre mis pectorales. —Anthony.

Gemí cuando el aroma de su excitación se alojó en mi cerebro, poniéndome el pene duro como una roca y casi haciéndome perder el control. —Maury. Si me sigues tocando así, no me podré contener

—Oh, bueno, yo...

La abracé una vez y luego me aparté. —No es nada por lo que tengas que disculparte, pero a menos que quieras pasar toda la noche aquí, probablemente deberíamos irnos.

—Tacos callejeros entonces—, dijo—. Déjame dejarle una nota a Laura para que sepa que llegué a casa y que me recogiste.

Pero no pasé por alto la forma en que su expresión cayó. Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que la señorita Maury Powell terminara en mi cama, y no creía que nunca sería capaz de dejarla ir.

—¿Tienes hambre?— Pregunté, y no estaba hablando de comida.

—Sí—, dijo ella.

Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, se me ocurrió una idea y sonreí como hacía días que no lo hacía. Tal vez la señorita Maury Powell se acostaría conmigo.

capítulo veintuno

ANTHONY

El local estaba cerca del centro de Nueva Port Orleans, junto al distrito histórico, a unos tres kilómetros de mi *Galería de Arte Cool Cats*, al otro lado de nuestra casa. Aquella noche fuimos al restaurante en mi carro, aunque podríamos haber ido caminando.

Una parte del exterior de ladrillo estaba recubierta de estuco blanco y la fachada parecía estar desprendiéndose por el deterioro. Una especie de enredadera crecía por la pared y por encima del edificio. Sólo podían permitirse semejante decoración porque no estaban en el casco antiguo. En esa parte de la ciudad había todo tipo de normas de construcción.

Maury no llevaba bolso ni nada que no fuera ella y le abrí la puerta para que entrara en el restaurante.

Había una cola de clientes en la sala de espera y me acerqué al mostrador. —Una mesa para dos a nombre de Anthony.

La anfitriona levantó la vista y parpadeó rápidamente. Me reconoció y se encogió. —Oh, Alfa, hola.

—¿De cuánto es la espera?

—Veinte minutos. ¿Te parece bien, alfa?

—Sí, está bien.

—¿Quieres algo del bar? Invita la casa— La anfitriona sonaba sin aliento, casi como si estuviera a punto de desmayarse. Probablemente había recibido un largo sermón de sus padres sobre el alfa y su importancia para la manada. Probablemente, acababa de terminar un libro sobre la manada de New Port Orleans en su escuela.

—Claro—, dije—. Un whisky en las rocas—. Dibujando mis dedos sobre el brazo desnudo de Maury, atraje su atención hacia mí.

Se estremeció antes de levantar sus ojos. —¿Sí?

En ese momento, quise saber cómo sonaría su sí en mi cama. *¡Sí, Anthony! Sí, Anthony.* Me aclaré la garganta e intenté volver a pensar en algo menos... excitante. —Uh, ¿quieres algo de beber?

—Uhm, ¿agua?

—Del bar. ¿Querías algo de beber del bar?

—Oh. Un Texas Ranch Water—, dijo Maury.

Miré a la camarera para asegurarme de que había oído el pedido, quién se volvió a encoger y se alejó corriendo.

Cuando se hubo ido, le di un codazo a Maury con una sonrisa, tomando cualquier oportunidad para volver a tocarla. —Has estado saliendo con Laura.

—No debería ser sorpresa, la convertiste en mi mentora, después de todo—, bromeó. Sus

ojos brillaron en la penumbra del íntimo restaurante. Señaló a nuestro alrededor—. Esto no es lo que esperaba cuando dijiste tacos callejeros.

—Quería buenos tacos callejeros. Aquí sólo utilizan los mejores ingredientes y se abastecen localmente. Además, conozco al chef.

—¿Quién es el chef?

—Te lo presentaré más tarde, pero fue uno de los primeros cambiantes que invité a la manada cuando me convertí en alfa.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Veinte años.

—¿Tan viejo eres?

—¿Viejo? Bueno, ¿cuántos años tienes tú?

—¿Diecinueve?—, dijo ella, pero su voz terminó en la cadencia ascendente de una pregunta—. O eso creo. Es difícil estar segura porque no tengo copia de mi partida de nacimiento. Tengo la edad suficiente para ser legal para la mayoría de las cosas que quiero hacer, no es que me importara mucho cuando robaba para sobrevivir.

—¿Era difícil?

—¿Robar para sobrevivir?— Hizo una pausa—. La verdad es que no. Tenía hambre, y cuando pasas hambre durante días y días, y no sabes muy bien de qué huyes, pero huyes de todo, no tienes tiempo para regodearte en payasadas filosóficas sobre lo correcto y lo incorrecto. Sólo sabes que, si no comes, morirás, y si no robas, no comerás.

En ese momento apareció un camarero y me sirvió dos copas. Le di un sorbo a mi whisky, saboreando el ardor. —No puedo decir que haya experimentado algo así antes.

—Es lo que había—. Su tono se había vuelto brusco, como si quisiera cerrar la puerta a un capítulo doloroso de su vida. Me dio la impresión de que robar no era su forma preferida de sobrevivir. No le había gustado vivir así, pero nunca le habían dado una oportunidad de cambiar su forma de vida.

Yo nunca había experimentado eso en mi vida. Siempre había formado parte de nuestra manada, y en nuestra manada cuidábamos de los nuestros. Ninguno de nosotros tenía que estar solo.

Veinte minutos más tarde, nos dirigimos a una mesa en la parte de atrás, el hielo de nuestras bebidas traqueteando mientras recorríamos las mesas. La camarera nos sentó en un pequeño reservado y nos dio un menú.

Primero saqué la silla de Maury, la senté a ella y luego me senté yo.

Ella señaló el menú. —Nunca he comido tacos de postre.

—Prefiero los rollitos de tarta de queso.

—Eso suena... diferente.

Un hombre con un abrigo raído tropezó por el comedor, hacia los baños, murmurando sobre el fin del mundo. Pero no le presté mucha atención.

Un camarero rondaba cerca y, en cuanto nos acomodamos, apareció al borde de nuestra mesa.

—Alfa—, hizo una leve reverencia y luego se volvió hacia Maury—. Señora.

Maury hizo una mueca ante el "señora" y yo tuve que disimular una sonrisa bajo la mano.

—Tenemos varias especialidades, si desea conocerlas—, continuó el camarero—. O, si lo desea, puede pedir algo fuera del menú.

—Yo quiero tacos callejeros—, intervino Maury, mirándome por debajo de sus pestañas—. He oído que aquí son muy buenos y quiero probar los más populares.

El camarero asintió. —Así es. ¿Los quiere picantes?

—No.

—¿Y qué le gustaría al alfa?

—Lo mismo, pero picantes.

—Muy bien. ¿Quieren algo más de beber?

—Otra ronda, y por favor trae agua también—. Hizo una reverencia y se fue corriendo.

Una hora después, mientras continuamos cenando, Maury se movió sobre su silla y cruzó las piernas. Su pie rozó mi rodilla, encendiendo algo en mí. Le cogí la pierna y le acaricié la pantorrilla con el pulgar, atento a su expresión.

Bajó el taco. —¿Qué haces?

—¿Quieres que pare?

—No lo sé. ¿Crees que alimentarme con tacos, acariciarme la pierna y decirme que soy guapa me hará caer rendida a tus pies?

Solté una carcajada. —Algo así.

—¿Y luego qué harás?—, preguntó en un susurro.

—Lo que tú decidas—, dije.

—Lo que yo decida—, repitió—. No estoy segura de haber tenido nunca la oportunidad de decidir nada.

—Espero cambiar eso.

—Ya lo has hecho de muchas maneras.

No se apartó de mí ni me dijo que parara. De hecho, se empujó hacia mi caricia.

Y no pude detener mis pensamientos, confundido. Mi pene reaccionó a su estímulo, e intenté atemperar mi respuesta con sensatez. Seguir por este camino nos metería a los dos en problemas, y aún quería averiguar por qué reaccionaba como lo hacía con ella. Cuando pasaba veinticuatro horas sin verla, ya me sentía vacío, y eso no tenía sentido. No la conocía desde hacía tanto tiempo como para que fuera tan importante para mí.

La velada transcurrió rápidamente y, hacia el final de la cena, le pedí al camarero que llamara al chef.

Terrance apareció poco después.

Me levanté y le tendí la mano. —Terrance, tanto tiempo.

Estrechó mi mano. —Anthony.

Terrance se volvió hacia Maury. —¿Y quién es tu pareja? No creo haberla visto antes.

—No somos...— Maury tragó saliva.

—Ella no es mi pareja—, dije, corrigiendo a mi amigo—. Es nueva en la manada.

Frunció las cejas, estudiándome a mí y luego a ella y luego de nuevo a mí. —Si tú lo dices, alfa—. Señaló los platos vacíos. —¿Disfrutaron su comida?

—Comimos tacos—, dijo Maury con una sonrisa, claramente aliviada de pasar al siguiente tema, menos personal. Terrance se excusó poco después.

Maury me miró con el ceño fruncido. —¿Por qué pensó que éramos pareja?

—La mayoría de los cambiantes pueden leer nuestras feromonas.

—¿Nuestras feromonas?—, repitió ella.

—Es obvio que nos encontramos... estimulantes—. Me decidí por esa palabra porque excitante, tentador y francamente embriagador era probablemente más de lo que Maury estaba dispuesta a admitir.

Dos horas después, y varias copas más, nos llenamos con más tacos y salimos del restaurante a la acera de enfrente.

Maury me puso la mano en el brazo. —¿Podemos pasear?

—¿Pasear?

—Por el centro de la ciudad. Nunca lo he hecho, y las luces y la arquitectura de noche se ven tan bonitas en las películas. En el pantano no hay luces así..

Le ofrecí mi codo. —Por supuesto.

Recorrimos la cuadra sin hablar y Maury contempló las vistas. ¿Nunca en su vida había tenido la libertad de disfrutar de la arquitectura nocturna del centro?

Yo ya sabía la respuesta, y el corazón se apretó en mi pecho. Por ella. Por cómo había crecido. Por la soledad que había tenido que soportar. Mientras caminábamos, vi las calles de una manera nueva, a través de los ojos de Maury, y eso lo hizo todo mucho más hermoso.

De repente, un grito desgarró el aire y una figura saltó desde el balcón de un primer piso, cayendo hacia nosotros.

—Cuidado—, grité, apartando a Maury de un empujón, me llevé la peor parte del ataque y arrojé a la mujer esquelética a un lado.

La mujer aulló y un hombre respondió desde algún lugar más allá.

Escudriñé las sombras.

Maury se lanzó hacia mí. —No le hagas daño.

Antes de que pudiera identificar a la otra amenaza, un hombre salió corriendo del callejón más cercano, blandiendo una madera rota con clavos en el extremo.

—Mierda, Maury. Cuidado—. Salté hacia ella, pero la mujer me agarró por los tobillos, haciéndome chocar con el pavimento.

Maury jadeó y yo la miré con horror.

Pero ella giró hacia la dirección que yo había señalado. Atrapó la madera con el antebrazo, agarró el arma improvisada y la arrojó a un lado. Luego encogió el brazo derecho y descargó un sólido gancho derecho en la nariz del hombre, quien desplomó a sus pies y se quedó inmóvil.

Todo ocurrió en unos segundos.

Me puse en pie de un salto y recogí a la mujer del suelo, dispuesta a hacerle sufrir por intentar herir a Maury. ¿Por qué atacaban a Maury todo el tiempo?

La mujer gritó y luego se desmayó, quedando completamente inerte en mis brazos.

—No lo hagas, Anthony—, dijo Maury, cogiéndome las manos. Sus dedos se movieron sobre el dorso de mis manos, y me frené.

—Intentó atacarte—, gruñí. Otro ataque más. ¿En qué lío se había metido Maury para que siempre estuviera en peligro?

—Pero no tuvo éxito. —. Su rostro se dividió en una sonrisa y sus dientes brillaron a la luz de las farolas del centro. —¿Viste lo que fui capaz de hacer? Sin mucho entrenamiento—. Su satisfacción chocó con los bordes de mi furia, atenuando la intensidad.

—Tenemos que averiguar quién los envió.

Maury negó con la cabeza. —Son más drogadictos. Mírala a ella. Míralo a él. Probablemente estén juntos. Dejémoslos aquí para que se les pase—. Me dio una palmadita en el pecho. —Estoy bien, Anthony. Déjalo ir. Por favor. Por mí. He visto suficiente violencia en mi vida ya.

Y entonces mi deseo de venganza desapareció por completo, y Maury era lo único que tenía en la cabeza. Con cuidado, bajé a la mujer inconsciente al suelo.

—Deberíamos llamar a la policía —, dijo Maury.

—Cuando lleguemos al carro—, dije, y realicé la llamada mientras caminábamos de vuelta hacia el restaurante para coger mi carro. En silencio, nos subimos.

Aparqué detrás de la *Galería de Arte Cool Cats* y me apresuré a rodear el carro para abrirle la

puerta a Maury. Cuando salió, me abrazó y yo la rodeé con mis brazos.

Aplastándola contra mí, luché contra otra avalancha de imágenes en mi cabeza. No quería ser un aguafiesta cuando probablemente estaba disfrutando de una noche como nunca había tenido.

Giró la cabeza y su aliento me acarició el cuello.

Rastreé la forma de su oreja y le acaricié el pelo, saboreando su sedosidad.

—Ahora dime que soy guapa—, murmuró contra mi camisa.

—¿Qué?

—Me diste de comer tacos y me acariciaste el pelo. Ahora dime que soy guapa.

—Eres la criatura más hermosa que he visto, Maury, y ningún cambiante podrá compararse contigo.

Se quedó muy quieta. —¿Lo dices en serio?

—Más que nada—, dije, deseando que comprendiera que no decía cosas así sin creerlas.

Me puso la mano en la mejilla y acercó mi cara a la suya. Luego se puso de puntillas y apretó su cuerpo contra mí.

La agarré con más fuerza y la elevé a la altura de mis ojos. Cerré la puerta del pasajero y el sonido reverberó, marcando el silencio.

capítulo veintidós

O h, Anthony.

Sus ojos ámbar prácticamente brillaban. Podía perderme en ellos, nadando en sus orbes dorados durante milenios.

El pulso me retumbó en los oídos. Nuestros labios estaban muy cerca. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Nunca había hecho algo así en toda mi vida. Mierda. Nunca había tenido una cita antes. Nunca había conocido a un alfa y, sin embargo, nunca, nunca había deseado a alguien tanto como lo deseaba a él.

Mis manos se apoyaron en la parte superior de sus hombros. Lo sentí tenso, como la cuerda de un arco, una flecha esperando a ser liberada.

Me tenía a la altura de los ojos, con el brazo tan apretado a mi alrededor que casi me costaba respirar. O tal vez sólo él era la razón por la que no podía respirar.

Con cuidado, despacio, levanté las piernas, las rodeé por su cintura y apreté mi boca contra la suya. Sentí una corriente atravesarme y lo apreté con más fuerza, tratando de demostrarle cómo me sentía por dentro.

Gimió e inclinó su pelvis hacia mí. Luego deslizó su lengua entre mis labios y me abrí para él, rindiéndome. Saboreó cada centímetro y yo lo dejé.

Nuestras lenguas se acariciaron mutuamente y hundí la mano en su pelo. El calor me abrazó, marcando mi piel y uniendo mi alma a él. Me pasó las manos por la espalda, más frenético a medida que nuestro beso se hacía más profundo.

El tiempo pasaba lentamente mientras el mundo giraba a nuestro alrededor. El leopardo en mi interior chilló y gemí contra su boca. Sus manos recorrieron mi cuerpo, y nuestro deseo se mezcló. La tensión aumentó entre mis piernas y tiré de él para acercarme más. Me apretó contra la puerta cerrada.

Santo cielo. Nunca había sido besada antes, pero nada me había estremecido tanto como aquel beso. Una hermana mayor de una de las casas de acogida en las que había vivido se había pasado horas hablando de su novio y de lo bien que besaba, pero nada de este beso con Anthony se parecía en nada a lo que ella había descrito.

Fue mucho mejor, como una bola de demolición que derrumbó todos mis muros. Había sido tan cuidadosa toda mi vida. Me había mantenido al margen, había evitado el sexo y las drogas a toda costa. Ahora estaba viviendo todo lo que nunca habría esperado vivir.

Primera familia. Primer trabajo. Primer beso... Primera vez.

Oh, Dios, el sexo con Anthony no sería tan simple. Sería un tipo de éxtasis del que nunca me recuperaría, pero estaba dispuesta a arriesgarme. Me arqueé contra él, balanceando mi pelvis.

Se apartó y de repente me sentí desolada.

—¿Qué pasa?— jadeé, mis labios hinchados—. ¿Algo está mal?

Su pecho se hinchó. —No pasa nada. No pasa nada. Nada está mal. Nunca me he sentido así con nadie, pero no quiero que nuestra primera vez sea sobre el capó de mi carro, Maury—. Su voz me hizo cosquillas en el oído. Se aclaró la garganta, pero parecía reacio a soltarme de sus brazos. —¿Qué vas a hacer mañana?

—Entrenar, si Laura tiene voz en el asunto—. Le dediqué una sonrisa irónica, contenta de estar en sus brazos.

Asintió con la cabeza, me pasó la mano por el antebrazo y entrelazó sus dedos entre los míos. —Maury, dulce amor, apenas y me puedo controlar.

—No quiero que termine la noche—, susurré, poniendo mis manos alrededor de su cara.

Su mirada bajó a mi boca y volvió a mis ojos. —Oh, yo tampoco, pero no podemos quedarnos así, o mis manos van a acabar en tu culo y mi polla va a acabar en tu...

—Está bien, está bien. ¿Quizás podemos intentar ver una película?— Le di una palmadita en el pecho—. Bájame.

Me bajó al suelo. —¿En tu casa o en la mía?

—¿Quieres que Laura vea una película con nosotros?

—Buen punto. Entonces en mi casa—. Me pasó el brazo por los hombros, entramos en la parte trasera de su edificio y recorrimos los tramos de escaleras entre largos besos.

Cuando llegamos a su ático, se sirvió otra copa. —¿Quieres algo?

—Sí, algo afrutado—, dije, tomando asiento en su cómodo sofá de cuero—. No me importa qué.

Torció la boca y asintió. —Creo que tengo lo que buscas—. Abrió el congelador, sacó una bolsa de aluminio, la golpeó contra la encimera y le metió una pajita metálica. Luego la levantó—. Jugo para adultos. Creo que Shelly los trajo a la barbacoa.

Acepté el "jugo para adultos" mientras Anthony se sentaba en el sofá a mi lado y tomaba un gran sorbo. —¿Qué quieres ver?

—¿Qué te gusta?

—No sé. No soy de ver muchas películas. ¿Te gusta la acción o los dramas?

Me encogí de hombros. —¿Cuál es tu película favorita?

—No creo tener. Tiendo a ser caprichoso con lo que veo y cuándo lo veo. Diferentes favoritos para diferentes estados de ánimo.

—Elige tú —, dije. ¿Cómo le decía que no quería hablar de mí? No me conocía a mí misma lo suficiente. En muchos sentidos, me estaba conociendo por primera vez: nuevo trabajo, nueva vida y nuevo yo. El yo sobreviviente, o el yo que apenas sobrevivía, no era el mismo que el que estaba sentado en el sofá de Anthony.

—Está bien—, dijo. Se acercó a mí y cogió el control de la mesita auxiliar. Recorrió su biblioteca digital y seleccionó algo, pero no vi el título de lo que había elegido.

—Espero que hayas elegido algo que hayas visto antes—, le dije.

Se rio. —¿Por qué?

—Porque probablemente te voy a hacer muchas preguntas.

—¿Cuál es tu recuerdo favorito de tu niñez?—. Le pregunté.

—No tengo ni idea—, dijo— ¿Cuál es el tuyo?— Mi evidente estremecimiento hizo que Anthony inclinara la cabeza.

Estudié mis sandalias, bueno, las sandalias *de Laura*. —No tengo.

—¿No tienes?

Me encogí de hombros. —No, espera, sí tengo. Mi recuerdo favorito fue el de una amable

pareja que decidió acogerme, pero decidieron enviarme al siguiente lugar de la lista porque sus hijos mayores quedaron embarazados y yo los ponía nerviosos con mi presencia. Porque, como todos sabían, yo era "problemática".

Anthony frunció el ceño, pero esperó a que continuara.

Respiré hondo y solté el aire lentamente. —Me llevaron a pasar un día mágico a una sala de juegos donde pasamos una tarde llena de pizza, helados, karts, minigolf y otros juegos. Luego me dieron la noticia. El seguro social vino a la mañana siguiente.

—Eso es horrible—. Se acercó a mí, pero no me gustó la lástima que había en su expresión.

—Así crecí. Por eso...

—Por eso siempre esperas lo peor—, terminó por mí, y luego se acercó más, me rodeó con el brazo y se recostó en el sofá—. Lo entiendo.

Le puse la mano en el pecho y dejé que intentara consolarme porque parecía reconfortarlo poder hacerlo—. Apuesto a que tu recuerdo favorito es mejor que ese.

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

—Me gusta saber que las infancias felices existen.

Me rodeó la cara con las manos y me acarició las mejillas con los pulgares. —Sí existen y creo que descubrirás que la mayoría de los niños con los que trabajas tienen vidas felices.

Sonreí. —Conocí a unas gemelas muy adorables llamadas Felicia y Freya.

—Ah, las niñas de Rachel.

—Sí, ellas—. Sonreí—. Me pidieron que cambiara. Tuve que decirles que no, pero que estaba aprendiendo, y no les importó en lo más mínimo. También está el niño que usaba falda escocesa, y era el pequeño más increíble, totalmente él mismo. Por la tarde, me pasé horas acunando a los bebés, sabiendo que iban a tener una vida mejor que la mía. Porque eran parte de la manada, de esta manada.

Los ojos de Anthony brillaron. —¿Has intentado cambiar desde que llegaste?

—No, la verdad es que no.

—Podríamos intentarlo ahora.

—¿Estás jodiendo?— No tenía problema con cambiar, sino con la desnudez que lo seguía. Desnudarse con Anthony era una idea más que atractiva, pero no cuando podría fracasar en el intento.

—No—. Cogió el mando a distancia, apagó la película y se levantó. Me tocó la rodilla—. Intentémoslo.

—¿Dónde?

—En la piscina.

—¿Por qué allí?— chillé

—Me gusta jugar en el agua.

—¿Y el pelo? ¿No atascará... algo?

Se echó a reír. —¿Eso es lo que te preocupa?

—Bueno, tengo razón en preocuparme, ¿no?

—Tengo un tipo que viene dos veces por semana a limpiar el drenaje de la piscina, y prometo que me meto en la piscina como pantera con la suficiente frecuencia como para darle seguridad laboral—. Enarcó una ceja—. ¿Alguna otra preocupación?

—No...— Mi mente se quedó en blanco, así que me puse de pie—. Oh, espera. ¿Tengo que quitarme la ropa?

Me cogió del codo. —No, a menos que quieras. Aunque no sabes lo feliz que me pondría si te la quitas.

—¿Tienes una camiseta que pueda usar?

—Agarra la que quieras—. Me besó la cabeza antes de dirigirse a la piscina, apagando las luces a su paso.

Me dirigí a su habitación, encontré el cajón de las camisetas y rebusqué entre las opciones. Levanté una oscura y otra blanca, decantándome por la blanca.

La camiseta blanca podría ser divertida para Anthony —y *para mí*— si se mojaba. Me desnudé, apilé el vestido y la ropa interior junto a la cómoda y me puse la fina camiseta. Tal vez convertiría una chispa en un incendio, pero no me importaba, ya había decidido que Anthony era definitivamente el chico con el que iba a tener mi primera vez. Después de todo, estaría completamente desnuda si lograba pasar de humana a animal y de nuevo a humana con éxito. Antes de salir de su habitación, me puse unos pantalones cortos.

Cuando entré en su oficina, me quedé sin aliento. Había apagado todas las luces de la casa, pero había encendido algunas del exterior, lo que daba a la piscina y al jardín un brillo romántico. Y por enésima vez, me maravillé de lo mucho que había cambiado mi vida en la última semana.

Abrí la puerta corrediza, salí al cálido cemento y me metí en la piscina. Contuve la respiración mientras me sentaba en el último peldaño de la escalera que conducía al agua. —Oh, está caliente.

—Es climatizada—, dijo, nadando hacia mí. Se situó a mi lado, pero un escalón más abajo.

Me percaté de que su piel estaba expuesta y me fijé en que la ropa de Anthony estaba en una pila en el lado de la piscina ... lo que significaba que estaba desnudo bajo el agua. Queriendo ver más, bajé un escalón.

Se giró hacia mí. —Bonita camiseta. ¿Quieres meterte un poco más?

Lo rodeé con el brazo y bajé un escalón más.

Me siguió, sin mirarme a los ojos, el material volviéndose casi transparente. Su pene se endureció y se asomó por la superficie del agua, confirmando que estaba desnudo.

Lo acerqué más a mí, sintiendo al leopardo en mi cabeza despertarse. Chirrió hacia Anthony y tomé aire. —¿Cómo te conviertes?— susurré—. ¿Qué haces para cambiar?

Anthony apartó la mirada de mis tetas y se centró en mis ojos. —¿Qué?— Me acercó la boca a la oreja—. ¿Tienes idea de lo difícil que es mirar y no tocar?

—¿Cómo haces para convertirte en pantera?

Frunció el ceño, confundido. —La bestia que llevo dentro pasa corriendo y me agarro a él. Luego imagino convertirme en él y entonces soy él.

—¿En serio?

En un momento, Anthony, desnudo y sexy, estaba sentado a mi lado en el escalón que daba a la piscina. Al siguiente, en una ráfaga de viento, era una pantera negra de ojos ámbar. Mostró los dientes y apoyó con cuidado su enorme pata en mi muslo. Luego volvió a ser Anthony. El agua le goteaba del pelo y le caía a chorros.

Me apretó la mano. —Ahora inténtalo tú.

Cerrando los ojos, imaginé a la leoparda dentro de mí, y ella entró en mi mente, una parte de mí, una faceta de mí misma. Luego imaginé que me transformaba en ella, que me convertía en uno con el majestuoso felino que llevaba dentro. Así, me convertí en ella, pero más que en ella, me convertí en esta faceta de mí, completamente yo, cada una de mis partes.

Cuando abrí los ojos y me miré los pies, encontré unas patas, eché la cabeza hacia atrás y rugí con un ronroneo fuerte. Luego galopé alrededor de la piscina, salté al último escalón, chapoteé y di otra vuelta. Salté a los muebles, de asiento en asiento, y finalmente me posé de

nuevo sobre el cemento.

—Ahora vuelve—, me llamó Anthony—. Vuelve conmigo, Maury.

Jadeando por mi atlética celebración, me senté en el borde de la piscina y cerré los ojos, trabajando a la inversa de lo que había hecho para convertirme en leopardo.

Cuando volví a ser yo, chillé tan fuerte como pude. —¡Lo logré! ¿Lo viste?

La sonrisa de Anthony se extendió de oreja a oreja. —Lo vi—. Su mirada bajó y luego rebotó hacia arriba. —¡Lo hiciste!

Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no llevaba la camiseta. Estaba completamente desnuda. Me quedé helada. Se me cortó la respiración y el corazón me retumbó en los oídos. Era la primera vez que Anthony me veía completamente desnuda en persona. Se me erizó la piel y me ruboricé de pies a cabeza. Él era mucho mayor que yo y me hacía sentir mucho más joven, pero quería que me abrazara.

La cara de Anthony se convirtió en granito cuando salió de la piscina, goteando agua por cada centímetro de su cuerpo, incluido su pene. Apretó las manos, sus ojos ardiendo ferozmente.

—Maury—, gruñó—. Ahora es cuando tengo que advertirte que te vayas a casa, o vas a estar aquí toda la noche, conmigo, y no precisamente hablando.

Entonces, en un arrebato de pánico virginal sin sentido, me despedí apresuradamente de Anthony y hui.

capítulo veintitrés

J *ueves por la tarde*

La empuñadura de la espada de prácticas se había aflojado, por lo que la dejé en el suelo y seleccioné otra de la pared de armas. Si la espada se desprendía, alguien podía resultar herido, así que pensaba dejarla más tarde en la oficina del administrador del gimnasio con una nota pegada.

Acababa de llegar al gimnasio y esperaba ver a Maury antes de empezar a entrenar. No le había preguntado si me acompañaría, pero no la había visto desde que había estado saltando desnuda junto a mi piscina. Me había pasado toda la noche fantaseando con ella, y la anhelaba. Su ausencia... dolía. Por estúpido que fuera.

Me giré hacia Laura, que esperaba cerca, y levanté la pseudoespada. —¿Esto es con lo que has practicado?

Ella asintió. —Hasta aquí hemos llegado. Eso y movimientos defensivos. No hemos hecho mucho más. Tiene poco tiempo entrenando, todavía menos de una semana.

—Aprendió rápido los movimientos de defensa personal.

—Afortunadamente—, dijo Laura, mirando hacia los baños. Su teléfono sonó y lo sacó del bolsillo trasero. Levantó la vista y torció la boca, pero sus ojos violetas brillaron.

Mi mirada se entrecerró, sospechando qué podría estar distrayéndola. —¿Algún problema?

Me miró. —¿Me necesitas hoy aquí? Ya lograste que Maury cambiara de turno para que así pudieras enseñarle más sobre defensa personal. Además, eres mucho más convincente como atacante.

La espada falsa cortó el aire, silbando entre movimiento. —Supongo que no. ¿Tienes una cita o algo así?

—Sí, más o menos. Es más fácil tenerlas cuando Maury está fuera —. Guiñó un ojo—. No creo que esté lista para escuchar a dos felinos en el acto.

Solté una risita. Teniendo en cuenta la forma en que Maury salió corriendo de mi casa anoche, Laura probablemente tenía razón. —Entiendo. Le diré que te fuiste porque tenías que hacer trabajo administrativo de la manada.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Sólo dile que tuve que reunirme con mi contador.

Sorprendido de que Maury siguiera en el baño, me acerqué al borde de las colchonetas. —¿Estará bien?

Laura se encogió de hombros. —La estás poniendo nerviosa, Anthony. Tal vez se maree cuando está nerviosa. No me sorprendería, ya balbucea cuando la pones nerviosa, después de todo.

—¿De verdad crees que la pongo tan nerviosa?— Saqué la espada de su funda y arremetí.

Dudaba que Maury le hubiera contado a Laura que había logrado cambiar la noche anterior o el ultimátum que le había dado cuando la vi desnuda. Mierda. El pene se me ponía duro cada vez que pensaba en ella desnuda... en mi piscina. Y su sonrisa... y sus tetas rebotando y... *mieeeeerda*.

—A veces eres muy despistado—. Laura interrumpió mis pensamientos, señalando con el pulgar por encima del hombro hacia el baño.

Me senté en la colchoneta para ocultar mi excitación. —¿Te contó que logró cambiar anoche?

Laura enarcó las cejas. —Lo mencionó esta mañana, pero no dijo que estuvo contigo.

—Pues sí.

—Bien—. Su teléfono volvió a sonar, una imagen que no pude distinguir apareció en su pantalla. Miró hacia abajo y se aclaró la garganta. —Nos vemos luego.

—Está bien—, murmuré mientras Maury salía del baño, limpiándose la boca y luciendo un poco verde.

Laura trotó hacia la salida y me pregunté quién tenía a Laura a su entera disposición. Una vez que atrapáramos al Solitario, comenzaría a indagar un poco en ese asunto.

Maury me dirigió una sonrisa vacilante y un pequeño saludo con la mano mientras se acercaba. Cuando llegó a las colchonetas, se quitó los zapatos y los dejó a un lado. —¿Qué hacemos primero?— Echó un vistazo al gimnasio—. Espera. ¿Dónde está Laura?

—Tenía que trabajar. Nos verá más tarde. Probablemente para almorzar.

—Oh—. Palideció—. ¿Somos sólo tú y yo?

—Sí, eso parece—. Di unas palmaditas en la colchoneta a mi lado.

Se tiró en donde le había indicado. —Entonces, ¿qué tienes planeado para mí?

—Tengo muchas cosas planeadas para ti—, le dije, atrayéndola hacia mí.

Sus ojos se abrieron de par en par y se echó hacia atrás. —¿Anthony? ¿De qué estás hablando? No creo... Estamos en público. ¿Estás seguro de que quieres que todo el mundo sepa? ¿Sobre nosotros?

Fruncí el ceño, analizando lo que había dicho. Un gruñido se formó en el fondo de mi garganta y enganché mi brazo alrededor de su cintura. —¿Por qué me importaría que lo supieran, Maury?

—No lo sé. ¿Porque sólo soy un perro callejero?

Me puse de pie y tiré de ella para poder apretar mi cara contra su cuello y respirar hondo. —Quiero que toda la manada sepa que eres mía, Maury. Quiero que sepan que estás bajo mi protección, vayas donde vayas.

Se estremeció contra mí. —¿No te importa que te vean conmigo?

—Ni un poco—, murmuré contra su garganta y su cabeza se inclinó hacia atrás—. ¿Por qué te escapaste anoche?

—Yo... porque... yo...— Su voz se apagó.

—¿Y bien?

—No creo que seas capaz de convencerme de que eres un atacante—, dijo, cambiando de tema—. Digo, si me atacas, me montas a horcajadas y me inmovilizas, puede que reaccione de forma un poco diferente a como debería.

—Probemos—. Di un paso atrás y me ajusté los pantalones para dejar más espacio a mi

erección—. ¿Lista?

Maury se agachó, preparándose para mi ataque. —Lista.

Salté hacia ella, barrí mi pierna y la llevé al suelo. Luego me coloqué a horcajadas sobre ella, pero en cuanto la rodeé con la parte interior de mis muslos, todo se contrajo en mi interior. Apoyó el pie en la colchoneta detrás de mí e intentó despistarme. Pero ya había entrenado con Laura antes y conocía sus movimientos favoritos, así que estaba preparado. Le agarré las muñecas y se las sujeté por encima de la cabeza.

Se tomó el labio inferior entre los dientes. Sus pechos estiraron la tela de la camiseta y sus pezones salieron a relucir. ¿Qué aspecto tendría debajo de mí? Desnuda, sonrojada, llena de pasión y deseo, y...

—Anthony—, susurró, y sus ojos me suplicaron.

Fue suficiente para romper mi aturdimiento, y me alejé de ella como un cohete, aliviado de que no hubiéramos llamado la atención. No porque no quisiera que todo el mundo supiera que nos gustábamos, sino porque no quería que Maury se sintiera incómoda.

—Supongo que no podemos practicar defensa personal—, dije—. Al menos no hoy.

Ella se puso de pie más lentamente que yo. —No, no creo que vaya a funcionar. ¿Podemos intentar algo más?

—Tal vez podamos probar algunos juegos de habilidades—. Sería una buena oportunidad para poner a prueba una teoría que me había rondado la cabeza desde la barbacoa.

—¿Juegos de habilidad? ¿Qué son? ¿Como los juegos de fiesta?

—Tenemos varios tipos diferentes y a veces los hacemos en las fiestas, pero no tan a menudo como te imaginas. Las pruebas de habilidades administrativas se hacen en línea, y la identificación oficial de habilidades se hace en el laboratorio, pero podemos probar algunos juegos con los ojos vendados aquí.

—¿Con los ojos vendados?— Sonaba dudosa.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—¿Segura?

—Creo que sí.

Cogí una venda gruesa de uno de los armarios de suministros. Cuando volví, se colocó el pelo detrás de las orejas y se quedó quieta mientras le ataba la venda alrededor de la cabeza.

Pasó la mano por la tira. —¿Cómo es el juego?

—Te dejo oler un objeto y luego lo escondo en algún lugar del local. Luego, con los ojos vendados, intentas encontrarlo. Si lo encuentras, tendremos una buena idea de cuál es al menos una de tus habilidades. ¿Sabes si Laura ya agendó una cita con el laboratorio de la manada?

Ella negó con la cabeza. —Creo que no.

—Probablemente estaba esperando hasta que pudieras cambiar a elección. Esa es una de las cosas que debes ser capaz de hacer para que puedan probar tus habilidades como humano y luego confirmarlas como tu yo felino.

—Oh. ¿En qué habilidad se basa este juego?

—Rastreo.

Ella asintió. —Bien. ¿Qué tengo que rastrear?

Cogí una pelota de baloncesto de la colección de balones que había cerca de las canchas. Luego le marqué una línea irregular con un rotulador permanente. Cuando el rotulador se secó, se lo pasé por delante de las narices y retrocedí. —Lamento que no sea más científico que esto. A veces utilizamos trozos de carne y enviamos a un cambiante en busca de un tipo específico.

Como he dicho, tenemos un laboratorio, pero las citas no las dan sino hasta la semana siguiente, y es importante que sepas cambiar.

Se encogió de hombros. —Me da igual. Pero no esperes que lo haga bien.

Troté por todo el gimnasio con la pelota hasta que por fin recogí la espada con la empuñadura suelta y llevé ambos objetos a la oficina de la administradora del gimnasio, Rachel, quien volvería a la mañana siguiente.

—¿Ya está escondida?— preguntó Maury, girando la cabeza como si estuviera siguiendo atentamente los sonidos del gimnasio.

—Sí. Búscalos—, le dije.

Empezó a cruzar el suelo, moviéndose lentamente, con la punta del pie estirada mientras avanzaba. Todavía no conocía bien el gimnasio, pero parecía tener un buen sexto sentido sobre dónde estaban las cosas.

Finalmente, mucho antes de lo que esperaba, volvió trotando a la parte principal del gimnasio con la pelota marcada en la mano. —La encontré—, dijo—. ¿Qué sigue?

—Buen trabajo.

Se quitó la venda de los ojos. Entonces sonrió con satisfacción, y vi a alguien que reconocí en su expresión. Se parecía a... ¿Podría ser realmente...?

Me tragué un torrente de preguntas y en su lugar sólo pregunté: —¿Quieres volver a intentarlo?

Se encogió de hombros. —Podemos, pero se me daba bastante bien rastrear en el pantano. Así es como robaba. Rastreaba mochileros, campistas o excursionistas, incluso pescadores, y robaba lo suficiente para comer—. Cerró la boca como si quisiera evitar que se le escaparan más palabras.

—¿Los rastreaste?— ¿Por qué no había surgido esto antes? Tuve que recordarme a mí mismo que tenía aquí menos de una semana—. ¿Y te resultó fácil?

—Claro, fue bastante fácil. Siempre supuse que se debía a las habilidades que había adquirido con el ataque.

Fruncí el ceño. —¿Sabes algo de tu padre?

—Ya te he dicho que desapareció y que nunca lo conocí. Mi madre murió al dar a luz y eso es lo que sé. No sé nada más.

—¿Nada de nada?— Insistí.

—¿Por qué preguntas? ¿Por qué es tan importante para ti?

—Tengo una corazonada.

Suspiró y sus hombros se hundieron—. Bueno, sí vi mi certificado de nacimiento en un momento dado. Uno de mis padres adoptivos recibió una carpeta con papeles del hospital. Creo que tenía doce años.

—¿Qué viste? ¿Algo útil?

—El Estado no tenía ninguna información sobre mi madre. La mayor parte de lo que ponía en los papeles del hospital no era información real y no había nada sobre nadie ni nada más.

—¿Y de tu padre?— presioné.

—Está claro que mi madre rellenó el papeleo, pero lo único que aparecía en él era el nombre Ty con un número que ya no existe. Intenté llamar cuando tenía doce años—. Lanzó la pelota de baloncesto a la papelería y la encestó—. Estoy segura de que todo era mentira. Ty probablemente no era su verdadero nombre.

No podía procesar lo que estaba diciendo. Todo encajaba. —¿Qué nombre dijiste que era?

—Ty, creo. ¿Te suena?

Mierda. Necesitaba sentarme, me pasé la mano por el pelo y me froté la nuca. Ya no era una corazonada, pero no estaba listo para sacudir el mundo de Maury. El hecho de que no pudiera cambiar a elección significaba que sus habilidades como cambiante no habrían madurado para utilizarlas en su faceta humana, no con tanta fuerza como lo harían con el entrenamiento adecuado. Si rastrear era tan fácil para ella ahora, ¿en qué clase de increíble rastreadora se convertiría con un poco de práctica? Pero claro, si lo que pensaba era verdad, tenía la genética. De todas las manadas a las que unirse, de todos los apartamentos en los que entrar...

—¿Estás bien, Anthony? ¿Te suena ese nombre o algo?

—¿Estás lista para volver a mi apartamento?

Ella dio un paso atrás, su cara se estiró en estado de shock. —Uh, ¿sí? ¿No más entrenamiento por hoy? ¿Qué diría Laura?

—Creo que lo entendería—. *Oh, Dios, Laura sí que lo entendería.*

Cuando llegamos a mi apartamento, encendí las luces, nos serví bebidas a las dos, le pedí a Maury que se sentara en el sofá y me acomodé a su lado.

Todo el tiempo me miró con el ceño fruncido.

¿Cómo le decía que era una rastreadora porque su padre era probablemente mi mejor rastreador? ¿Cómo le decía que sabía quién era su padre? Al menos sospechaba lo suficiente como para realizar una prueba de paternidad. Aunque en el fondo sabía lo que diría.

Ella suspiró. —Estás tardando mucho, Anthony, y quiero ir a darme una ducha y acostarme pronto. No quiero sentarme aquí y preocuparme por más malas noticias.

—¿Qué?

—Estás tardando una eternidad en decirme, Anthony. ¿Qué sabes?

Me acomodé en el sofá a su lado. —Creo que conozco a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Hablas en serio? ¿Quién crees que es mi padre?

—Tenemos un miembro llamado Ty. Ty es un rastreador en nuestra manada, y creo que eres su hija.

Se puso en pie de un salto y empezó a pasearse. —¿Dónde está? ¿Puedo conocerlo?— Se sentó y luego se levantó de nuevo, frotándose la mano en la cara—. Mierda. ¿Ha estado aquí todo el tiempo? ¿Por qué no dijo nada?

—No lo sabía—. Aunque lo sospechaba, pero no se lo dije. Todavía no.

Revoloteó las manos. Las lágrimas ya caían por su cara. —¿Qué se supone que debo hacer?

Tomé sus manos y las apreté entre las mías. —Te presentaré a Ty una vez regrese.

—¿Dónde está?

—Es de mis mejores rastreadores, por lo que lo envié tras el Solitario del pantano.

—¿No puedes llamarlo? O... o...

—Sabes tan bien como yo que no hay cobertura en el pantano. Tendremos que esperar hasta que vuelva.

—No sé... Yo...— Se quedó en silencio durante un largo rato, mirando al vacío. No sabía cómo romper el silencio.

—¿Maury?

Se giró hacia mí. —¿Por qué me dejó sola todos estos años? Todos esos años sola, y él estaba justo aquí. ¿Cómo pudo hacer eso?

—Elijo creer que no sabía de tu existencia, Maury. Conozco a Ty, y él no habría hecho eso. Nunca te habría dejado valerte por ti misma en sistema de acogida, y has sido parte de la manada

el tiempo suficiente para saber que habríamos hecho todo lo posible para traerte a casa.

Contarle a Maury que él había sospechado en la barbacoa no serviría de nada. Lo había echado antes de que pudiera darle doble clic, y quería dejar que Ty le explicara todo. Su mundo se había tambaleado y necesitaba tiempo para procesarlo.

Abrí mis brazos y se apoyó contra mí. —¿Él ha estado aquí todo el tiempo?

—Tal vez.

—¿Y si es verdad?

—Entonces podrás conocer a tu padre y él podrá conocerte a ti—. Le froté la parte superior del brazo.

—Significa que irrumpir en tu galería de arte podría haberme traído todo lo que he estado buscando. ¿Puedes creerlo, Anthony?— Sonaba sin aliento—. Si no me hubieran atacado... Si no hubiera decidido que no quería ser un cambiante...

—Es bastante increíble— Quería acercarla, atraerla hacia mí—. Y lo resolveremos, Maury. Pase lo que pase, no estarás sola.

Se giró hacia mí, temblando. Sus ojos brillaron en la penumbra cuando se volvió hacia mí, se sentó a horcajadas sobre mi regazo y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Qué haces?— gemí, dos partes eufóricos y una parte aterrorizado de que todo fuera un gran error.

—Lo que he querido hacer desde hace días—, dijo.

—¿Estás segura?— La agarré por los muslos, sin llegar a inmovilizarla.

—Más segura que nunca—, murmuró.

—No quiero aprovecharme...

—Cállate, Anthony—. Entonces me cogió la cara con las manos y apretó sus labios contra los míos. Su aroma picante me hizo olvidar todo pensamiento racional. Me rendí a su voluntad, y ella exploró mi boca, igual que yo había hecho con ella no hacía mucho.

Mieeeeerda....

Mientras me relajaba contra ella y ella se fundía en mí, un pensamiento estalló en mi cabeza. Maury era mi para siempre.

capítulo veinticuatro

MAURY

Gimió contra mi boca y mi lengua acarició la suya. No sabía qué le gustaba y no tenía la experiencia suficiente, pero quería besarle cada centímetro, saborear cada parte de él.

Me rodeó con los brazos y me apretó, empujándome contra él con tanta fuerza que nuestras bocas chocaron. Mi lengua rozó el borde de sus dientes y me mordió el labio inferior.

El beso se hizo más profundo y la intensidad avivó el deseo dentro de mí. Quise estar más cerca de él, más cerca del latido de su corazón. Yo podía ser una parte de él, era posible, y estaba a nuestro alcance. Sólo la ropa se interponía.

Me deslicé del regazo de Anthony y él gimió como si le doliera.

Intentó agarrarme, pero dejó caer la mano sobre el cojín del sofá, a su lado. —¿Qué te pasa?

— No me pasa nada—. Lo miré con los ojos entrecerrados, mis labios hinchados por sus besos. Me solté el pelo. Me quité la camiseta y el sujetador deportivo y los tiré a un lado.

—Maury—, susurró, sus ojos me devoraron. Sus dedos se crisparon y su pene se tensó, suplicando ser liberado.

—¿Quieres que continúe?— susurré.

Tiró de sus pantalones y se removió en el asiento. —Si quieres, Maury, sólo si quieres.

—¿Pero *tú* quieres?— Tenía que saberlo, quería oírse lo decir.

—Mierda. Maury, nunca he deseado nada tanto como te deseo a ti.

Virgen o no, sus palabras rompieron la última de mis inhibiciones. Me bajé los pantalones, quitándome también los pantys. Mantuve la mirada en el suelo, casi temerosa de lo que pudiera encontrar en la cara de Anthony. No podía soportar su rechazo. Podría mirarme y encontrarme menos de lo que imaginaba, así que mantuve los ojos en el suelo.

—Maury, mírame, amor.

No obedecí a mi alfa. En lugar de eso, aparté los pantalones de una patada y consideré doblarlos, observándolo a través de mi periferia. Pero di un pequeño paso más cerca, perdida sin sus brazos a mi alrededor.

El sofá crujió cuando se inclinó hacia delante y me cogió la mano. —Maury. Mírame.

Tímidamente, acerqué mi mirada a la suya, intentando dedicarle una sonrisa valiente.

Entrelazó sus dedos entre los míos. —¿Quieres acostarte conmigo? No me debes nada, Maury.

—Sí, quiero esto—, susurré—. Quiero esto contigo.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo y apretó los dientes.— Eres hermosa, Maury.

Di dos pasos hacia él y me dispuse a posarme sobre su regazo una vez más.

—Espera—, dijo, bajándose del sofá para quitarse la ropa. Extendió una manta sobre el cojín de cuero antes de volver a sentarse. Me hizo un gesto con las cejas. —Odio cuando la piel se

pega. Y puede que haga frío.

Me reí y eso me quitó la última inseguridad del alma.

Entonces me puso las manos en la cintura y tiró de mí hacia el sofá. Levanté la pierna y bajé sobre su regazo. La punta de su pene acarició los bordes resbaladizos de mi entrada y él se inclinó con un gemido.

—¿Qué pasa?

—Aunque me encantaría enterrarme en ti, Maury, creo que nuestra primera vez debería ser lenta y tranquila.

Le hice una mueca. —¿Es tan obvio?

—¿Que no tienes experiencia?

—¿Sí?

—Es lo suficientemente evidente y quiero tener cuidado de mostrarte lo que puede ser el sexo, dulce Maury. No tomaré sin dar—. Frotó su pelvis en contra de mí, sin introducirse. Todo su cuerpo se tensó, listo para llegar al clímax.

Entonces me incliné hacia delante para acariciarle el lóbulo de su oreja y me tocó a mí acariciarlo.

Gimió mi nombre una y otra vez. Su cabeza se inclinó hacia atrás para apoyarse en el sofá.

Sonreí entonces, conmovida por su paciencia. Sabía que el sexo sería increíble con él. Era de él de quien quería aprender, con quien compartiría esto.

Giré las caderas y me balanceé hacia delante y hacia atrás, contenta de no tener ropa que impidiera la sensación de piel con piel. Se estiró hacia la derecha y apagó la lámpara de la mesilla del sofá. Un instante después, un relámpago y un trueno hicieron vibrar el sofá bajo nosotros. El ambiente se volvió eléctrico, y las punzadas bailaron sobre mi piel en oleadas, poniendo carne de gallina a su paso.

Anthony gimió, el sonido brotó de su interior, prendiendo un incendio forestal en mi centro que me quemó hasta la médula. Metió la mano entre los dos y giró la palma hacia mi montículo, recorriendo cuidadosamente los bordes con el dedo, rodeando el sensible capullo.

Se me cortó la respiración cuando torció el dedo y el deseo corrió por mis venas. Me arqueé contra él, tan fuerte que nuestros huesos púbicos chocaron. Mierda. Estaba tan cerca de mí, de estar dentro de mí.

Llevó las manos a mi espalda y acercó mi torso a él, para poder sujetar un pezón entre el pulgar y el índice y llevarse el otro a la boca. Mordisqueó el sensible pico, pasando la lengua alrededor de la punta.

—Mierda, Anthony—, ronroneé, ahogada por el deseo. Le agarré la cabeza, hundí las manos en su pelo y un relámpago iluminó mi mente.

Mi cabeza se echó hacia atrás, mi pelo suelto llegó hasta sus pelotas, y me perdí en Anthony. No quería que terminara nunca. —No pares.

Finalmente, me agarró de la cintura y tiró de mí hacia delante para besarme el ombligo, luego me empujó hacia atrás contra su pene y la punta se deslizó a lo largo de mi costura. Tan cerca. Los dedos de mis pies se enroscaron en el cojín del sofá, me apreté contra él y se le cortó la respiración. Su pulso coincidía con el tambor que latía en mis oídos. Sólo había un resultado para nosotros. Esto sólo podía terminar de una manera.

—Maury. Estás tan caliente, tan mojada.

Puse mis manos sobre su pecho desnudo y me arqueé hacia él, presionando mis pechos contra su cara, queriendo sentir cada centímetro de él. —Anthony, quiero sentirte dentro de mí.

Su gemido gutural fue mi única respuesta, y me cansé de esperar. Levanté las caderas, de

repente desprovista de su calor, metí la mano entre nosotros y coloqué su pene debajo de mí. Luego bajé las caderas con fuerza.

Una plenitud cegadora estalló en mi centro. La nueva experiencia de sentirme llena me hizo olvidar todo lo demás. Anthony estaba dentro de mí, el primero al que había permitido conocerme de esta manera. Me había invadido y me había llenado.

Todo su cuerpo se puso rígido y sus brazos se cerraron a mi alrededor. —Oh, mierda, Maury. Vas a acabar conmigo antes de que siquiera hayamos empezado. Todavía no. Todavía no—, suplicó.

Saboreé el sonido de mi nombre en sus labios, disfruté de la sensación de llevarlo al límite de su control, y lo quise hacer llegar al orgasmo. Me levanté de nuevo, decidida a cabalgarlo, duro.

Me apretó la cintura, tratando de recuperar el control. —Mierda. ¿Qué haces? Vas a hacer que me corra.

—Quizá eso es lo que quiero—, jadeé y bajé las caderas con fuerza. Un trueno retumbó en la distancia y un relámpago brilló a lo lejos. O tal vez era él. No sabría decir.

Apretó la cara contra mis tetas y gritó mi nombre, arrastrando la lengua por mis pezones. El sudor brillaba en mi piel y él saboreó la sal que había allí. Pronunció mi nombre contra el sonido de un trueno.

El edificio vibraba con los estruendos del cielo. No podía parar. Nos acompasamos. Más relámpagos y truenos. Cogimos cada vez más rápido, más profundo y fuerte. Grandes gotas golpearon las ventanas, emborronando las luces de la ciudad. El sordo rugido de la lluvia en la azotea seguía. O tal vez fue el torrente de sangre en mis venas.

Chocamos una y otra vez, ambos llevándonos hacia el punto de no retorno. La tensión crecía. Arañazos rojos surcaban su espalda. Nos disparamos como cohetes, hasta que al final el clímax se estrelló a nuestro alrededor mientras nos orgasmábamos simultáneamente, en un final que me estremeció el corazón y sacudió la tierra.

Después, mientras nuestros corazones latían con fuerza y nuestra pasión se tomaba un respiro, me besó el cuello y luego la boca, me levantó en brazos y me llevó a su dormitorio. Algo que no entendía bailaba en sus ojos. Afuera seguía la tormenta.

Su pecho amortiguó mi cabeza. Retiró la funda y me tumbó sobre la sedosidad de sus sábanas, depositando un beso en mi frente, y luego se subió a mi lado.

Con delicadeza, como si fuera algo precioso, me rodeó con sus brazos, atrayéndome contra su pecho desnudo, y yo me acurruqué, saboreando el casi doloroso palpitir entre mis piernas.

—Deberíamos repetirlo—, le dije, mi voz ligeramente amortiguada por sus brazos —. Pronto.

—Mhmm—, respondió—. Pero no hasta que te recuperes un poco.

—¿Te diste cuenta?

—¿De que nunca habías hecho eso antes?

Asentí con la cabeza, apartando las lágrimas, esperando que lo hubiera disfrutado de todos modos, contenta de que no pudiera verme la cara.

Me agarró con más fuerza y me pasó la palma de la mano por los pechos, haciendo que se me endurecieran los pezones y me palpitara más fuerte los muslos. —Me di cuenta, pero fue...—. Hizo una pausa.

Contuve la respiración, esperando sus siguientes palabras.

—Eras todo lo que había esperado, y nuestra primera vez quedará grabada en mi memoria

para siempre. Eres preciosa, Maury. Excitante, increíble...— Se rio entre dientes—. Flexible. Eres flexible. ¿Lo sabías?

Le di un puñetazo en el brazo. —Anthony.

—Maury—, susurró. —Hacer el amor contigo no fue como nada que hubiera hecho antes. Estoy siendo totalmente sincero y aún no estoy seguro de lo que implica.

No entendí lo que quiso decir, pero la excitación me recorrió, calentándome la piel. —Se repetirá, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿Lo volveremos a hacer?— Tal vez una parte de mí se preocupaba de que decidiera que el sexo con alguien tan inexperto como yo no era lo suficientemente alucinante para alguien como él.

—Oh, definitivamente habrá una próxima vez—. Bostezó y su aliento me acarició el pelo—. Pero necesitas descansar. Es tu primera vez y no quiero hacerte daño.

Resoplé. —Te diré cuando me hagas daño.

—No, no te hagas la valiente. Recupérate un poco y luego haremos el amor toda la noche.

—¿Toda la noche? ¿Puedes hacer eso?

—¿Por qué no podría hacer eso?

—No lo sé. Leí en alguna parte que no era posible.

—Quien escribió eso nunca conoció a un alfa.

—¿En serio?

—Oh, gatita, tengo mucho que mostrarte. Pronto—. Anthony respiró hondo y exhaló con satisfacción, lo que rápidamente se convirtió en un ligero ronquido. La lluvia continuaba.

Una parte de mí agradeció que no hubiera dicho "te amo" mientras cogíamos. El sexo podía ser solo sexo, ¿no? Quizá eso era todo lo que quería, quizá era todo lo que podía soportar después de saber que mi padre podía estar aquí, que podía formar parte de esta manada. Tal vez no estaba lista para analizar lo rápido que me estaba encariñando con Anthony.

Si mi padre estaba aquí y lo conocía, ¿qué haría si decide que no me quiere? ¿Cómo podría quedarme aquí a largo plazo? No podía y no quería. Se me retorció el estómago y luché contra una arcada. Este lugar era el mejor en el que había estado en toda mi vida, así que pensar en abandonarlo era más que perturbador.

Incluso mientras apretaba la espalda contra la dura extensión de su pecho, amontonados, acurrucados el uno alrededor del otro, no habría podido decirle que lo amaba si él mismo me lo hubiera pedido. Me gustaba, claro, y estábamos conectados de una forma que no comprendía, y no tardaría en volver a acostarme con él. Sonreí, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente.

A pesar de saber que el amor podría florecer, el tiempo dirá qué sería de nuestra relación. Para siempre era demasiado tiempo para prometer, y yo no amaba fácilmente.

Pasara lo que pasara, me alegraba que mi primera vez hubiera sido con Anthony y de no haber utilizado el talismán para volver a convertirme en mortal. Me habría perdido de todo esto. Al pensar en eso, mullí la almohada y acomodé mi cabeza en esta, apretando más fuerte el brazo de Anthony a mi alrededor y escuchando la lluvia caer.

Y entonces ambos caímos en un sueño satisfecho.

capítulo veinticinco

ANTHONY

Me despertó un crujido. ¿Serían las tuberías del viejo edificio? Los relámpagos brillaron, el retumbar de los truenos resonó en mi ático. Apreté más el brazo alrededor de mi... mi... ¿Mi qué? Mi Maury.

La lluvia había disminuido. Pero había algo extraño. Contuve la respiración y escuché, pero no pude identificar nada. Otro crujido hizo que la adrenalina se disparara por mis venas. Si hubiera tenido la piel al aire, se me habría erizado.

Me invadió la furia. Quienquiera que estuviese ahí fuera había esperado a que estuviésemos desnudos y vulnerables. Un relámpago dejó al descubierto una sombra en el salón y un trueno le siguió.

Tomando aire, levanté la cabeza e intenté determinar quién estaba ahí. Cuando levanté la barbilla, esnifé, pero no reconocí el olor del intruso.

Una sombra cuadrúpeda avanzó por el pasillo, sus ojos felinos captando la luminiscencia, y atraje a Maury hacia mí. Algo en la forma en la que se movía, me alertó.

—¿Estás despierta?— Mantuve la voz baja.

Maury asintió con la cabeza y la moví, colocándome en el lado de la puerta, entre Maury y quienquiera que estuviera a punto de morir. Con cuidado, saqué el brazo de debajo de Maury.

Temblorosa, se colocó detrás de mí y yo dejé caer una pierna sobre el borde de la cama. La sombra se acercó y pude ver que el intruso era un macho, pero no mucho más. Salté por los aires con un rugido y aterricé sobre la espalda del gran felino, juntando las manos tan fuertes como pude alrededor de su cabeza.

El atacante chilló, un aullido gutural, así que me encajé entre la pared y el gran felino, haciéndolo caer a un lado. Olores a musgo, tierra y troncos podridos asaltaron mi nariz. Quienquiera que fuese, venía del pantano. Los relámpagos brillaron, pero en lugar de iluminar la habitación, casi me cegaron. El cambio de oscuridad a luz había sido demasiado, demasiado rápido.

Gruñó e intentó sacudirme de encima, pero al caer a un lado, miré detrás de mí. Maury había desaparecido de la cama.

—Luces—, grité, esperando que los rayos no hubieran cortocircuitado mi sistema de control por voz. Un momento después, las lámparas del dormitorio se encendieron y nos iluminaron tenuemente. El intruso no era ningún tipo de felino que yo reconociera. No, era una mezcla de diferentes razas, pero no tuve tiempo de averiguar qué era ni por qué. Gruñí y la bestia se alejó de un salto.

—¿Cómo te llamas?— bramé, saliendo tras él.

El felino se giró y gruñó. Sus patas se transformaron en manos y se formó un hombre

corpulento, cubierto de músculos abultados. Jadeaba mientras me miraba.

Abrí los brazos y respiré hondo. —¿Quién eres?

Sacudió la cabeza y su boca se torció en una mueca. —Si tan solo supieras.

—¿Si supiera qué?— Tal vez podría distraerlo hablando, haciéndole sentir una falsa sensación de seguridad.

—Si tan solo supieras que te he estado observando... y a ella—. Exageró la última palabra y ambos supimos a quién se refería.

Desde su escondite, Maury gimió. —Mierda. Conozco su voz. Estuvo allí esa noche.

Pero él se giró hacia su escondite detrás de nuestra cama. —Vaya, hola, Maury. Te he echado de menos. Te he estado observando desde que escapaste.

—¿Observándola? ¿Observándome?—. Escupí. ¿Observando a mi Maury? Le haría tragarse sus palabras y luego le arrancarí la lengua—. Soy el alfa de esta manada y no eres bienvenido aquí.

Maury se sentó detrás de la cama, frunciendo el ceño. Su cabeza se inclinó hacia un lado mientras analizaba al intruso. —Eres tú.

—Maury—, espeté—. Vuelve a esconderte.

—No. Fue él quien me mordió.

—Agáchate—, ladré. Luego me giré hacia el intruso para mantener su atención en mí—. ¿Quién coño te crees que eres?

—El que mueve los hilos, para que todos bailen a mi antojo.

—Cabrón—. Mentalmente, le rogué a Maury que no se metiera.

El extraño canturreó. —Los he estado observando, Maury, Laura, a todos ustedes. Podría haber matado a cualquiera en cualquier momento. Si están vivos es porque yo lo he permitido.

Avancé varios pasos hacia él. —Eres un Solitario. Un cambiante sin manada, sin honor. Los solitarios no tienen lugar aquí.

Pero continuó como si yo no hubiera hablado. —Cada cambiante, cada ataque. Podría haber hecho que cualquiera de ellos la matara. Escapó cuando la convertí, pero eso fue sólo por el caimán. Pero la he vuelto a encontrar y me ha conducido hasta ti.

Mi labio superior se curvó y me acerqué una vez más. —Fuera de mi casa.

Subió una ceja. —No.

—Estás cometiendo un error—, gruñí, lanzándome sobre el intruso. Un ruido sordo resonó en todo el apartamento cuando nuestros pechos chocaron y caímos al suelo.

Él volvió a cambiar y me clavó las garras en el pecho, haciendo que brotara sangre de los cortes.

Maury gritó. ¿Oí pasos? ¿Se estaba acercando?

—¡Noooo! ¡Atrás, Maury!— Rodeé al desconocido con los brazos y lo eché a un lado.

Pero él se levantó de un salto y cargó contra mí, lanzándonos a los dos por el pasillo hacia la ventana y la escalera de incendios. El cristal se resquebrajó bajo nuestro peso y llovieron fragmentos a nuestro alrededor.

Me rodeó la cabeza con las patas y las estrellas bailaron en mi campo de visión. Me escabullí de su alcance, pero aterrizó sobre mí, me mordió la nuca y se retorció.

Me eché hacia atrás y me lo quité de encima, aunque se llevó un trozo de mi carne. Cambié para curarme y salí corriendo por la esquina en dirección a la habitación de Maury para volver a colocarme entre ella y el solitario.

Sin embargo, no apareció en el umbral del dormitorio. Merodeó por la cocina y el salón. Un trueno retumbó y un relámpago iluminó mi apartamento.

Maury saltó de detrás de la cama y aterrizó a mi lado con la cola crispada. Me acarició la pierna.

—Quédate aquí—, le dije y luego me lancé fuera del dormitorio, aterrizando en el espacio más cercano a la cocina.

No vi al intruso de inmediato, así que seguí buscando.

Salió del pasillo cercano a la sala de interrogatorios y me giré para abalanzarme sobre él. Me tiró al suelo y me inmovilizó casi de inmediato.

Maury gruñó y se lanzó contra el atacante, intentando quitármelo de encima. Él la apartó como si nada y ella se estrelló de cabeza contra la pared. Un crujido repugnante me produjo un escalofrío.

¡Maury! Intenté levantarme, pero no pude librarme de él. Volvió a golpearme con la pata, arrastrando sus garras por mi carne. Más sangre manaba de los cortes, pero yo seguía inmovilizado.

Un momento después, la puerta de mi apartamento se cerró de golpe e irrumpió otro cambiante. Habría reconocido su olor en cualquier parte.

¡Ty!

—¡Darius McCullough!— bramó Ty—. Debería haberme dado cuenta antes. ¿Cuánto tiempo llevas merodeando por el pantano desde que te echamos de nuestra manada?

Escudriñó la habitación y luego corrió hacia nosotros, chocando con el Solitario y librándome de él.

Juntos acorralamos a Darius. Me abalancé sobre él y lo tiré al suelo.

En la pared cercana, Maury se puso de pie y se tambaleó de un lado a otro. Se acercó a nosotros y Darius la vio. Se deshizo de nosotros y cargó contra ella, saltando y balanceando la pierna en una patada voladora.

Pero Ty saltó entre Maury y Darius, y el talón de Darius aterrizó en el pecho de Ty, estrellándose contra la pared junto a Maury.

—Uf.— Gimió. —Vete a la mierda, Darius McCullough.

Darius echó la cabeza hacia atrás y se rio. Luego cesó su ataque bruscamente y giró la cabeza hacia la escalera como si hubiese escuchado algo. Finalmente, saltó hacia la ventana y la salida de incendios.

Ty corrió tras él, pero yo le agarré el codo, sacudiendo la cabeza. Cuando intentó librarse, no lo solté.

Ty frunció el ceño mientras Maury cojeaba hacia nosotros.

Me pesaba el pecho y no pude hablar durante unos segundos. —Es demasiado fuerte para perseguirlo solo. Llama a los demás.

—¿A quiénes?

—Empieza con Laura y Kobie.

Asintió y sacó el celular del bolsillo trasero. Mientras murmuraba por el micrófono, me transformé en pantera y luego otra vez a humano. Normalmente, eso me ayudaba a acelerar la curación, pero esta vez no estaba funcionando tan bien.

Algo era diferente... algo estaba mal. Con mi curación. Con lo fuerte que había sido Darius. Los dos tenían que estar relacionados; necesitábamos averiguar cómo. ¿Qué había estado haciendo Darius McCullough en el pantano?

—Hay que atrapar a Darius—, murmuró Ty—. Iré y...

—No, quédate.

—Sólo un rato.

—Ty, tenemos que formar un plan diferente. Darius es demasiado fuerte, y lo sabes tan bien como yo. Debemos tener un plan para poder vencerlo de una vez por todas—. Me giré hacia Maury—. Además, tengo que presentarte a alguien.

Ty hizo una mueca. —No podemos dejar que se escape.

Miré con odio a mi rastreador. —¿Por qué no?

—Porque, Anthony, de alguna manera, Darius McCullough descubrió cómo enmascarar su olor, por eso no sabíamos quién era.

Un silencio se extendió entre nosotros.

Maury se mordió el labio inferior, estudiándonos.

Ty frunció el ceño. —¿A quién me querías presentar?

Un relámpago brilló y un trueno retumbó.

Mierda. No tenía una forma mejor de darle la noticia. —Bueno, Ty, te presento a tu hija.

acerca de sk prince

A juzgar por su tez pálida, SK Prince podría ser una vampira. O eso, o simplemente es una introvertida. En cualquier caso, sus libros están llenos de magia desorientada, descaro sobrenatural y machos alfa calientes que piden a gritos ser domados. Vive en Alaska, donde se esconde de los ocasionales rayos de sol y trabaja como apicultora aficionada. Además, los pantalones están sobrevalorados.